



LA AMANTE DEL NOVIO

Susan Napier



Jane estaba decidida a suspender esa boda. Tenía que evitar que su mejor amiga cometiera el mayor error de su vida… Casarse con Ryan Blair sería un desastre. Él era demasiado rico, demasiado poderoso, demasiado ardiente para Ava.

Sólo había una solución: levantarse en medio de la iglesia y declarar que ella, Jane Sherwood, una mujer de negocios respetable, tenía una tórrida aventura con Ryan. ¡Y funcionó!

La boda se suspendió, pero los problemas de Jane no hicieron más que empezar. Ella había arruinado el matrimonio de Ryan y ahora él estaba decidida a hacerla pagar… ¡convirtiéndola en su amante de verdad!



Susan Napier

La amante del novio

Bianca - 934

ePub r1.0
LDS 19.04.16

Título original: *Mistress of the Groom*
Susan Napier, 1997
Traducción: Ana Fernández Presa

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

ALTA y escultural morena avanzó de forma sinuosa entre la brillante multitud. Su formal traje negro, cortado bajo sus voluptuosos senos y con un escote muy pronunciado en la espalda que le llegaba casi hasta la base de la columna, flotaba desde las caderas al caminar, la fina tela brillante pegándose y deslizándose sobre sus largas piernas.

El pelo, negro y brillante, recogido en un moño alto, aumentaba su considerable altura y resaltaba la blancura de su cuello y hombros.

El color de su vestido y la carencia absoluta de joyas contrastaban de forma dramática con el resto de las mujeres del atestado restaurante del hotel.

La invitación de Spectrum Developments había puesto énfasis en el lujo y el esplendor y las invitadas femeninas se habían tomado el lema del «arco iris» al pie de la letra para resaltar su estatus social en lo que ya se había empezado a llamar la fiesta del año de Auckland.

La mujer de negro no parecía ser consciente de su contraste social.

Mantenía la cabeza alta y sus pálidas y marcadas facciones eran una máscara de total calma mientras ignoraba los susurros que despertaba a su paso con los ojos azules de hielo clavados en un pequeño grupo de hombres importantes y vivaces mujeres arracimados alrededor de una larga figura en el extremo opuesto de la sala.

El alzó la morena cabeza de forma brusca, aleteó las fosas nasales y tensó la masa de poderosos músculos de la espalda preparándose para la confrontación al verla.

Parecía un semental preparándose para rechazar una intrusión en su territorio, un enorme semental negro, agresivamente alto, irradiando un inquieto antagonismo, con su pelo liso del mismo color de la noche y sus ojos azul cobalto salvajes y cargados de energía, sus agudas facciones masculinas, duras y hostiles.

Ella frenó un poco el paso y la expresión de él se transformó en una de anticipación.

Sus pómulos cincelados y planos le daban un aspecto primitivo, la mandíbula un poco sombreada añadía una expresión de inequívoca masculinidad.

Ella sabía que acababa de cumplir los treinta y tres, pero parecía mayor, con las despiadadas arrugas de la experiencia en el borde de sus labios y ojos.

—Bien, bien, bien —murmuró con su profunda voz insolente cuando ella se detuvo frente a él—.

¿No es la señorita Sherwood? No sabia que estuviera en mi lista de invitados.

¡Qué poco tacto por mi parte pedirle que celebre un acuerdo con el hombre que ha tirado por tierra su pequeña empresa! Jane Sherwood alzó la barbilla hasta un ángulo aún más desafiante resintiendo con amargura de la ventaja de altura de aquel gigante.

Los dos sabían perfectamente bien que ella no había recibido uno de los caros arco iris de vidrio soplado que acompañaban a las invitaciones.

—A mí no me ha invitado, señor Blair.

Mantuvo aquella parodia de cortesía con toda la fuerza de su odio.

Por el rabillo del ojo vio al maitre del hotel de esmoquin blanco seríalándola ante uno de los invitados, un hombre rubio y nervudo con cara de puerta que emanaba seguridad en todas sus facciones.

Jane lo reconoció como el guardaespaldas que nunca estaba muy lejos de su jefe y cuando empezó a avanzar hacia ellos, los nervios se le pusieron a flor de piel.

Entre los acompañantes de Ryan Blair se elevó un murmullo cuando él clavó la vista en el caro vestido de diseño de Jane.

—Ah. Creo que es usted la que está teniendo poco tacto… aunque debo decir que viste extremadamente bien para alguien que alega bancarrota —dijo con un insultante tono condescendiente—.

Pensé que los ejecutores del embargo harían mejor su trabajo.

Ese traje solo hubiera servido para pagar a alguno de sus numerosos acreedores…

Ryan enarcó las cejas con mirada maliciosa.

—Considerando las molestias que se ha tomado para meterse aquí, me sorprende que no se haya puesto un color más animado, aunque puede que el negro sea simbólico.

He entenado a su empresa y ahora usted está de duelo.

—¿O ese martirizado aspecto es para hacerme sentir pena por usted? ¿Ha venido a mendigar las migajas de mi mesa? Lo siento, pero como podrá ver… —hizo un gesto burlón hacia las mesas lujosamente ataviadas con cristal y plata—, todavía no hemos cenado.

¿Por qué no llama a mi secretaria y concierta una reunión conmigo en la oficina? Con un poco de suerte, podré darle algunos restos pero ya conoce el refrán: el mendigo no elige.

Hubo un murmullos tras ellos, pero los dos protagonistas estaban demasiado inmersos uno en el otro como para que los distrajeran.

—No he venido aquí a pedir ningún favor —negó Jane con frialdad y un vuelco en el estómago ante la idea de mendigar nada a aquel sádico.

Eso era lo él que deseaba realmente, comprendió con náuseas.

Después de haberle quitado la herencia de su familia, su brillante carrera y prácticamente todas sus posesiones materiales, ahora pretendía exponerla al ridículo y el desprecio.

Para él, aquel inesperado encuentro era otra oportunidad de tirar por tierra su orgullo.

Pues bien, si tenía que caer, caería luchando.

—¿No? Entonces quizá haya venido a hacérmelo a mí —entrecerró los ojos hostiles—.

Es mi cumpleaños, después de todo y todo el mundo está con ánimo dadivoso.

¿Ha venido también usted a darme algo, señorita Sherwood?

—Pues la verdad es que si —dijo ella acercándose con la mano oculta entre los pliegues de la falda.

El hombre de cara de puerta, que se había deslizado con sigilo al lado de Ryan, se puso rígido y empezó a adelantarse, pero su jefe le

detuvo con un gesto de la mano.

—¿De verdad? —Ryan Blair bajó la mano mientras su protector se retiraba obedientemente—.

Me pregunto qué podría darme que ya no posea.

El acento era más pronunciado que nunca mientras daba un sorbo a su copa de champán con la imagen de relajación del hombre que está seguro de la impotencia de su enemigo.

Y sin duda, como ella era mujer, estaba aún más seguro de su superioridad. Ella comprendió que todavía le quedaba el elemento sorpresa.

—¡Esto…! Incluso aunque Jane había echado el hombro hacia atrás en un clásico gesto de pelea, él no pareció reconocer el peligro y cuando su puño salió disparado, fue demasiado tarde para retroceder.

Con todo el peso de su furia y de su fuerza femenina en aquel puñetazo, le alcanzó la insolente mandíbula con un gratificante crujido.

Jane sintió una punzada de dolor y su grito de agonía quedó ahogado por el murmullo de la multitud y los gritos de desmayo de las mujeres.

La cabeza de Ryan Blair cayó hacia atrás ante el repentino desplazamiento de su centro de gravedad y chocó contra la mesa que tenía detrás, arrastrándola con él hasta el suelo entre una lluvia de cristal y cubertería.

La imagen de él tirado agarrándose la mejilla dolorida y maldiciendo como un cargador de muelles y su fachada de sofisticación arruinada, fue un bálsamo para el espíritu lacerado de Jane.

Mientras el director del hotel se adelantaba murmurando enormes disculpas y los invitados empezaban a arremolinarse para ayudar al anfitrión, Jane se dio la vuelta y salió de aquel caos con la misma calma y lenta dignidad con que había entrado.

No miró ni a derecha ni a izquierda, consciente del camino que le iba abriendo

la gente por miedo a que su proximidad pudiera ser interpretada como apoyo.

Ryan Blair había dejado claro que quien no estuviera por completo con él, estaba en su contra. Y, como Jane había

descubierto en su propia carne, era un enemigo despiadado.

Llegó hasta la pesada puerta de cristal del vestíbulo sin detenerse y cuando alcanzó la barra de latón, una mano masculina se le adelantó y la empujó.

Se dio la vuelta con un gesto de agradecimiento y quedó asombrada al ver que el rubio guardaespaldas de Ryan Blair era el que le estaba ayudando a salir.

Casi había esperado que la detuviera o al menos que le advirtiera que la denunciarían, pero en vez de eso, sólo inclinó la cabeza con un peculiar brillo de admiración irónica en sus ojos grises plateados.

Cuando salió a la calle, la noche estival la envolvió como una cálida y húmeda manta.

El camino estaba todavía húmedo de la ligera lluvia que había caído poco antes y tuvo que caminar despacio con sus tacones de aguja consciente de que desde los ventanales de cristal del restaurante, todo el mundo podía verla.

Casi había llegado a la esquina, donde podía desaparecer hasta la calle lateral en la que había aparcado el coche, cuando escuchó un bufido a sus espaldas.

Antes de poder reaccionar, alguien la sujetó de los brazos con fiereza y le dio la vuelta con violencia. ¡Oh, no, desde luego que no! Jane alzó la vista para encontrarse con los brillantes ojos azules de Ryan Blair. —No creía que iba a escapar así como así, ¿verdad? ¡Nadie me da a mí un puñetazo y se sale con la suya! Su voz estaba cargada de rabia y Jane bajó la vista hasta su boca golpeada, donde un hililllo de sangre delataba un arañazo en el labio inferior.

El enrojecimiento se extendía hasta la parte izquierda de su mandíbula, que seguramente por la mañana estaría amoratada. Jane había odiado siempre la violencia y en sus veintiséis años nunca había hecho daño a nadie, pero ahora sintió una ardiente oleada de placer al ver el daño que había causado en la atractiva cara de Ryan Blair. —No sé que podría hacer al respecto

—dijo con una oleada de bravura intentando zafarse de sus brazos de hierro—.

¡A menos que quiera ser el hazmerreír de la fiesta denunciándome por asalto!

—¿Y no crees que ya se está riendo de mí la gente? La apretó

más por los brazos.

—¿Y de quién es la culpa? —se rió enderezándose y mirándole con unos ojos fríos como el hielo—.

Puede ser lo bastante rico como para comprar la lealtad, pero no para ganar el respeto.

Su campaña para arruinar Sherwood Properties ha sido sañuda, doble y cuestionable comercialmente.

Supongo que muchos de esos invitados a los que ha chantajeado o intimidado en su círculo de influencia habrán disfrutado en secreto de ver que se llevaba un puñetazo.

¡Sólo que están demasiado asustados como para admitirlo! 'Jane le había recordado a la curiosa audiencia que tenían tras la cristalera, pero él no miró atrás.

—O sea que lo has hecho porque crees que no tienes nada que perder, ¿verdad? Piénsalo mejor, dulzura.

Mientras la atraía contra su pecho aplastándole las manos entre los dos cuerpos, bajó la cabeza y ahogó su grito de honor con sus labios.

Una de sus largas manos se enterró entre su moño, le arrancó las horquillas y la otra cruzó por detrás de su espalda, clavando los dedos en sus nalgas mientras la arqueaba contra sí.

Introdujo entonces los pies entre sus zapatos de tacón alto y las rodillas apretaron sus muslos atrapados y cuando ella intentó zafarse, una punzada en la muñeca izquierda le produjo un respingo, abriéndose más a la áspera intrusión de su lengua. Sintió el mordisco de sus dientes contra su tierno labio y al paladear la sangre, no supo si era la d§ él o la suya propia.

El no intentó aparentar ninguna pasión, era un ejercicio de puro dominio masculino, pero tampoco hubo apariencia en el beso.

No era la clásica ilusión teatral,

era duro, potente y real.

Unas extrañas oleadas de calor asaltaron los sentidos de Jane y pensó que se desvanecería cuando una luz empezó a titilar alrededor de su cabeza.

Ryan Blair la soltó con la misma rapidez con que la había aprisionado, y, balanceándose levemente, Jane vio al fotógrafo retroceder disparando unas cuantas fotos más.

Se estremeció al pensar en las imágenes que habría capturado en

la película.

—¿Por qué has hecho eso?

—jadeó furiosa llevándose una mano a la espesa melena que le había soltado.

La mirada de diversión de él le indicó que había conocido la presencia del fotógrafo cuando la había atrapado.

' La mirada de él se posó en sus lascivos y cremosos senos, que se alzaban y descendían de le rabia por el borde del escote. —Para enseríar a la buena gente de esta ciudad que un puñetazo no tiene nada que ver con mis prácticas comerciales, sino con nuestra relación íntima.

—Nosotros no tenemos ninguna relación íntima

—gritó ella olvidándose de las horquillas y agitando la cabeza para que las ondas de color negro como el azabache le cayeran por la espalda.

Sabía que ya no le quedaba nada del aspecto frío, controlado y valiente de la mujer que se había enfrentado con él en el restaurante pocos minutos antes.

Ahora estaba sonrojada, agitada y reducida al estado de un frívolo objeto sexual.

—Díselo a ellos

—asintió hacia el grupo de caras fascinadas al otro lado del cristal—.

Para mañana por la mañana, toda la ciudad sabrá que he tenido una pelea con mi amante en público.

La prensa rosa estará especulando acerca de cuánto tiempo dura nuestra aventura y si somos tan competitivos en la cama como fuera de ella.

Puede que hasta empiecen a preguntarse si nuestra rivalidad comercial era sólo una pantalla de humo para ocultar nuestra verdadera relación.

Y claro, todos los chauvinistas que dirigían la élite del mundo de los negocios estarían encantados de defender aquella teoría en sus oficinas de ejecutivos, pensó con furia Jane.

Porque ella era joven y mujer y hubiera tenido que luchar mucho y duro por su éxito.

Su determinación de demostrar a todo el mundo que era más que capaz de ocupar el puesto de su padre la había convertido en

una competidora formidable en el campo de la propiedad comercial en los cinco años anteriores…

y había dejado fuera del negocio a muchos hombres mayores y más expertos.

Los viejos ejecutivos disfrutarían de su fracaso con toda su ironía. —¡Bastardo!—siseó sacudida por la salvaje injusticia de sus actos—.

¿Por qué me estás haciendo esto? El soltó una amarga carcajada de incredulidad.

—Ya sabes por qué. Porque es mi hora de cobrar.

Jane se rodeó la cintura con los brazos sacudiendo la cabeza de asombro.

—¿Es que no lo has hecho ya con creces? Gracias a ti, lo he perdido todo. ¿Cuánto tiempo vas a seguir acosándome de esta manera?

—Oh, no lo has perdido todo, querida, eso viene después…

Tú destrozaste mi matrimonio y ahora yo voy a destrozar tu vida con la misma minuciosidad.

¡Así que despídete de todos tus sueños y esperanzas, Jane Sherwood, porque tu futuro va a ser muy diferente del que habías planeado !

Capítulo 2

JANE se desplomó en el asiento de su deportivo y apoyó la cabeza contra el volante.

Las llaves estaban puestas, pero quería calmarse antes de conducir.

La agonía de la mano izquierda se había aliviado y ahora sentía una palpitación que se transformaba en punzadas de dolor cada vez que doblaba los dedos.

Probablemente se pondrían tan amoratados e inflamados al día siguiente como la mandíbula de Ryan Blair.

Pero merecía la pena, pensó con amargura.

¿Que ella había destrozado su matrimonio? ; Si él no se había casado nunca! Detener una ceremonia matrimonial no era lo mismo que entrometerse entre un marido y una esposa.

Cuando Jane había intervenido para impedir que Ryan Blair y Ava Brandon hubieran prometido sus votos definitivos, había creído sinceramente que su dramática intervención de último momento era la única forma de salvar a los novios de cometer un error imperdonable.

Un hombre dinámico y forjado a sí mismo como Ryan Blair no hubiera sido feliz con alguien tan pasivo y aislado como Ava y su gentil y sensible amiga hubiera chocado con aquella personalidad dominante.

Si Ava hubiera estado locamente enamorada de él, Jane habría apoyado a la pareja con todo su corazón a pesar de sus serias dudas acerca de la compatibilidad de la pareja, pero ella sabía que, lejos de estar enamorada, Ava se sentía intimidada por el hombre con el que sus ambiciosos y anticuados padres la habían empujado a casarse.

Ava había dicho que él había declarado estar enamorado de ella cuando había aparecido en su vida y le había propuesto en matrimonio, pero el anuncio de la unión financiera Blair

—Brandon, poco después de la proposición de matrimonio y el poco tiempo que le dedicaba Ryan debido a sus muchos compromisos de negocios, le habían dejado a Ava con serias dudas.

Sin embargo, como siempre, en vez de enfrentarse al problema, Ava había emprendido el camino de menor resistencia hasta el último momento posible sólo para descubrir que sus débiles intentos de imponerse eran descartados sin piedad.

Jane se había enterado de la profundidad de la desesperación de su amiga sólo el día anterior a la boda, cuando Ava había aparecido en su oficina deshecha en lágrimas y había comprendido con honor que habían pasado meses desde que no hablaban.

Bueno, en realidad, desde que ella no se tomaba el tiempo de escuchar de verdad lo que su amiga le estaba contando.

Aunque se había visto forzada a encargarse de la dirección de la empresa debido al ataque al corazón que había sufrido su padre, Jane sólo había sido la cabeza visible.

Su padre había mantenido el poder de verdad tras el trono, tan áspero, exigente y crítico corno siempre, constantemente cuestionando su actuación y no dejándole nunca olvidar de quien era la última palabra.

Su repentina muerte cuando ella tenía sólo veintidós años la habían obligado a tener que demostrarle a los clientes y competidores que ella era tan buena o mejor que su padre.

Así que había empezado a trabajar hasta doce horas al día en las oficinas de Sherwood y se había sentido triunfadora cuando los beneficios de la empresa habían empezado a responder a sus ambiciosos planes.

Pero el éxito había sido como una droga.

Cuanto más conseguía, más altas se fijaba las metas.

Y mientras tanto, su vida social se había reducido casi a cero.

Le había producido un escalofrío comprender que no solo Ava era su mejor amiga, sino su única amiga.

La culpabilidad por haber descuidado su amistad le había hecho a Jane asegurar a su llorosa amiga que por supuesto que la ayudaría a buscar la vía de escape de su inminente matrimonio, una vía que,

por supuesto, significaría una irrevocable ruptura familiar.

Secretamente, Jane había pensado que la confianza en sí misma de Ava mejoraría si se apartara temporalmente de sus manipuladores padres, pero sabía que su insegura amiga pasada por un matrimonio que no deseaba antes que arriesgarse a alejarse permanentemente de su madre.

Habiendo perdido a su madre a los seis años, Jane no queda ser responsable de privar a nadie de aquel lazo maternal.

Jane se abrazó la mano dolorida en el regazo abatida por el recuerdo de aquella horrible boda.

Había sido tres años atrás en una preciosa tarde soleada de primavera.

La preciosa iglesia antigua de la ciudad estaba atestada con toda la crema de la sociedad cuando Jane había apretado con nerviosismo la barandilla del banco honorífico de la novia resistiendo el impulso de alejarse un poco.

Tenía la sensación de que necesitaría una salida de urgencia, funcionara su plan o no.

Aunque de adolescentes, Ava y ella se habían prometido ser la dama de honor cada una en la boda de la otra, a Jane no le sorprendió que Kristie Brandon la hubiera excluido de la fiesta oficial con la insistencia de que la familia tenía prioridad.

Ava se había disgustado, pero como siempre, había sido incapaz de imponerse.

La señora Brandon era una madre extremadamente posesiva y nunca le había gustado la influencia que Jane ejercía sobre su preciosa niña cuando eran escolares.

No es que hubiera sido ruda con ella, pero había dejado muy claro cada vez que Jane acudía a la casa, que era más una invitada que una amiga de la familia.

La señora Brandon le daba mucha importancia a las apariencias y Jane era demasiado alta, demasiado directa y demasiado inteligente como para ser una dama conservadora.

Si su padre no hubiera sido un rico hombre de negocios, ni siquiera habría tolerado su amistad, pero Kristie Brandon era tan mercenaria como snob y a Jane le sorprendía que su hija hubiera salido con un corazón tan generoso.

Así que habían elegido a dos primas adolescentes de la familia

Brandon junto con la hermana pequeña del novio de damas de honor que, junto con tres floridas pequeñas y dos pajes, completaban el cortejo.

Cuando Jane había observado el extravagante vuelo de los vestidos de color melocotón de las damas, había tenido una razón más para alegrarse de no tomar parte en el conejo.

Con su altura y su palidez hubiera quedado desastrosa entre aquellos pálidos repollos.

Después de la ceremonia, se iba a celebrar una lujosa recepción en el piso último del hotel con un helicóptero contratado para llevar a los novios a su luna de miel.

Los Brandon no habían escatimado en gastos para la boda de su única hija, otra razón por la que Ava se había sentido obligada a sacrificarse a sus deseos.

Al final no había habido boda, ni recepción ni luna de miel y Jane se consideró afortunada de que los padres de la novia no le hubieran tirado las facturas a la cara.

Había estado sudorosa durante la apertura de la ceremonia súper tradicional, sorda ante las palabras poéticas y líricas y contenta del gran sombrero y velo que había elegido para acompañar el vestido sastre de color crema.

Por debajo del ala del sombrero había contemplado entrar a Ava del brazo de su padre.

Justo antes de dar el primer paso por el pasillo, Ava había mirado a Jane y su asustada mirada y temblorosa sonrisa le habían dicho todo: confiaba que Jane hiciera lo que ella misma era incapaz de hacer.

A Jane se le había secado la boca cuando por fin el ministro había pronunciado las palabras que había estado esperando, un pronunciamiento que normalmente era sólo ritual.

—Por tanto, si alguien puede alegar algún motivo por el que estas dos personas no deban ser unidas legalmente, que hable ahora o calle para siempre…

Los pocos segundos de silencio parecieron convertirse en una eternidad.

Jane había visto los frágiles hombros de Ava ponerse rígidos como aceptando lo inevitable.

Entonces se había puesto de pie y había salido al pasillo justo cuando el ministro había tomado aliento para seguir hablando.

—¡ Yo conozco un impedimento para este matrimonio! ¡Hay una buena razón por la que no debe seguir adelante! Se hizo un silencio sepulcral y todas las caras se volvieron hacia ella al unísono.

Kristie Brandon había lanzado un gemido y se había agitado en el primer banco.

Jane había avanzado por el pasillo con la mirada fija en el ministro consciente del temblor de alivio de Ava pero sin atreverse a mirarla para no encontrarse con los ojos del estupefacto novio.

El ministro era bastante joven y la ligera expresión de pánico en su mirada indicaba que aquella interrupción no tenía precedentes en su limitada experiencia.

Jane había alzado la barbilla con su fría y pálida cara borrosa tras el velo opaco.

—¡No puede casar a esta pareja porque sus votos sedan una mentira ante Dios! —resonó su voz con la fuerza de la convicción—. Va a pedirles que prometan amarse, honrarse y ser fieles pero uno de ellos ya está comprometido con otra persona!

Jane sintió el volante en la frente al apretar la cabeza en negación de la pesadilla real que la había acosado durante tres años.

Aquel día había comprendido vagamente que iba a granjearse poderosos enemigos, pero no había imaginado lo implacable y despiadado que podría llegar a ser Ryan Blair en su venganza.

Por suerte, aunque ella seguía siendo «persona non grata» en la casa de los Brandon, también lo era Ryan Blair.

La humillación de la boda fallida era algo que los Brandon habían intentado borrar de su existencia alejando de su vida a los responsables.

Durante más de un año, el tiempo suficiente como para que el miedo a las represalias de Jane se suavizara, Ryan Blair se había mantenido en la sombra intentando recuperarse del desastre financiero que le había supuesto el colapso de su boda y la ruptura de la empresa con Brandon.

Se había trasladado a Sydney para reconstruir su fortuna y

cuando había vuelto a aparecer en la escena de Auckland, con un considerable capital e influencia política, Jane se había llevado una desagradable sorpresa.

Ryan Blair había vuelto dispuesto a vengarse y el tiempo, en vez de atemperar su actitud hacia Jane, la había transformado en un profundo odio.

Desde que había aterrizado en Auckland, no le había dado a Jane ni un minuto de respiro.

Le había robados sus clientes, le había quitado a sus mejores ejecutivos, bajado sus comisiones, comprado sus hipotecas, bloqueado su financiación y competido en cada uno de sus intentos comerciales.

El desastre había parecido acompañar a cada decisión financiera y Jane había empezado a tener la certeza de que recibía información de alguien de dentro.

Y hasta habían empezado a correr rumores acerca de su vida privada, de su estabilidad mental y de la viabilidad de su empresa.

En dos años, su vida perfectamente organizada se había convenido en un caos total.

Jane escuchó un golpe y alzó la cabeza para encontrarse con un hombre sonriente que llamaba a su ventana haciéndole gestos para que la abriera.

Pensó que se trataría de alguien que pasaba y queda saber si se encontraba bien.

—¿Señorita Jane Sherwood? Jane frunció las espesas cejas negras que le daban un aspecto perpetuo de seriedad.

—¿Si? El hombre consultó la hoja de papel que tenía en la mano.

—¿Jane Sherwood del apartamento 5 de Parkhouse Lane? ¿Antigua propietaria de Sherwood Properties? Jane experimentó la sensación de abatimiento tan familiar en los últimos tiempos.

—Si, pero…

El hombre la cortó introduciendo la hoja de papel por la ventanilla mientras le quitaba las llaves de contacto,

—John Forster de Stanton Security.

El vehículo está embargado.

Me temo señora que tendrá que salir para entregárselo a su propietario.

actual.

Mientras ella intentaba leer la pequeña letra que indicaba que todos los vehículos registrados a nombre de Sherwood Properties eran ahora propiedad del acreedor, el hombre abrió la puerta y la invitó a que saliera a la calle.

—¿Pero cómo voy a volver a casa? Vivo en el otro extremo de la ciudad y no llevo suficiente dinero para tomar un taxi o un autobús —empezó a protestar ella.

—¿Qué está pasando aquí? Para honor suyo, vio a Ryan Blair aparecer por detrás del agente.

Aquel beso no había sido suficiente.

Era evidente que quería que todos pensaran que habían ido a algún sitio juntos.

—Nada.

—Estoy embargando el coche.

La señora dice que no tiene forma de volver a su casa.

Jane se sonrojó con violencia.

—Yo la llevaré a casa.

Ella abrió mucho los ojos.

—¡Vete al infierno!

—Mire señora, si la llevan a casa, acéptelo —la avisó el gigantón —. Porque en este coche no va a ir a ningún sitio.

¿Ve a mi compañero ése de ahí? Lo remolcará en la grita si no me deja llevármelo a mí.

Mientras Jane se daba la vuelta para ver una sombra figura apoyada contra la grita al otro lado de la calle, escuchó un crujido y de repente, Ryan Blair la estaba sacando de coche para posarla en el suelo.

—!Aparta tus manos de mí ! —dijo entre forcejeos.

—De verdad que no sabes cuando ceder, ¿eh? —dijo sombrío—. ¿Qué pensabas hacer, seguir ahí sentada discutiendo toda la noche? ¡ Deja a ese hombre hacer su trabajo! —¡que le deje hacer tu sucio trabajo, querrás decir! —explotó al recordar como un mes antes, la

habían escoltado dos hombres de seguridad para asegurarse de que no se llevaba nada de su propia oficina, ni siquiera sus efectos personales.

Ryan Blair se cruzó de brazos.

—Es un procedimiento habitual el que se embarguen todas las propiedades de una empresa cuando va a la quiebra.

—¿Y qué pasa con mi bolsa? ¿Se supone que también van a embargármela? —preguntó Jane con sarcasmo seríalando la pequeña bolsa negra en el asiento del pasajero.

Ryan la recogió y se la pasó.

—Vamos, ahí está mi coche.

Una limusina negra estaba avanzando por el callejón de salida.

El conductor debía tener órdenes de seguir a su jefe a donde quiera que fuera, pensó Jane con desdén.

—No voy a ir a ningún sitio contigo.

—¿Es que prefieres que te dé el dinero para un taxi?

—¡Preferiría mendigar en la calle ! Su desafío se vio acentuado por el rugido del motor de su coche.

—Podrías llegar a tener que hacerlo —seríaló él con suavidad—. Una mujer vestida como tú… lujosa, mostrando tanta piel, evidentemente sola…

Estás destinada a llamar la atención de todos los crápulas.

Sólo que esperarán que te ganes el dinero del taxi.

Jane apretó la correa de la bolsa.

—Tú, tú…

—Tranquila, tranquila, señorita Sherwood —dijo él dando un paso atrás—. No irás a darme otro puñetazo, ¿verdad? Siempre había pensado que eras fría como el hielo, pero se oculta un volcán bajo esa máscara gélida, ¿verdad? —bajó las manos y su voz adquirió un tono de impaciencia que sugería que le daba igual—. Ahora, ¿quieres que te lleve a casa o no?

—¡No! Con la cabeza alta, pasó por delante de la limusina y empezó a subir la colina en dirección opuesta al hotel y al centro de la ciudad.

Lo único que queda hacer era alejarse de Ryan Blair cuanto antes y después decidida qué hacer.

Estaba un poco alejada del centro y aunque no era muy tarde, había poca gente en aquella zona y ninguna tienda abierta.

Tendría que encontrar una cabina de teléfonos enseguida.

El sentido de aislamiento se intensificó a medida que se apresuraba.

Los tacones resonaban con fuerza en el pavimento y entre las sombras de un portal vio a una pareja.

Decidiendo que sería más prudente caminar cerca de las farolas, apenas había avanzado unos cientos de metros cuando un coche lleno de jóvenes cruzó a toda velocidad delante de ella y después retrocedió, asomando todos por la ventanilla entre obscenas invitaciones y sugerencias.

Ante su falta de reacción, se alejaron entre carcajadas, pero casi al instante paró otro coche a su lado.

Esta vez, las sugerencias del conductor solitario eran mucho más sofisticadas, pero no menos persistentes y gráficas.

Al final, Jane apoyó la mano en la ventanilla abierta y le soltó una diatriba al meloso conductor de mediana edad tras el volante.

Una sonrisa obscena asomó a los labios del individuo mientras la asía por la muñeca con su mano gordezuela.

—Sí, ya lo sé.

He sido muy malo y me merezco un castigo.

En cuanto te vi, supe que eras una mujer capaz de una crueldad deliciosa.

Estoy deseando que me apliques tu disciplina…

—¡Perdone, la señorita ya está contratada para la noche! Por segunda vez en menos de media hora, Jane se encontró siendo rescatada en contra de su voluntad.

La limusina de Ryan Blair había parado detrás y éste se había acercado para meter la mano por la ventanilla y alcanzar al sujeto por el cuello de la camisa susurrando algunas frases a su oído.

En cuanto le soltó, el desafortunado hombre arrancó y salió con un chirrido de llantas.

Ryan Blair, todavía de pie en la calzada y con las manos en las caderas, susurró entre dientes:

—Métete en la limusina, Jane.

Jane abrió la boca.

—¡Que subas al coche, maldita sea! —explotó—. O te arrastraré por esa sedosa melena tuya.

—¡Salvaje!

Jane retrocedió sin estar segura de qué hacer.

Se movió con desafiante lentitud hacia la puerta trasera abierta. De caminar con aquellos tacones altos le dolían los pies tanto como las manos.

—¡Terca mujer! —dijo él subiendo al otro lado—. Al menos ahora vivirás para que pueda ser un salvaje contigo otro día.

—¡Oh, sí! Te gusta prolongar la agonía, ¿verdad? Probablemente podrías haber arruinado Sherwood en un par de semanas en vez de hacerlo en casi dos años —le acusó con furia.

—Podría —reconoció él con frialdad arrellanándose en el lujoso interior del coche—. Pero no me hubiera proporcionado ni la mitad de satisfacción.

Su franca admisión le cortó la respiración a Jane. Se desplomó contra el asiento apenas notando que la limusina había arrancado con suavidad.

Pensó en todas las veces durante aquellos dos años en que había creído que superaría la adversidad sólo para recibir otro golpe financiero que la había vuelto a tirar por tierra.

Pero no había tenido ni una sola oportunidad de ganar, comprendió ahora con amargura.

Aquellos breves períodos de eufórica esperanza habían formado parte de su estrategia igual que los ataques directos, diseríados para animarla a luchar, para cegarla de la inutilidad de su lucha.

Y la competitividad que le había inculcado su padre le había puesto directamente en manos de Ryan Blair.

En cierto modo, ella misma se había creado su propio tormento.

—Pero Sherwood no era sólo yo —dijo con los labios apretados —. Había otra gente involucrada, gente que ha perdido su trabajo por tu culpa.

Sus sensuales labios se curvaron con una mueca de crueldad.

—No, han perdido el trabajo por culpa tuya.

—¡Dios mío, eres cruel de verdad! —dijo ella impresionada por el odio de su comentario.

Había sabido que la despreciaba, pero no había creído que tanto.

Si lo hubiera sabido quizá habría estado mejor equipada para prever su venganza.

Ryan se encogió de hombros.

—Espero recoger los restos de Sherwood y convertirlo en una

empresa viable en poco tiempo. Entonces contrataré a la mayor parte de los antiguos empleados.

—Querrás decir a los que no has contratado ya —dijo ella con amargura—. Si no hubieras estado obteniendo información desde dentro de mi empresa, no te hubiera costado tan poco destruirla.

—Exactamente. Pero todo está permitido en el amor y en la guerra, ¿verdad señorita Sherwood? Y desde luego, la falta de lealtad de tus empleados fue patética…

¿Sabías que no eras una jefa muy popular? Arrogante e intolerante. Incapaz de delegar, rígida y distante, eran algunas de las halagadoras opiniones de tu estilo de dirección.

Estás bastante pálida, querida.

Quizá debas tomar un whisky para ayudarte a pasar la intragable verdad.

Abrió el mueble bar y empezó a servir el líquido ámbar en un vaso de cristal.

—No quiero nada de ti.

—Eso dices, pero no tienes audiencia para hacerte la mártir aquí y a nadie le importará que muestres un poco de debilidad humana.

Le dio el vaso.

—He dicho que no.

Jane volvió la cabeza con enfado. No había tomado nada desde la hora del desayuno y el alcohol la sentaría como un tiro. Y no quería parecer más impotente de lo que ya estaba enfrente de él.

¿Sería verdad que sus empleados la consideraban un robot sin sentimientos? No, sólo le estaba diciendo aquellas cosas para herirla. No eran verdad. Ella sólo había querido que Sherwood fuera la mejor empresa y había exigido a sus empleados lo mismo que se exigía a ella.

Muy lejos de ser una copia de su dogmático padre, había querido imprimir su propia personalidad a la compañía, pero las inmobiliarias eran empresas despiadadas y la presión a la que había estado sometida le había obligado a apartar cualquier otra idea por pura supervivencia.

—Como quieras.

Ah, bueno… por el dulce placer de la victoria —brindó antes de beber sin un pestañeo.

Todo en él era grande y atrevido.

Tenía una vitalidad ofensiva que contrastaba mucho con su estatus social.

Jane recordó lo incómoda que se había sentido Ava con su inquieta volatilidad, su constante necesidad de reto, la natural agresividad que empañaba su carácter y le convertía en un hombre peligroso para enfrentarse.

Estar comprometida a él había sido aceptable mientras se veían poco, pero cuando se había acercado la fecha de la boda, Ava había encontrado imposible enfrentarse día a día a su poderosa naturaleza.

Jane había entendido sus miedos y hasta casi los había compartido. A ella le había caído mal Ryan Blair por motivos propios, pero nunca le había tenido miedo.

Incluso ahora, se sentía más furiosa que asustada porque sabía que su propia fuerza de carácter la ayudaría a pasar la crisis como le había ocurrido muchas veces antes en la vida.

Ryan bajó el vaso y estiró las largas piernas hasta que rozaron con insolencia las de ella.

—Bueno, ¿y cuáles son tus planes ahora que la pequeña heredera de papá está arruinada y desempleada?

—¿Y crees que voy a contártelo? —dijo moviendo las caderas para evitar su contacto resentida por la implicación de que fuera una caprichosa niña de papá.

—Lo descubriré de todas formas.

Ella no respondió, simplemente le dirigió la mirada glacial de desprecio en la que normalmente ocultaba sus miedos e inseguridades.

—Por supuesto, tus opciones son bastante limitadas —murmuró con voz sedosa—. Ya se ha corrido la palabra de que cualquiera que ofrezca ayuda a Jane Sherwood podría acabar igual que ella.

Jane ya había descubierto el poder de su influencia en sus infructuosas jornadas a los bancos.

Con sus contactos, no dudaba de que pudiera extender su amenaza a toda Nueva Zelanda… y probablemente a Australia también.

—Tú arruinaste mi boda sin previa advertencia, sin disculpas y sin siquiera una explicación.

Y lo que me haría feliz es alguna manifestación de

arrepentimiento.

Ella vaciló una fracción de segundo y él volvió a arrellanarse contra el respaldo.

—Pero por supuesto, tú no te arrepientes de nada, ¿verdad? En lo que a ti respecta, te saliste con la tuya con tus mentiras.

—No me arrepiento de lo que hice —dijo ella con coraje—. Quizá en la forma, pero no en el hecho. Ava era mi amiga y sabía que no eras adecuado para ella.

—Así que mentiste.

En la iglesia. Enfrente de mi familia y de mis amigos. De la mujer con la que pretendía pasar el resto de mi vida.

Dijiste que mis votos serían una mentira ante Dios, pero eras tú la que estaba cometiendo ese pecado.

Jane se sonrojó y bajó la vista hacia la mano palpitante.

No podía negar aquella acusación.

Y la culpabilidad era una carga que llevada siempre con ella porque no se había atrevido a pedir perdón ni consejo a nadie.

Su única excusa era que él era fuerte y Ava débil.

El había sobrevivido y triunfado como ella sabía que pasaría.

—Contaste tus mentiras y desapareciste antes de que nadie te pidiera ninguna prueba.

Porque sabías que no necesitarías pruebas, ¿verdad? Sabías lo emocional que era Ava y que el disgusto de tus palabras la pondría histérica.

Eras su mejor amiga y lo utilizaste para humillar a ella y a sus padres hasta el extremo de que no quiso volver a verme nunca.

Estabas celosa de la felicidad de tu amiga y la arruinaste declarando en público que tú y yo éramos amantes.

Jane se sonrojó con más violencia al recordar sus palabras ante el altar.

“Este hombre no ama a esta mujer lo suficiente como para olvidar a las demás mujeres. Ni siquiera la ha honrado con la fidelidad durante su compromiso. Lo siento, Ava, pero no puedo dejar que sigas adelante sin saber lo que ha estado sucediendo a tus espaldas: Ryan y yo tenemos una aventura desde hace meses”.

—¿Por qué no lo negaste al instante? —intentó ella defender lo imposible—. Simplemente te quedaste allí… y ni siquiera intentaste denunciarme.

—Me quedé tan asombrado como los demás.

Era una mentira tan flagrante que no pensé que nadie la creería… y menos Ava.

Ella sabía que yo la amaba.

—¿Cómo puedes decir eso? —dijo Jane con fiereza—. Apenas pasabais tiempo juntos… y desde luego, apenas la conocías cuando le propusiste matrimonio.

Era más un acuerdo comercial con Paul Brandon que una boda por amor.

—¿Es así como te justificas? —lanzó una carcajada amarga y la vio estremecerse—. ¡La amaba, maldita sea! Desde el momento en que la vi supe que era la mujer adecuada para mí… era preciosa, delicada, dulce y femenina.

El acuerdo comercial era sólo la guinda del pastel en lo que a mí concernía.

Mis sentimientos por Ava estaban aparte, íntimos y preciosos. Y eso es lo que no pudiste soportar, ¿verdad? Que ella tuviera a alguien que la amara y tú no. Porque tú eres una cara dura, fría y egoísta que siempre tiene que ser el centro de atención.

—¡No! Jane sacudió la cabeza.

No quería creer que él hubiera estado tan enamorado de Ava como decía, pero, ¿no explicaría eso la increíble saña con la que había perseguido su venganza? También explicaría porqué se había ido a Australia en vez de obligarla a enfrentarse a él cuando Ava se había casado poco después.

Si hubiera estado enamorado, la falta de fe de Ava en su honor le habría herido profundamente, quizá hasta le hubiera incapacitado para defenderse.

Pero basada en lo que Ava le había contado, Jane había creído que sólo su bolsillo y su orgullo saldrían dañados y esas dos cosas eran fácilmente recuperables para un hombre de su dureza y talento.

Pero si amaba con la misma pasión con la que odiaba…

—¡ Si! Así que ahora he decidido que me des lo que querías entonces, dulzura.

La ternura era un insulto sutil, una insidiosa amenaza mientras se incorporaba y se abalanzaba sobre ella hundiendo sus grandes manos en el cuero del asiento a arribos lados de sus caderas, su

aliento abanicándola con fuerza en la cara.

—Dime, señorita Sherwood, ¿qué te parece ser el centro absoluto de toda mi atención?

Capítulo 3

ADÓNDE me llevas? En ese momento, a juzgar por la expresión de su cara, hubiera apostado a que la llevaría a un paraje desierto con intenciones bastante criminales en su mente.

El no se movió y la mantuvo acorralada con el calor de su amenaza física mientras murmuraba:

—¿A dónde te gustaría que te llevara? Jane se quedó sin aliento, pero él se apartó en cuanto ella recuperó el valor.

—A casa, por supuesto.

Sin apartar la vista de ella, se reclinó contra el respaldo y descolgó el teléfono de la portezuela para darle la dirección al conductor.

Cuando ella parpadeó de sorpresa, Ryan se rió:

—¡Oh, sí! Sé donde vives… sé lo que comes, lo que te pones, lo que ves. No se me escapa nada.

—Excepto la novia —dijo ella con imprudencia.

Ryan soltó un bufido.

—Ava no se me escapó… la dejé ir yo.

Era una distinción muy sutil, pero Jane estaba empeza1ndo a temer que tuviera razón.

—No te quedó otra elección —protestó.

Después de desmayarse ante el altar, Ava había seguido su actuación de histeria como si estuviera al borde de un ataque de nervios.

Cualquier sugerencia de reconciliación hubiera estado fuera de cuestión y sus padres se habían visto obligados a ceder y a dejarla que se tomara unas vacaciones para relajarse y olvidar aquel fiasco.

—Siempre hay una elección. Podría haber demostrado que mentías, haberte denunciado por calumnias, haber llevado todo el

asunto a los tribunales y haber organizado un escándalo en la prensa.

—¿Y porqué no lo hiciste? Todavía sentía estremecimientos de horror al pensar en lo que podía haberse metido con aquel plan tan infantil.

Pero entonces era lo bastante joven como para creer en la justicia de sus actos, lo bastante rica como para creer que podría comprarse las influencias si llegaba lo peor y suficiente arrogante como para creer que podría enfrentarse a quien quisiera.

La voz de Ryan, dura como su mirada de cobalto, estaba cargada de desprecio.

—Por el bien de Ava no iba acentuar su humillación publicando nuestra vida privada a los cuatro vientos.

Ava odiaba ser el centro de atención y hasta la perspectiva de una gran ceremonia era una prueba para ella.

Exponerla a más rumores y más ridículo no me hubiera devuelto su confianza ni el respeto de sus padres.

O sea que él había sabido que a Ava no le agradaba una extravagante exhibición el día de su boda y aún así no la había apoyado ante su madre.

¿Qué decía aquello de su pretendido amor? Jane le dirigió su mirada más indiferente mientras él continuaba con salvajismo:

—Lo planeaste con mucho cuidado. Me hubieran condenado, hiciera lo que hiciera.

La mentira tiene las piernas muy cortas pero el escándalo tiene alas. La única forma de proteger a Ava era retirarme de la escena. Pensaba volver cuando las aguas hubieran vuelto a sus cauces y aclarar en privado las cosas entre nosotros, pero para entonces, ya era demasiado tarde. Sabiendo lo cauta que ella es, desde luego no esperaba encontrarla casada tan pronto…

—¡Qué sacrificado por tu parte! —dijo Jane suprimiendo una oleada de simpatía por él.

En algún momento u otro, todos los involucrados en la saga habían actuado para proteger a Ava de la cruel realidad cuando lo cierto era que la indefensa querida había sido una pragmática con los ojos bien abiertos que había ocultado sus propios planes.

—Un concepto que no entenderías… no con tu herencia.

Me pregunto si el viejo Mark te estará mirando desde el infierno

y maldiciendo a su única hija por dejar que se le escaparan de las manos los bienes que él atesoró con tanta avaricia Su insultante familiaridad, junto con la ambivalencia de sentimientos que siempre le producía su padre debilitó a Jane.

Mark Sherwood había sido tan rudo como él decía. No le había caído bien a mucha gente.

—¿Conociste a mi padre?

El esbozó una sonrisa desagradable.

—Sólo por su reputación. Ido pero no olvidado, como se suele decir.

Su críptica respuesta implicaba que había mucho más, pero al ponerse tensa, Jane se golpeó la mano contra el muslo y sintió una punzada de dolor.

Intentó calmar el dolor relajando el resto del cuerpo, cerró los ojos y reclinó la cabeza contra el respaldo, inconsciente de que su respuesta física estaba siendo observada con sospecha por el hombre que tenía al lado, sobre todo la lenta rotación de sus hombros que hizo que el escote descendiera hasta el comienzo de sus voluptuosos senos.

Ryan apoyó las manos a ambos lados de su cuerpo y clavó los ojos azules en la negra melena gitana y las inconfundibile seríales de agitación en la cara de facciones tan marcadas y translúcida de agotamiento.

Sus labios, normalmente pintados de color discreto, eran esa noche rojos como el fuego y ahora, ligeramente corrida la pintura, eran sorprendentemente jugosos, la lasciva curva de su boca contrastaba de forma sensual con las rectas y casi masculinas cejas negras.

Su mirada se deslizó de sus senos a las largas piernas apartadas de él.

—Te pareces a él.

—¿A quién? ¿A mi padre? Pensé que habías dicho que no lo conocías —dijo Jane sin abrir los ojos.

Sabía por su tono de gravedad que no era un halago. Una hombre atraído por una belleza delicada y rubia de muñeca china como la de Ava no encontraría a Jane atractiva en absoluto.

—Sé que era grande. Moreno. Gordo.

Jane estaba demasiado dolorida como para ofenderse como él

pretendía. Ella tenía una constitución fuerte, pero no estaba gorda y mucho menos después de los meses pasados.

—Y tú también. Abrió entonces los ojos y le encontró observándola con desagrado mientras se frotaba la mandíbula con aire ausente.

—¿Te duele? —preguntó sin pensar.

—Sí-Bien —hubo un corto silencio mientras los dos clavaban la mirada en el otro—. Todavía tienes sangre en el labio. En la esquina… a la derecha.

El se pasó la lengua por el labio. —¿No será tu lápiz de labios? —susurró sacándose un inmaculado pañuelo blanco del bolsillo.

Su respuesta la pilló por sorpresa y como no estaba segura, se sonrojó. Sintió de nuevo la dureza de su boca y la fiera intrusión de su lengua invadiendo sus sentidos; El observó su sonrojo un momento antes de limpiarse con calculada lentitud.

—¿Mejor? —le pasó el pañuelo—. Es tu tumo.

—¿De qué?

—Tienes el lápiz de labios corrido. Aunque no es prueba de ningún beso. Tú congelarías a cualquier hombre que se acercara lo suficiente como para tocarte, lady Sherwood.

—¡Desde luego que sí, si fuera como tú!

—Si no has salido con ningún hombre más de dos veces durante estos do; años.

—¡ He estado demasiado ocupada! Se arrepintió al instante de haber picado el anzuelo.

—¿Has estado trabajando demasiado? ¿Tenías miedo de perder tu negocio mientras estabas divirtiéndote? Quizá deberías haber olvidado los proyectos de tu padre para ti…

Oh, sí, Ava me lo contó.

Pero tu ambición era aún mayor, ¿verdad? Mucho trabajar y poco disfrutar… no es de extrañar que Jane sea una chica tan solitaria y aburrida.

—¡Vete al infierno! Se dio cuenta de que había sonado más como una adolescente que como una fría profesional.

Debería ser inmune a sus insultos a esas alturas, pero su sentido de la valía personal estaba muy deteriorado y ya no era capaz de mantener la fachada de frialdad que había sido su única fuerza durante los dos años de presión constante a que la había sometido.

—Bueno, creo que ya hemos llegado —murmuró burlón al parar frente a un edificio bastante destartalado—. Vaya caída comparado con la mansión Sherwood.

¿Quién hubiera creído hace tres años que Lady Jane acabaría viviendo en un estudio encima de un grasiento bar? Ryan la miró rígida al borde del asiento mientras el chófer se daba la vuelta.

—Sin embargo, probablemente no sea para mucho más tiempo. ¿Tu casero no te ha dado todavía una fecha límite? Ella le ignoró intentando ocultar el pánico creciente mientras buscaba la llave con la mano sana.

La carta que había recibido el día anterior había sido literalmente la última gota.

Si había imaginado que ya no le quedaba nada por perder, se había equivocado.

Un grave error.

Ryan Blair evidentemente pensaba lo contrario. Hasta la fecha, su batalla se había librado en público. El contacto personal había sido mínimo, pero habiendo ganado la guerra pública, parecía preparado ahora para lanzarse a la arena privada, donde Jane era muy vulnerable.

—Entiendo que el pobre hombre ha tenido algunos problemas con los inspectores municipales… algo acerca de las regulaciones contra incendios, ¿verdad? —dijo asiéndola de la mano cuando por fin consiguió ella abrir la pesada puerta y escabullirse a la dudosa libertad del nuevo vecindario.

Jane casi lanzó un grito ante la presión de sus dedos de acero.

—Eso es algo en lo que son muy estrictos, así que supongo que tu casero te habrá comunicado que no puede dejarte las dos semanas legales para que encuentres otro sitio para vivir.

No pareces tener mucha suerte en buscar acomodación desde que el banco vendió el orgullo del viejo, ¿verdad? La mayoría de los sitios son demasiado caros para ti y los que consigues…

Bueno, esta es… ¿cuántas? la tercera vez en poco más de un mes en que tienes que trasladarte por circunstancias imprevistas de tus compañeras de piso o caseros.

A Jane le dio vueltas la cabeza como si hubiera estallado una negra tormenta alrededor de su pálida cara. El hecho de que las inspecciones hubieran sido llevadas medio en secreto y que su

apartamento fuera el único que podía ser ocupado mientras se efectuaban los arreglos, claramente llevaba la marca de Ryan Blair.

Pero las otras veces en que ella lo había achacado sólo a la mala suerte…

¡Maldito fuera!

—¿Estás empezando a sentirte acorralada, Jane? ¿Como si estuvieras en una pendiente resbaladiza hacia un abismo? Es un largo, sucio, oscuro y peligroso camino, pero quizá alguien te sujete antes de que te golpees contra el fondo.

¿Quién sabe? Si me sintiera generoso, podría…

Jane se zafó de su mano y salió del coche caminando con torpeza con los tacones altos mientras su risa la seguía en la calle pobremente iluminada. —Buenas noches. Dulces sueños.

Sus sueños de aquella noche fueron de todo menos dulces.

Tardó siglos en desvestirse y para cuando estuvo lista para acostarse, la mano le dolía tanto que tuvo que tomarse las dos últimas aspirinas que le quedaban.

No parecieron ser de gran ayuda porque estuvo dando vueltas durante horas en el duro sofá.

Incluso aunque le devolvieran la fianza, no le llegaría para pagar la entrada de otro apartamento y aunque compartiera casa, también tenía que dejar una fianza.

Y lo que era peor, su pequeña reserva de dinero había ido bajando de forma alarmante y la empresa seguía acumulando deudas a su nombre aunque ya no estuviera trabajando.

Los abogados y contables ya se habían llevado gran parte del dinero de la venta de la casa y la amenaza de la bancarrota estaba cada día más cercana.

Y sin coche, le costaría mucho moverse par buscar un trabajo aunque al menos no tendría que pagar gasolina.

Cuando por fin consiguió dormir, sus sueños estuvieron cargados de monstruos que le mordían los dedos y al despertarse se encontró con la mano terriblemente hinchada y amoratada.

Apenas podía estirar los dedos.

Buscó en su guardarropa algo que no tuviera cremallera en la espalda, pero por desgracia, no tenía mucha elección.

La mayoría de sus elegantes trajes de diseño habían sido embargados junto con las joyas y su gran colección de zapatos

cuando habían valorado la residencia de Sherwood.

Lo que dejaron, cabía de sobra en dos maletas, salvo que las lujosas maletas también habían sido requisadas y Jane se había visto obligada a abandonar la casa con dos bolsas de plástico.

El vestido negro se había salvado por haber estado en la tintorería.

Lo miraba como un símbolo de esperanza, una prueba de victoria contra las fuerzas de la oscuridad: un recuerdo de que aunque todo estuviera en contra tuya, a veces podías ganar. Al menos le habían dejado la ropa interior a pesar de las famosas marcas francesas e italianas, pero sólo tenía tres pares de zapatos planos.

Jane escogió una camisa larga de botones grandes que pudo abrochar con una mano y ni se molestó en recogerse el pelo.

Desde que se había mudado al apartamento dos semanas atrás, solía acercarse al pequeño café de la esquina, donde por el precio de un té, podía leer el periódico en busca de trabajo.

Después volvía al apartamento y mandaba sus cartas de solicitud antes de ir a las entrevistas y agencias de empleo.

Pero aquella mañana no parecía tener mucho más sentido.

Tal y como tenía la mano, su imagen no sería consistente con la competente profesional que reflejaba su curriculum.

Metió la mano en hielo y aunque de momento pareció aliviarla algo, a media mañana, supo que tendría que visitar al médico.

Cuando fue a devolver los zapatos de tacón alto a la vecina del apartamento de al lado, Collette, ésta sacudió su melena teñida y los pendientes de cristal tintinearon cuando la miró la mano.

—¡Dios! ¿Te hizo eso el chico con el que saliste anoche? Uno de esos tipos, ¿eh? Acepta mi consejo, cariño. Mándale al cuerno.

Y no hagas caso de sus disculpas.

Los bastardos como esos nunca cambian… unas cuantas copas y ¡puf! Te pega y luego pretende que creas que es culpa tuya.

Jane sonrió con debilidad.

A pesar de su feroz temperamento, Ryan Blair no era un hombre violento.

Tenía formas más sofisticadas de intimidación… como besar a una mujer.

—Deberías haber usado los tacones.

No nos los ponemos sólo para que las piernas parezcan kilométricas, ¿sabias? Un taconazo en la ingle puede darle a un hombre una perspectiva completamente nueva de la vida, ¿sabes lo que quiero decir? Jane asintió sospechando que cuando pluralizaba se refería a las chicas perdidas del vecindario dedicadas a la profesión más antigua del mundo.

Después de describirle otras partes de la anatomía masculina donde un buen tacón podía quitarle al instante la idea de violencia o sexo, Collette le dio la dirección de una clínica de urgencias y le apuntó los números de autobuses que tendría que tomar.

Era la primera vez que Jane subía a un autobús desde los días del colegio, pero tenía demasiados dolores como para apreciar la novedad.

La atestada sala de espera de la clínica era también una novedad para ella y después de una larga y enervante espera, Jane sintió alivio cuando la pasaron al desnudo despacho donde un deprimente doctor joven la examinó y diagnosticó un hueso roto antes de mandarla a hacerse unas radiografías.

—¿Y cómo está el otro tipo? —preguntó cuarenta y cinco minutos más tarde mientras examinaba la radiografía y le mostraba una fina fisura en el dedo pequeño.

—¿Perdone?

—¿Ve esto? Se has roto el quinto metacarpiano, el que une la muñeca con le dedo meñique.

Por lo que yo sé, sólo se puede hacer golpeando algo o a alguien con verdadero entusiasmo.

—A alguien —admitió Jane.

—¿Alguna otra lesión?

—No, creo que sólo le partí el labio.

Rugía como un toro, así que no creo que se rompiera la mandíbula o algo así.

—Ahora hablo en serio. ¿Era su marido? ¿Qué fue lo que hizo?
—ioh! —Jane se sonrojó—. No, nada que ver.

Quiero decir… que apenas nos conocíamos.

Sólo somos…

Los grises ojos del doctor parecieron iluminarse de repente.

—¿Sólo buenos amigos? Espere un minuto —se apartó y sacó un periódico de la papelera—. Me parecía conocida cuando entró.

Le enseñó dos grandes fotografías, una ligeramente borrosa tomada un momento después del impacto y la otra, terriblemente clara y de primer plano, de su aparente beso apasionado en la calle.

El fotógrafo lo había titulado: Una auténtica púgil. La historia de debajo venía impregnada de alusiones al boxeo, pero gracias a Dios, el periodista no se había molestado en investigar en los archivos y no salía nada de que Jane fuera la velada mujer que había destrozado su boda.

Al mirar su imagen en el abrazo de oso de Ryan, con el cuello arqueado por la aparente pasión del beso y los ojos entrecerrados sugiriendo un beso de ensueño, Jane sintió una indeseada oleada de excitación.

—Sí, bueno, vamos a arreglar esto.

El doctor volvió a ponerse profesional indicándola que se sentara en la camilla.

—¿Va a escayolarme? —preguntó con el corazón en un puño.

—No. Es una fisura limpia, así que sólo voy a inmovilizarle el dedo meñique mientras suelda.

—¿Cuánto tiempo?

—Probablemente tres semanas —le tocó el dedo meñique y ella dio un respingo—. ¿Ha tomado algo para el dolor?

—Sólo un par de aspirinas anoche.

El médico arqueó las cejas.

—Necesitará algo bastante más fuerte cuando termine. Va a estar incómoda unos cuantos días hasta que baje la inflamación y empiece el proceso de cicatrización.

Le pondré una inyección de anestesia local ahora y le daré una receta de analgésicos.

Son bastante fuertes, así que nos los mezcle con nada.

La anestesia fue mágica y Jane pudo observar con calma cómo le sujetaba el dedo meñique con el anular y los inmovilizaba con una pequeña férula.

—Intente mantenerla seca y use la mano lo menos posible. No conduzca ni la fuerce y si el dolor aumenta o le preocupa algo, vuelva.

Jane frunció el ceño.

Su padre había sido un estoico, pero ella era muy débil en lo que se refería al dolor físico.

Quizá lo hubiera heredado de su madre, que había abandonado a su marido y a su hija cuando Jane tenía seis años, porque según su padre no había tenido valor para seguir adelante.

—¿Y por qué iba a dolerme más? —preguntó con debilidad.

—La razón más probable es porque la venda esté demasiado apretada. Pero a veces… hay complicaciones y el hueso no suelda como debería. Entonces habría que operar, pero es muy improbable en su caso a menos que intente dar otro puñetazo.

Jane ignoró su grosera broma y se miró la mano sombría.

—Tres semanas…

—Mírelo por la parte positiva.

Al menos es la mano izquierda.

Jane alzó la vista.

—Soy zurda. —¡Vaya! Mala suerte. ¿Qué tipo de trabajo hace?

—En este momento ninguno.

—Estupendo. Así podrá descansar la mano y…

—¡Así podré morirme de hambre! Si no encuentro un trabajo pronto no podré ni pagar la renta y mucho menos las facturas de medicinas.

El doctor levantó las manos.

—¡Eh! Tranquila. Esto lo cubre la Compensación de Accidentes.

No tendrá que pagar casi nada.

¿Qué tipo de trabajo está buscando? ¿Qué cualificaciones tiene? Si Jane no hubiera estado cansada, hambrienta y herida, le hubiera divertido aquel tono paternalista de un hombre mucho más joven que ella.

—Dirección —explicó tensa—. Pero el tipo de puestos que me interesan no parecen abundar en estos tiempos, así que he bajado mis pretensiones y he solicitado trabajos de secretaria, vendedora, mecanógrafa… el tipo de puesto que requiera al menos poder escribir.

—Pero puede usar un teclado.

—No muy bien —se encogió de hombros—. Si yo fuera la jefa de personal no me daría a mí el trabajo. No se contrata alguien que pueda pedir una baja casi al empezar.

—¿Y la Seguridad Social? ¿No podría ayudarla? Jane suspiró empezó a pensar que el orgullo era un lujo del que tendría que pasar.

—Estoy metida en un buen embargo.

No creo que pueda solicitar ayuda estatal hasta que no se resuelva.

—Sí lo está si una lesión le impide trabajar —dijo el doctor anotando la receta—. Le pagarán un porcentaje de sus ganancias semanales del año pasado. Le diré a la recepcionista que le dé una solicitud.

Jane murmuró unas palabras de agradecimiento sin deseos de prolongar aquella conversación tan deprimente.

El problema era que ella no había tenido ingresos en los doce meses anteriores.

La situación de Sherwood Properties había sido tan desesperada que había renunciado a su salario para invertirlo en el negocio viviendo de las tarjetas de crédito en espera de mejores tiempos.

Durante los siguientes días, perdió varias oportunidades. Lo había hecho todo bien: se había arreglado, le había pedido a Colette que la ayudara a peinarse y se había asegurado de informarse de los autobuses correctos para no llegar tarde.

Había presentado un comportamiento agradable, confiado y discreto a pesar de las provocaciones.

Por sus observaciones, dos de los rechazos eran auténticos, pero los otros tres eran debidos a su identidad.

De camino de vuelta a casa y ante la perspectiva de una larga tarde vacía por delante, decidió pasarse por la primera agencia de empleo en la que se había apuntado y la propietaria, una mujer muy directa a la que Jane conocía algo de su otra época, le había explicado sin rodeos:

—Te digo una cosa, Jane, porque es injusto que pierdas más el tiempo… pero lo negaré todo si sale una sola palabra de esta oficina.

Un agencia como la mía depende de las grandes empresas en gran medida y la verdad es que si coloco a Jane Sherwood ahora mismo, me arriesgo a perder algunos contratos muy lucrativos que no puedo permitirme. Probablemente te pase lo mismo en otras agencias. Hay muchas influencias en el mundo laboral, así que me temo que ahora tendrás que arreglártelas por ti misma.

¿Y qué había de nuevo?, pensó Jane por la noche mientras se preparaba una tortilla.

Siempre se las había arreglado por sí misma.

Y de todas forma, un empleo no era ya su prioridad.

En tres días tendría que moverse y todavía no había encontrado un sitio para vivir.

Hubo una brusca llamada en la puerta y casi se le cayó el plato del sobresalto.

Era el sórdido hombre de la puerta de al lado de Colette.

—Teléfono para ti.

—¡ Oh, gracias! Le sonrió y salió al pasillo .

—¿Hola? —¿Señorita Sherwood? Sólo un hombre podía pronunciar su nombre con aquel particular tono de amenaza.

—Señor Blair. i Qué sorpresa tan agradable! —ella también podía ser insultantemente educada—. ¿Cómo está?

—Extremadamente bien, gracias. ¿Y usted?

—

—¡Oh, estupendamente! iNunca he estado mejor! Hubo un corto silencio. Jane le oyó respirar y reguló su propia respiración para que no notara que tenía los pulmones como si acabara de correr una maratón.

—La llamo para ver si quiere cenar conmigo mañana en el hotel Lakepoint. Quiero hacerle una propuesta comercial que nos daría considerables beneficios a ambos…

Capítulo 4

OH, sí señora! El señor Blair ya está en la mesa. Por favor, sígame.

Jane se alisó la falda del vestido con nerviosismo mientras seguía al maitre a través del comedor.

El restaurante del hotel Lakepoint era famoso por su elegancia y aunque en su vida anterior, nunca hubiera osado ponerse el mismo traje dos veces, Jane se había resignado a repetir el vestido negro.

Sin embargo, al pasarse por casa de Collette para pedirle de nuevo los zapatos prestados, su amiga le había abierto su guardarropa y no había podido resistirse a la oportunidad de elegir algo descarado para enfrentarse a su enemigo.

Ahora estaba empezando a arrepentirse de su descaro.

El minivestido verde de licra podía estar muy de moda, pero no era de su estilo en absoluto. Era demasiado llamativo, moderno y… juvenil.

Aunque el escote era relativamente modesto, la tela elástica se ajustaba a sus curvas como un guante y mostraba sus largas piernas tanto como no las había lucido desde la adolescencia.

Quizá no debería haber dejado a Collette convencerla de dejarse el pelo suelto y de que la maquillara, pero la otra mujer había sido muy persuasiva cuando se había enterado de que la cita era con el hombre al que había pegado y había aparecido en toda la prensa.

No había habido forma de convencerla de que la reunión era estrictamente de negocios.

El maitre rodeó un banco de helechos y Jane divisó la familiar cabeza morena en una mesa en el centro del comedor.

¡Oh Dios! Todas las células de su cuerpo se cargaron de aprensión.

Debía estar loca para haber acudido allí y creer que el final de la venganza de Ryan significaba algo que no fuera otro problema.

¿Para qué molestarse en ofrecerse a ayudarla cuando la tenía contra las cuerdas? ¿Y aceptar su invitación no era lo mismo que reconocer que se estaba agarrando a un clavo ardiendo? El orgullo estuvo a punto de hacerla escapar de allí hasta que lo pensó mejor.

¿A quién quería engañar? Estaba lo bastante desesperada como para agarrarse a un clavo ardiendo.

Luchando contra su nerviosismo mientras se acercaba, dobló los dedos y pestañeó de dolor.

Otra debilidad que ocultar.

Se había quitado la férula y había pedido prestado a Colette un par de guantes negros de satén después de que el maquillaje apenas consiguiera ocultar el moretón púrpura y amarillo. Sin embargo, él no tenía ninguna secuela de su puñetazo, notó con amargura cuando Ryan se levantó para recibirla.

Su esculpida boca y su mandíbula no tenían ninguna cicatriz, síntoma de su superioridad física. Notó con satisfacción que sus pupilas se dilataron un poco al mirar su vestido.

Pareció momentáneamente transfigurado por el destello de las lentejuelas bajo la luz de las velas. Saber que había conseguido sorprenderlo la animó.

¡Un punto por Collette! Jane se permitió una leve sonrisa de triunfo mientras inclinaba la cabeza con dignidad y se sentaba en la silla de terciopelo que el maitre había apartado para ella.

—¿Vestida para la actuación? —murmuró él con un brillo de interrogación en sus profundos ojos azules.

Jane se puso tensa sintiendo un insulto contenido en su comentario.

—¿Perdona? El se sentó sonriéndola de una forma que le produjo cosquilleos.

—Estás deliciosamente… llamativa y aventurera esta noche —repitió despacio haciendo un gesto para que les sirvieran las bebidas sin apartar los ojos de ella.

—Gracias —dijo cargada de resentimiento.

—Es un placer… Jane —respondió él con un destello de diversión que la hizo olvidar que había decidido ser fría y conciliadora, por mucho que la provocara.

—Tú también estás exquisito, Ryan —comentó con insultante dulzura.

Por desgracia, el halago no era más que la verdad. Con una cazadora clara que resaltaba la anchura de sus espaldas, una camisa azul oscura y pantalones negros, era el epítome de la elegancia masculina y sus cinceladas facciones, cargadas de la agresiva energía de su personalidad, tuvieron un impacto en ella que era incapaz de negar.

¡Y él también lo sabía, maldita fuera! Aquel hombre emanaba confianza en sí mismo.

—Qué educados los dos! ¿Que te gustaría beber? Yo voy a tomar un Martini con vodka.

Estuvo a punto de negarse a beber nada con alcohol, para tener la cabeza lo más despejada posible, pero su inocente pregunta había adquirido el insidioso tono de un desafío.

—Tomaré lo mismo.

—Estaba empezando a preguntarme si vendrías —comentó Ryan en cuanto les sirvieron las bebidas.

Jane no había llegado tarde a propósito.

La había llevado un amigo de Collette y el joven tenía una interpretación muy flexible del tiempo, pero Jane no iba a dejar que Ryan se enterara de su agonía cuando se había dado cuenta de que no llegaría a la hora.

Enarcó una de sus espesas cejas negras.

—¿No estás acostumbrado a que te dejen plantado?

Excepto en el altar, no —replicó él castigando su osadía con un descaro que la descompuso.

Jane se puso pálida al enfrentarse a su fiera mirada azul.

—No te dieron plantón.

—No, pero el resultado fue el mismo, ¿verdad? Un novio rechazado en el altar…

Jane tragó saliva.

—Tú… podrías haberlo intentado de nuevo. Podrías haberte casado con otra —murmuró febril.

Seguramente un hombre con el carisma de Ryan Blair nunca estaña sólo a menos que quisiera.

—¿Y a quién crees que debería haber tomado como sustituta? ¿A mi amante secreta, quizá?

Jane se quedó confusa momentáneamente.

—¿Tenías una amante secreta? —gimió con horror. Nunca se le había ocurrido que Ava pudiera tener motivos reales para cancelar la boda. ¡Oh, Dios! ¿habría pasado ella toda aquella agonía por nada?

—Bueno, sí. Pensé que lo sabías.

De repente, Jane comprendió lo que sugería.

—Si crees que yo… que yo…

—¿Esperabas que te hiciera una mujer honrada! —terminó él por ella—. Bueno, encajaba en el escenario. ¿Estabas intentando que actuara de forma honorable, querida? ¿Por eso lo hiciste?

—¡No! ¡Por supuesto que no! Tú… yo… nunca fuimos… No seas desagradable.

—¿Crees que el honorable y bendito estado del matrimonio es desagradable? ¡Qué fascinantes ideas tienes, querida Jane !

—Yo no soy tu querida ni nada parecido.

—¡Ah, sí! —la contradijo con voz sedosa de amenaza—. Me costaste mucho, querida. De hecho, eres la mujer más cara con la que me haya acostado nunca. Después de nuestra inexistente aventura, me dejaste con poco que ofrecer a ninguna mujer…Tuve que luchar con uñas y dientes para salir de la quiebra financiera.

Ella sabía que sería perder el tiempo intentar convencerle de que nunca había pretendido aquello.

—El dinero no lo es todo. Si una mujer te amara…

—¿Como Ava, quieres decir? En la riqueza y en la pobreza, para lo bueno y para lo malo… ¡Oh, sí! El amor es el último garante. Se rió con aspereza y cinismo.

Jane apartó la mirada con sentimiento de culpabilidad, pero él no la dejó con tanta facilidad.

—¿Qué es lo que pasa, Jane? ¿Pensabas que iba a aparentar que nunca había sucedido? Es por eso, después de todo, por lo que tú estás aquí…

—Yo estoy aquí porque dijiste que tenías una proposición de negocios que hacerme.

— Ah, sí! —se reclinó contra el respaldo con una sonrisa de lobo —. Mi propuesta. Y estás tan ansiosa por escucharla que estás dispuesta hasta a cenar con tu peor enemigo. Y yo soy tu peor enemigo, ¿verdad, Jane?

Él parecía disfrutar tanto que ella no pudo resistirse a quitarle importancia.

—Te veo más como un obstáculo que como un enemigo.

—Entonces, vamos a brindar —alzó la copa—. Por los obstáculos. Porque se monten rápido.

—Se remonten —corrigió ella alzando con desgana la copa.

—Creo que prefiero mi versión.

Jane le imitó distraída por el desafío machista de su comentario y la mezcla de potente alcohol explotó en su estómago haciéndola parpadear de calor. Diablos, ¿qué más podía hacerla que ya no le hubiera hecho?

—Sorprendente, las cosas que uno llegaría a hacer cuando está hundido en al desesperación. ¿verdad, Jane?

—¿Qué tipo de cosas?

—Oh… comprometer los principios que en otro tiempo se defendieron con ardor, los peligros ignorados, las trampas en las que uno puede caer cuando necesita recuperar el control al precio que sea…

Con un sobresalto de alegría, Jane notó la marca en su labio inferior al sonreír. Era una seríal diminuta y apenas detectable excepto para la persona que se la hubiera hecho.

—Creo que soy bastante consciente de los altibajos de los negocios, gracias —dijo ella dando otro sorbo al líquido transparente.

—Si lo fueras, dudo que te encontraras en esta situación tan insostenible.

Tu falta de cualificaciones y tu inexperiencia probablemente tengan mucho que ver con tu fracaso.

La acusación la sacudió como un puñetazo.

Jane enderezó la espalda.

—Puede que no tenga cualificaciones académicas, pero tengo una experiencia que vale más que muchos diplomas… casi diez años trabajando en todos los aspectos posibles de Sherwood.

—Dios mío. ¿Tanto tiempo?

Su burla le dolía. ¿Cómo se atrevía a despreciar sus logros con tanta ligereza?

—Mi padre nunca me hubiera puesto al mando si no hubiera sabido que era capaz de…

—Como no tenía un hijo, no le quedaba otra elección, ¿verdad? —interrumpió Ryan—. Mark no tuvo nunca mucho respeto por las mujeres.

Con unas pocas frases, Ryan le había vuelto a hacer sentirse como una adolescente, desesperada por demostrar su capacidad, su inteligencia y su valía.

Le miró furiosa.

—¡ Yo era la persona mejor preparada para ese trabajo! Conocía la empresa de arriba abajo. Y la amaba.

Se había sentido más en su hogar en su acogedora oficina que en la inmensa y ostentosa mansión que Mark Sherwood había levantado como monumento a su éxito.

Después de su retiro obligado, el tra bajo se había convertido en un refugio ante la tensión de su casa.

En la oficina, Jane se sentía segura, fuerte y aislada de las dudas e inseguridades que la asaltaban en cuanto cruzaba la puerta principal de la casa de su padre.

—Si tienes una opinión tan baja de mis capacidades profesionales, no entiendo qué estoy haciendo aquí.

—Lo entenderás —murmuró él dirigiendo la mirada detrás de la espalda de ella.

—¿Qué estás…? Se detuvo cuando él se levantó con su cínica expresión eclipsada por una suave sonrisa de recibimiento y extendió la mano al hombre de mediana edad que se había parado frente a su mesa.

—Hola, Dan.

Me alegro de que hayas podido venir.

—¿Cómo iba a dejar pasar una oferta tan tentadora? —el hombre con acento australiano le estrechó la mano con entusiasmo antes de deslizar la mirada por la cara de asombro de Jane—.

—Hola, pequeña dama. Antes de poder reaccionar ante el tono paternalista de aquel hombre, Ryan intervino con suavidad.

—Pequeña no le hace justicia, como descubrirás por ti mismo enseguida.

Jane, me gustaría presentarte a Dan Miller.

Dan es propietario de una constructora en Queensland. Ha venido a firmar unos contratos con Spectrum.

Dan, esta es Jane.

La omisión de su apellido le pareció insultante, pero Dan Miller no pareció notarlo.

—Encantado de conocerte, dulzura.

Jane se obligó a sonreír cuando él la estrechó las dos manos a la vez y le produjo una punzada de dolor en la mano lesionada.

Apenas escuchó las palabras que los dos hombres intercambiaron mientras se sentaban.

—Pensé que iba a ser una reunión privada —murmuró en voz baja cuando Dan Miller se dio la vuelta para pedir la bebida al camarero.

—¿Es eso lo que te dije?

—No, pero era la conclusión obvia —admitió ella con rigidez.

—Yo intento no ser nunca obvio. Eso le hace a uno previsible y cuando se es previsible, se es vulnerable, ¿no crees?

¿Estaba queriendo decir que ella era demasiado previsible? Jane frunció el ceño y se mordió el labio inferior.

Su padre siempre la había acusado de ser lo contrario… de seguir demasiado su instinto femenino como para tomar decisiones comerciales lógicas.

—Pareces tensa —continuó él en el mismo tono aterciopelado—. —¿Por qué no dejas de preocuparte y disfrutas de la cena? Uno de los motivos por los que os he traído aquí a Dan ya ti es por la magnífica reputación del chef, así que no estropeemos el apetito hablando de negocios con el estómago vacío, ¿de acuerdo? Los ojos de cobalto de Ryan eran hipnóticos y persuasivos.

—Relájate y sé sociable. Dan es un contacto extremadamente valioso y sólo se quedará esta noche en la ciudad. Sólo te estoy pidiendo que me ayudes a hacerle la velada agradable. Te prometo que serás ampliamente recompensada por tus esfuerzos por mantenerle entretenido…

Cuando se ponía suave, era asombroso.

Jane le había visto de muchas formas, pero nunca había sido la víctima de su encanto, e incluso sabiendo que era para conseguir lo que deseaba, no atenuó el impacto.

Cuando había estado prometido con Ava, sus modales con Jane habían sido bastante reservados.

Ella nunca le había visto reír ni relajarse en su presencia. Por eso debía ser por lo que su repentina sonrisa le produjo un vuelco

en el estómago.

Toda su cara se transformó, las duras líneas de cinismo se borraron y el leve destello de amenaza en sus ojos se convirtió en una mirada hipnótica que ardía de intensidad.

Era como mirar a un hombre diferente, a un extraño con el que bajo otras circunstancias, podría…

Jane sintió un violento sonrojo al comprender los derroteros por los que caminaba su mente.

Se puso rígida en el asiento horrorizada al recordar lo cerca que había tenido su cara cuando habían estado susurrando.

¿Qué había querido decir? Algo acerca de que fuera sociable con el otro invitado. ¿No estaría sugiriendo…? La idea le produjo un escalofrío.

—¿Tienes frío? Ryan deslizó un dedo por su antebrazo desnudo y de nuevo, el breve contacto físico tuvo un efecto paralizante.

Se le secó la boca y sintió que se le erizaba el vello. Miedo. Tenía que ser miedo ante su fuerza y su poder.

Fue Dan Miller el que respondió.

—¿Frío? Yo sé la forma de que entres en calor.

¿Qué te parece salir a la pista conmigo? ¡ Está demasiado solitaria sin ninguna pareja bailando! Asió a Jane por la muñeca izquierda y la levantó recordándola la lesión.

Estuvo a punto de protestar.

—De verdad, no creo…

—¡Oh, vamos Jane! No me importa que me abandones por mis amigos y ya sabes lo que te gusta bailar. Si me aburro aquí solo, me acercaré a decíroslo.

Dan soltó una carcajada.

—¡Para nada, compañero! Es culpa tuya por no haber contado bien los invitados. Búscate una pareja. ¡Esta es para mí! Mirando a sus espaldas, Jane vio a Ryan con una sonrisa de satisfacción y los ojos entrecerrados sin dejar de mirarlos.

Aunque Dan era un bailarín más o menos competente de pies ligeros a pesar de su corpulencia, Jane descubrió que hasta un vals lo hacía agitado en su esfuerzo por exhibirse.

En las vueltas daba pasos de más, reverencias y giros que la hacían perder el equilibrio obligándola a mantener la mano izquierda apretada y los dedos le dolían como si los tuviera

atrapados en una prensa.

La transpiración la empañaba el cuerpo mientras seguía los excéntricos movimientos de Dan e intentaba concentrarse en la conversación en vez del dolor creciente.

Se enteró de que se alojaba en el hotel, que estaba divorciado y en el principio de la cincuentena.

El hombre bromeó acerca de que Jane le sacara la cabeza y de que siempre se sentía más seguro en los brazos de una mujer fuerte.

Si no le estuvieran doliendo tanto los dedos, Jane podría haberse divertido con sus galanterías tan desenfadadas, pero apenas conseguía esbozar una vacua sonrisa aliviada por fin cuando al final del segundo baile abandonaron la danza y pudo relajar los dedos.

Ryan no hizo ninguna intención de disimular su interés en el cuerpo de Jane al acercarse a la mesa, sus ojos la estudiaron sobre el borde de la copa deslizándose despacio desde sus piernas, el balanceo de sus caderas, y la tela brillante ajustada a sus generosos senos.

Parecía que se había recuperado de la sorpresa inicial ante su atuendo y ahora estaba haciendo un inventario mucho más íntimo.

Jane sintió una oleada de furia al sentirse mentalmente desnuda. No iba a permitirle que minara su confianza en sí misma como mujer así como su capacidad de dirigir una empresa.

Enderezó la espalda y el pelo se movió alrededor de los hombros mientras daba los últimos pasos con un gesto de desafío que le hizo entrecerrar los ojos y alzar la barbilla igual que cuando le había dado el puñetazo.

Como entonces, el aire se cargó de electricidad entre ellos.

Entonces él sonrió y a Jane se le tensó la piel al ver el placer surcar aquellas primitivas facciones.

¿Ryan Blair benigno? ¿Suave y delicado? ¡No lo creía! Cuando se sentaron, el camarero se acercó a tomarles la nota y Jane, que había llegado con toda la intención de aprovechar una comida gratis, se encontró mirando la carta sin nada de apetito.

Tenía la sensación de que si intentaba meter algo delicioso o especiosa en el estómago encogido, no permanecería allí mucho tiempo. Al final, escogió de primer plato una ensalada y pescado a la plancha de segundo.

—No hace falta que te reprimas por mí —dijo con sequedad

Ryan—. Puedo permitirme invitarte a lo que quieras. No vas a pasar la noche fregando los platos.

—¡Desde luego que no! Tenemos mejores cosas que hacer ¿verdad, dulzura?

—Dan guiñó un ojo con aire de complicidad—. No estarás a dieta, ¿verdad, Jane? Con una figura tan sexy como la tuya, no te hace falta.

—No, sólo soy selectiva —dijo dirigiendo una mirada de furia a Ryan, que sonrió con cinismo.

Entonces se dio la vuelta y aparentó una fascinación que no sentía por las historias de Dan.

Para su sorpresa, Ryan no hizo ningún intento de interrumpirle, permitiendo a Dan que dominara la conversación y a Jane que siguiera adelante con su rudeza hacia él.

Por desgracia tuvo que pagar el precio, porque a Dan le gustaba tocar mientras hablaba y cada vez que dejaba la mano izquierda relajada, él se la cubría o la estrechaba entre las suyas para dar énfasis a sus chistes.

Volvieron dos veces más a la pista de baile.

Después de la segunda, Jane se disculpó y se fue al servicio sabiendo que era hora de admitir la derrota.

No iba a poder terminar la velada sin alguna ayuda química.

La mano le palpitaba de forma insoportable y las dos copas de vino, en vez de hacerle un efecto anestésico, le habían hecho que la cabeza le palpitara.

¡Pero no iba a ceder, maldita sea! Ryan había ofrecido una recompensa y ella iba a permanecer allí hasta conseguir a lo que había ido: un aplazamiento de su venganza.

Se tomó dos pastillas de las que le había recetado el doctor, se retocó el lápiz de labios y se peinó antes de sal ir.

Las píldoras le produjeron euforia en vez del atontamiento que había esperado.

Con la mente despejada ahora que no sentía dolores, se fijó en la velada malicia con que Ryan observaba sus intentos de defenderse de la creciente familiaridad de Dan.

Intentó un bostezo educado y un comentario acerca de lo tarde que se había hecho.

Ryan se levantó la manga y observó blandamente:

—Las chicas buenas deberían estar arropadas en sus camitas a estas horas…

—¿Y quieres decir que yo no soy de esas? —le retó Jane con los ojos azules turbulentos de agresión reprimida.

Dan soltó una carcajada y apretó el muslo tentadoramente contra el de ella bajo la mesa.

—¿Estás de broma? No estarás aquí si Ry no creyera que eras muy, muy buena.

Me dijo que eras de primera clase, cariño.

Verdadera clase.

Y tenía razón.

Mientras buscaba su mano, Jane la adelantó con rapidez hacia la copa y Dan se vio obligado a darle una palmada en la rodilla con la mano sudorosa.

—¿Ah sí? ¿Y qué más te contó de mí ! Jane apartó la pierna con una sospecha al notar que su mano empezaba a avanzar.

—Bueno, cariño. Si de verdad quieres saberlo… ¿por qué no subimos a tu habitación y lo discutimos con una agradable copa nocturna? Los ojos un poco vidriosos de Dan se arrugaron con un gesto que le produjo una oleada de náusea.

¡Sabía qué tipo de copa tenía en mente y desde luego no era una de alcohol ! Antes de poder contestarle, Dan divisó a algún conocido en una mesa cercana y se levantó para saludarlo.

— Eh, Tom! —hizo un gesto exagerado con su copa de brandy—¡qué curioso encontrarte aquí! ¿Qué tal estás, amigo? —bajó la voz y posó la mano en el redondeado hombro de Jane con gesto de posesión—. Voy a hablar con el viejo Tom. Volveré en un momento, cariño. ¿Por qué no te encargas tú de la cuenta mientras tanto, Ry? Así Jane y yo podremos salir y dedicarnos a lo nuestro.

Gracias por arreglarlo.

Te pediría que te unieras a nosotros para tomar una copa, pero ya sabes lo que dicen… tres es un ejército y todo eso…

En cuanto estuvo fuera del alcance del oído, Jane se inclinó hacia delante con los ojos incendiados de furia.

—¿Qué es exactamente lo que has dicho? —preguntó con salvajismo—. ¿Qué le hace pensar que yo voy a ir a alguna parte con él? ¿Y por qué tiene la impresión de que yo me alojo aquí? Ryan deslizó la mano hacia la de ella por encima del blanco mantel.

La levantó para mostrar una tarjeta llave con el logotipo del Lakepoint.

—Quizá porque lo estés. Habitación 703 para ser más exacto.

—¿De qué estás hablando? —susurró Jane mirando a la llave como si le fuera a explotar en la cara.

—Bueno, ya que cree que tienes tanta clase, no podrás llevarle a tu ruinoso apartamento.

Y en vista de los procedimientos de divorcio, no puede arriesgarse a llevarte a su habitación.

De todas formas, pensé que te gustaría hablar de negocios en privado y cuando terminéis, podrás desaparecer con toda discreción.

—¿O sea que esto es lo que tu llamabas proposición de negocios? —se atragantó casi temblando de furia—. ¿Quieres que me acueste con Dan para hacerte un favor y endulzar algún trato que tengas con él? ¿Y qué saco yo a cambio? ¿Tu gratitud eterna? ¿Tu acuerdo de que dejes de acosarme?

—Oh, yo tenía un arreglo muchó más profesional en mente —dijo acariciándose la cicatriz del labio—. Te prometí una generosa recompensa por tu cooperación, ¿verdad, Jane? Y siempre cumplo mis promesas…

Se metió la mano en el bolsillo de la cazadora y sacó un pedazo de papel. Sin dejar de mirarla, se lo pasó con deliberada lentitud.

Esa vez, cuando apartó la mano, apareció un cheque entre ellos.

—¿Dinero? —preguntó con desdén ante su transparente intento de humillarla—. ¿Esperas que me prostituya por…? —sus ojos se clavaron en la cifra y su tono de frialdad cambió a uno de incredulidad al ver el número de ceros—. ¿Por diez mil dólares? Su mirada de cobalto brillaba mientras observaba su cambio de actitud con cara diabólica.

—Tentador, ¿verdad, Jane? Sólo piensa que podrías ganar en una noche más de lo que nunca ganaste en un mes… ¡Eso si ser una prostituta de lujo no va en contra de los preciosos principios de una Sherwood!

Capítulo 5

JANE hubiera querido lanzarse por encima de la mesa y arrancarle los ojos. Deseaba patear, morder y gritar su propuesta, eso le condenaría delante de todo el comedor como un odioso y despreciable monstruo.

Lo único que le detuvo fue la certeza de que era así como él esperaba que reaccionara.

Su rigidez le delataba; era la rigidez de un depredador preparándose para matar.

Pudo sentir que deseaba que perdiera el control.

Quería que se pusiera en evidencia como una histérica para crear otra escena de humillación pública que arruinaría su ya deteriorada reputación.

—¿Qué pasa, Jane? —susurró con suavidad—. ¿No es suficiente? Los dos sabían que era demasiado.

Mucho más que demasiado.

Jane hubiera desdeñado cualquier otra cantidad con una carcajada, pero aquella suma era suficiente como para paralizar a cualquiera, cuanto más a una mujer cargada de deudas. Lo único que tenía que hacer era sacrificar su orgullo, el respeto por sí misma.

¡Nunca! ¡Y él lo sabía! El peligroso cóctel de pastillas y alcohol regado con la rabia le recorría las venas como una tormenta.

El color le inflamó las mejillas añadiendo una fiera animación a sus rasgos cuando levantó la barbilla y le clavó una mirada envenenada.

—¿Crees que caeré en un truco como ése? ¿Qué te impediría cancelar el cheque mañana si no lo has hecho ya hoy? Debería haber sabido que él no le dejaría un escape tan fácil de la tentación.

—Como podrás ver, es un cheque bancario, no personal… Es como tener dinero en metálico.

—Una gran cantidad para una sola transacción.

Se sintió orgullosa de que no le fallara la voz.

—¿No te consideras merecedora de tanto?

—De cada centavo —dijo doblando el cheque y apretando el doblez antes de volverlo a doblar.

—Considéralo como un anticipo —su profunda voz estaba cargada de anticipación mientras sus ojos de halcón, clavados en ella, esperaban ver cómo lo rasgaba en pedazos.

Naturalmente, espero que trabajes en exclusiva para mí.

Tengo numerosos clientes extranjeros a los que les gustaría la diversión con clase mientras estén en la ciudad, hombres que prefieren una compañía más inteligente y sofisticada que la que proporcionan las agencias de compañía locales.

Jane apretó el cheque de forma involuntaria y notó la leve tensión muscular en el cuerpo de Ryan como si se preparara para la explosión de ella.

En vez de eso, Jane deslizó al delgada tira de papel contra los labios, la deslizó por el cuello y se la metió en el escote donde descansó segura entre el encaje del sujetador.

Entonces apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia adelante para disfrutar de la parálisis de la cara de Ryan Blair.

—¡Vaya! Gracias, Ryan. Ese dinero me viene desde luego muy bien… pero espero que no te importe que me piense lo de la exclusividad.

No me gusta limitar mis opciones hasta que no haya investigado con atención el mercado.

Durante un momento, él no se movió hasta que asimiló la situación.

—No irás en serio, ¿verdad? —musitó con voz ronca bajando los ojos hacia la zona donde había desaparecido el cheque.

—¿Que no? Agitó la cabeza y el pero le onduló por un hombro con un gesto provocativo.

El iba a descubrir que ella era tan buena como él en la crueldad.

¡O mejor! —¿Por qué no? Estoy desesperada y, como tú mismo seríalaste, en esta situación se hacen cosas que uno no se atrevería a considerar de otra forma.

Su fruncimiento sombrío traicionaba su frustración.

Le temblaron los músculos de la mandíbula y Jane casi pudo oír el rechinar de sus dientes.

¡Oh, sí, la venganza era desde luego dulce !, pensó Jane mareada.

No le extrañaba que Ryan la persiguiera con tal fervor.

—¿Y qué ha pasado del famoso orgullo de los Sherwood? ¿Qué diría papaíto si su pequeña niña estuviera haciendo este tipo de negocios?

— Me pregunto qué pensaría el tuyo si supiera que te has convertido en un chulo! La cara de Ryan se ensombreció.

—Mi padre murió hace veinte años.

Curiosa por la intensidad del dolor en su voz, Jane sintió una punzada de vergüenza.

—Lo siento… ¿Fue un accidente?

—¡No! Su voz contenía una rabia tan contenida que le produjo escalofríos.

—¿Lo asesinaron? Le alucinaba la idea de que alguien se atreviera a privar de algo a Ryan Blair.

Pero entonces debía ser apenas un vulnerable adolescente aunque lo imaginaba agresivo incluso entonces.

Jane se llevó la mano al escote de forma inconsciente y rozó el pedazo de papel que ahora le pesaba una tonelada.

—Lo siento —repitió con nerviosismo—. Debió ser muy difícil para ti.

La áspera carcajada de Ryan le hizo arrepentirse de haber demostrado compasión.

Como su padre, era evidente que lo consideraba como una debilidad para usar en su contra.

—Sin embargo, eso explica lo bastardo que has llegado a ser. Es evidente que tu madre no consiguió enseríarte muchos modales.

Seguro que eras un salvaje cuando eras adolescente.

Ryan apretó los dientes.

—Y todavía lo soy, dulzura. Y deja a mi madre fuera de esto… ella no forma parte de tu batalla.

Por suerte, en ese momento Jane ya no sentía ninguna compasión y fue capaz de batir sus largas pestañas con los ojos brillaptes de diversión.

—¿Estamos peleando? —dijo con melosa inocencia—. Yo pensaba que esta era la forma en que llevabas tus negocios…

Ya sabes: amenazas, insultos, maltratos físicos…

Jane notó un destello fugaz de admiración ante su audacia.

—A ti te gusta que te maltraten, dulzura y vas a conseguirlo.

Levantó la mano en una parodia de cortesía y la alcanzó por encima del guante.

—No puedes soportar perder, ¿verdad? —susurró ella al sentir una fuerte punzada de dolor en el brazo que le irradió hasta el pecho—. Y deja de llamarme dulzura.

—Sólo te estoy preparando —miró por encima del hombro de ella—. Dan vuelve para acá y él será el que hará el maltrato.

Yo sólo espero que estés lista para ganarte tu dinero porque tengo entendido que le gusta el sexo duro…Puede que le guste que seas una dama en la mesa, pero una prostituta en la cama.

Ahora estaba intentando asustarla para que le devolviera los diez mil dólares.

—Mejor él que tú.

—Entonces supongo que tenemos un trato.

Ryan le puso la llave en la palma de la mano cerrándole los dedos despacio uno a uno, con los ojos azules clavados en ella con gesto de desafío..

Jane se quedó sin aliento al comprender que él no pensaba ceder, ¡Estaba presionándola para que siguiera con aquel trato infernal! No le importaba en absoluto el dinero… era lo bastante rico como para no notar diez mil dólares y ya había demostrado que llegaría adonde hiciera falta para tenerla bajo su poder por completo.

La cabeza le daba vueltas de la confusión y sólo una idea destacaba por encima de la bruma: él no iba a ceder nunca.

Quizá la única forma de ganar fuera dejarle conseguir la venganza que ansiaba.

Quizá entonces la dejara en paz.

—¡Bueno, ¿vamos a divertirnos, dulzura? —preguntó Dan a sus espaldas.

Apartó su silla con tal brusquedad que Jane dio un respingo y tuvo que sujetarse al borde del asiento mientras él la sonreía.

Jane volvió a mirar a Ryan, pero se había dado la vuelta y

estaba firmando la factura con fuertes trazos.

—Claro… —la voz le salió como desde muy larga distancia mientras permitía a Dan que la ayudara a ponerse de pie.

Sentía el cuerpo separado del cerebro y los pies flotar por el suelo mientras le acompañaba fuera del restaurante por le espesa moqueta del hotel consciente de que Ryan les seguía en silencio.

Sintió su densa mirada clavada en su espalda como si fuera el cañón de una pistola, fría, dura y letal.

Sintió entonces una helada calma. El tiempo pareció extenderse y adquirir una realidad ensoñadora mientras pasaba por delante de recepción hacia los ascensores y los dos hombres se estrechaban las manos e intercambiaban las últimas cortesías.

Ryan parecía tranquilo y nada afectado, pero cuando Dan dijo que iba al mostrador a ver si tenía algún mensaje, Jane descubrió lo contrario.

Se encontró acorralada contra la columna más cercana por su sólido cuerpo y sus manos, plantadas a ambos lados de sus hombros.

—Es lo bastante viejo como para ser tu padre.

¿Es que no te importa? Jane pudo sentir la mirada ardiente de Ryan en su pál ida cara.

Si se movía le rozaría, así que se quedó paralizada con la respiración jadeante y con la esperanza de que su pasividad sirviera para lo que no había servido la confrontación abierta.

Cuando ella no respondió, la voz de Ryan se hizo más irónica y dura.

—Puede que el próximo cliente no sea tanto de tu gusto. ¿Qué pasaría entonces, Jane? Estás vendiendo tu derecho a negarte. ¿Qué pasaría si ofrezco tus servicios a alguien que te produzca escalofríos? Ryan bajó las manos y dio un paso atrás como si de repente le contaminara su proximidad.

—Sabes que si haces esto, no habrá vuelta atrás.

—Gracias a ti no tengo a donde volver —seríaló dando la vuelta para sonreír a Dan que se acercó al tiempo que los ascensores se abrieron para descargar a un grupo de turistas americanos.

Deslizó el brazo entre el de él y tiró hacia el ascensor sin importarle que su ansiedad por alejarse de Ryan pudiera ser interpretada de otra forma.

Como una sonámbula acompañó a Dan hasta la habitación 703, le pasó la llave para que abriera y le observó trajinar por la habitación, correr las cortinas, encender la radio, y bajar las luces hasta crear el efecto que buscaba.

Sólo dejó una pequeña lamparilla y Jane agradeció la casi total oscuridad del otro lado de la habitación, donde estaba la cama doble.

La habitación era lujosa, impersonal.., no contenía nada a lo que el recuerdo se pudiera aferrar y eso lo agradeció.

Posó el bolso en la mesa al lado de la puerta y hasta aquello le costó un esfuerzo.

Una extraña inercia hacía que las piernas le pesaran como troncos y que el pensamiento racional se le escapara.

Había hecho un trato…

La idea atravesó la bruma de su mente cuando dejó que Dan la tomara entre sus brazos.

Sintió sus manos secas y correosas sobre su piel cuando le giró la cara hacia la de él.

Su colonia era fuerte y desagradable mezclada con el fuerte olor del alcohol de su aliento.

Jane volvió la cara y los labios que estaban a punto de posarse sobre su boca se posaron en su mejilla.

Tenía que hacerlo, se dijo con desesperación.

Era un asunto de honor.

Tenía que hacerlo para demostrar.., para demostrar…

No pudo recordar lo que debía demostrar.

La inercia empezó a ceder y una vaga sensación de pánico invadió el letargo inducido por las drogas y sintió un martilleo en los oídos mientras empujaba frenética el pecho de Dan, consciente de su fuerza de toro.

—¿Qué? ¿Qué pasa? Dan alzó la cabeza con más mirada de asombro que de enojo y Jane sintió que la oleada de terror remitió al apartarse de ella.

—Hay alguien en la puerta —dijo temblorosa al comprender que el martilleo no era en su cabeza.

Las rodillas casi le cedieron de alivio, ¡Ryan! ¡Tenía que ser él! Al final, debía haber sentido cargo de conciencia. A pesar de sus rudas amenazas, no la había abandonado a su suerte. Por eso sólo,

casi esta preparada para perdonarle.

—¡oh, Dios! Ha llegado el champán —gimió Dan mientras abría la puerta y dejaba pasar al camarero—. Lo pedí en recepción. Ya sé cómo os gusta a las chicas que os agasajen con burbujas, flores y chocolate.., así que lo encargué todo.

En lo más hondo, había estado segura de que Ryan aparecería.

—Yo.., tengo que ir al baño —murmuró dirigiéndose a la puerta que tenía a sus espaldas y cerrando con llave.

Se abrazó contra el lavabo de mármol y se miró la cara pálida en el espejo. Sólo sobresalían los dos pegotes del colorete que le había aplicado Collette y aunque el carmín se había borrado por completo, el labio inferior estaba todavía fijo donde se lo había estado mordiendo sin cesar.

Bajó la vista hacia sus manos.

Aunque no sentía dolor, el guante izquierdo estaba empezando a reventar las costuras.

Pronto la circulación se vería afectada.

Sería mejor quitarse los guantes antes de tener que cortarlos…

Le costó sacarse el dedo meñique inflamado y se miró con atención pensando que no se verían los moretones bajo la tenue luz de la otra habitación.

La habitación donde la esperaba Dan con el champán.

En otras circunstancias, hasta le habría caído bien aquel hombre, pensó abotargada.

Abajo había sido descarado e insensible, pero en privado, casi era un romántico.

No importaba lo que hubiera dicho Ryan, no creía que aquel hombre le fuera a hacer ningún daño.

La idea le dio valor para aventurarse a salir dejando los guantes en la cómoda Agradeció que el curioso camarero hubiera desaparecido y aceptó la brillante copa de champán con una calma fatalista.

Nadie iba a ir a rescatarla.

Tendría que hacerlo ella sola.

Antes, Dan sólo había sido una sombra en el escenario, sólo un apoyo en su batalla privada con Ryan, Ahora era demasiado real, un ser humano generoso al que podía hacer daño.

¡Todo era culpa de Ryan! Jane apuró la copa con rapidez y se

sentó en el borde de la cama al notar que la cabeza le daba vueltas.

—Dan…

Tenía algo importante que decirle.

Lo sabía.

Algo muy, muy importante…

—Por supuesto, cariño —dijo él con exagerada cortesía rellenándole la copa antes de saber si era eso lo que queda.

Jane comprendió que él tampoco se mantenía muy estable de pie.

Aunque era Ryan el que había elegido el vino, Dan había bebido con más abundancia incluso que Jane y al final, casi se había tomado él sólo dos botellas.

Se balanceó y Jane le asió mecánicamente por la americana sentándole a su lado.

Después posó su copa en el suelo.

La sangre le bajó a la cabeza y la copa se derramó por la espesa moqueta y por sus pies.

Jane dio un grito y se quitó los zapatos y al agitar las piernas, cayó de espaldas en la cama, con el vestido deslizándose hacia arriba por sus muslos.

Dan se tiró a su lado con la botella todavía en la mano y Jane soltó otro grito cuando el líquido dorado se le derramó por el pecho.

El sólo sonrió al ver la cascada y Jane se incorporó sobre el codo izquierdo enderezando la botella y frotando de forma instintiva la zona mojada de su camisa medio abotonada.

—¿Por qué no lo chupas, cariño? —invitó él de buen humor deslizando al mano libre hacia su cadera para intentar colocarla encima de su cuerpo.

Enzarzados en aquella húmeda pelea, ninguno de los dos oyó nada, pero la puerta se abrió de repente y casi a la vez, Jane sé sintió arrastrada de la cama y puesta en pie.

—Perdona, amigo. Cambio de planes.

Ryan Blair se inclinó y alzó a Dan por la pechera de la camisa quitándole la botella mientras lo empujaba hasta la puerta.

Cuando Dan farfulló algunas palabras de protesta, Ryan se inclinó para murmurar algo a su oído y la resistencia del hombre mayor se desinfló como un balón pinchado.

Con un murmullo de despedida en dirección a Jane, se dejó arrastrar hasta el pasillo y se apresuró a alejarse antes de que Ryan cerrara con el pie.

Jane se quedó mirando cómo se apoyaba contra la puerta antes de cenarla con llave.

Su pálida americana parecía brillar en la penumbra inundando de energía sus volátiles contornos.

—¿Qué… qué le has dicho? ¿Y cómo has entrado? La puerta seguía intacta, así que no la había forzado y se sintió horrorizada al pensar que algún empleado podría haber entrado y haberla encontrado rodando por la cama con Dan.

Ryan decidió contestar a la segunda cuestión antes.

Tiró algo con un chasquido en la mesa al lado de su bolso.

—Yo reservé la habitación, ¿recuerdas? ; Una llave! ¡Tenía una llave!

—Y le, dije a Dan que por desgracia acababa de descubrir que estabas sufriendo una enfermedad en su fase más infecciosa.

Jane se sonrojó de humillación.

—Tú… tú…

Ryan se apartó de la puerta.

—Ten cuidado. Ten mucho cuidado con lo que dices, Jane. No estoy precisamente de muy buen humor.

Ella se apartó de él.

—¡Nunca lo estás! De repente, la bruma mental había desaparecido y el letargo se vio sustituido por una repentina inquietud, su cuerpo tenso de fiera disposición.

Todo a su alrededor se hizo más claro, los colores más vívidos, los sonidos más penetrantes.

Hasta podía oír su respiración rápida y entrecortada y el crujido de su ropa contra la piel al moverse.

Si escuchaba con más atención, creía que podría hasta escuchar el pulso de sus venas.

Desde luego lo veía palpitar con fuerza en sus sienes a medida que se acercaba.

La sombra de su mandíbula parecía más oscura, acentuando una imagen de masculinidad casi sobrecogedora.

Jane escondió las manos a su espalda para que no viera como le temblaban.

—¿Qué estás haciendo aquí de todas formas? Su esfuerzo por sonar fuerte le salió como una melindrosa queja.

Él se deslizó la americana por los brazos y la tiró con descuido al suelo.

—j Bruja desagradecida! Su sonrojo se acentuó porque sabía que su insulto estaba en parte justificado.

¿Pero esperaba un suave agradecimiento por rescatarla de algo en lo que él mismo la había metido? Le miró con desafío y recibió el castigo al instante.

—Se me ocurrió que podía tener problemas si te contrataba sin referencias, así que decidí hacer una evaluación personal de tus servicios antes de dejar que otros calificaran de tu experiencia.

Se aflojó el nudo de la corbata y se la quitó con un suave crujido de seda que era una provocación en sí mismo.

Jane se sintió asombrada de la leve oleada de excitación que le recorrió los nervios.

—Ibas a hacerlo, ¿verdad? —observó Ryan con una peligrosa calma mientras tiraba la corbata sobre la americana—. Ibas a acostarte con ese viejo por dinero.

—Dan no es viejo —murmuró ella distraída mientras le observaba alcanzarse los gemelos y entrecerrar los ojos—. Mira, si quieres que rompamos el trato, a mí me parece bien.

Puedes quedarte con tu maldito dinero.

Se buscó en el escote con la mano sana y descubrió con horror que estaba vacío.

El cheque debía haberse deslizado a un lado del sujetador en su forcejeo con Dan.

—Ahora es tuyo —dijo Ryan metiéndose los gemelos de oro en el bolsillo de los pantalones mientras caminaba por encima de la ropa del suelo.

Jane retrocedió casi rasgándose el fino encaje italiano del sujetador al buscar con frenesí más adentro. Con un sordo gemido de alivio, por fin sacó el arrugado y caliente pedazo de papel.

—Toma. No pretendía guardarlo, de todas formas —dijo sujetándolo como si fuera un talismán.

—¿De verdad?

Era evidente por la curva de cinismo de su boca que no la creía.

Sin hacer caso de su mano estirada, su mirada brumosa se

deslizó por su tensa cara y el halo revuelto de su pelo hasta la brillante manga que le caía por el brazo izquierdo y revelaba el tirante verde esmeralda de su sujetador.

—¡No!— Los dedos pegajosos de sus pies se enroscaron sobre la moqueta ante la expresión de sus ojos, que parecían estar deslizándole el tirante por la piel cremosa del borde de los senos.

La habitación pareció quedarse sin oxígeno.

Jane inspiró y se levantó la manga con la mano que sujetaba todavía el cheque.

—Sabes condenadamente bien que sólo estaba intentando vengarme de tus insultos.

—A mí se me ocurre una forma mejor… —murmuró él con la mirada clavada en el rápido movimiento de sus senos.

El corto vestido brillante, de repente le pareció a Jane que estuviera hecho de encaje transparente.

¡Nunca se había sentido tan consciente de sus generosos senos! Perdió los nervios cuando sus ojos se clavaron en los de ella mientras sus manos se elevaban hasta el cuello de la camisa.

—¿Qué crees que estás haciendo? —gimió cuando Ryan se desabrochó el primer botón.

—¿Exactamente qué crees tú que estoy haciendo? —repitió él despacio moviendo la mano hacia el siguiente botón con la misma tentadora lentitud revelando un torso desnudo que estaba esculpido en puro músculo y cubierto de una fina capa de sedoso vello—. Lo que tu esperabas que hiciera…

Jane se sintió de repente muy aislarla en aquella habitación insonorizada y cerrada con llave.

Con la atención fija en Ryan, intentó acercarse a la derecha.

—Lo que yo estaba esperando es que te apartaras a un lado para poder salir Se dirigió al cuarto de baño, pero él fue más rápido y sus fuertes manos la atraparon por la cintura atrayéndola hacia sí de forma inexorable mientras ella clavaba los pies descalzos en la moqueta.

—¡Mentirosa! —la acusó él sombrío—. Llevabas tiempo esperando este momento, ¿verdad, Jane? De hecho, años..

—No sé de qué estás hablando —jadeó ella retorciéndose entre sus brazos y empujándole con un puño.

—¡Y un cuerno que no! Los ojos le despidieron llamas azules y

se movió arrastrándola con él hasta acorralarla contra la pared y atrapándola con sus caderas mientras sus fuertes manos se deslizaban por sus flancos.

—Esto ha existido entre nosotros desde el primer momento.

Mudo, pero siempre presente.., esta ardiente sensación de mutua atracción…

—¡No! El estaba despertando sentimientos hacía largo tiempo enterrados que no tenía derecho a sacar.

Intentó darle una patada con el pie descalzo, pero fue un grave error, porque él se apartó a un lado y se metió entre sus piernas empujándola contra el centro de su cuerpo.

Jane forcejeó contra su torso y al agitar la cabeza con violencia, su melena le abanicó en la mandíbula.

—¡si! Pero nunca nos hemos permitido a nosotros mismos arañar en eso, ¿verdad, Jane? Lo hemos ignorado con educación y eso te ha frustrado por completo.

Te atraía el prometido de tu mejor amiga y como te sentías culpable, me cargaste a mí con la culpa.

Yo era el villano por ser el objeto de tu deseo, por despertar sensaciones que no quedas reconocer…

— ¡Qué engreído eres! —se rió Jane negando el vergonzoso recuerdo de su obsesión. El no podía saberlo. Nadie podía saberlo. Estaba sólo divagando…

Ryan se inclinó hacia ella dejándola sentir la fuerte presión entre sus piernas, electrificándola con el conocimiento de que estaba tan excitado como enfadado.

—¿Tu crees? ¿Es halagador sentirse deseado? ¿Creías que no notaría la forma en que vibrabas cada vez que me acercaba, cómo te tensabas cada vez que nos rozábamos, los exagerados esfuerzos que hacías para no quedarte a solas conmigo ni estar con Ava y conmigo como pareja? Oh, sí, ya me deseabas entonces, Jane. Lo podía oler. Y todavía me deseas. Por eso has venido aquí esta noche enseríando tus largas piernas y tus abundantes senos con ese vestido sexy y barato.

Una bendita oleada de rabia la sacudió derrumbando las barreras que con meticulosidad había levantado contra él y desbordando las pasiones y resentimientos reprimidos durante años.

—Cerdo egocéntrico y bru…

Se lanzó contra él y golpeó su hombro de hierro con el borde de la mano.

El despreciable cheque cayó en el interior de su camisa abierta.

La cara de Ryan se endureció de salvaje satisfacción ante la traicionera fiereza de su respuesta.

—El sexo es crudo.

Crudo, salvaje y terrenal.

¿Es eso lo que te hago sentir? —bajó la vista y sacó el papel arrugado de su camisa frotándolo despacio contra su boca y su nariz —.

Ah, sí…, así es como lo recuerdo.

El aroma único de Jane Sherwood, el maduro aroma a cálidos y jugosos senos.

Ella estaba paralizada ante el primitivismo de sus actos.

Ryan inhaló con fuerza y entrecerró los párpados con gesto de aprecio sexual.

A Jane le cosquillearon los pechos como si se los estuvieran acariciado con mano experta y una deliciosa pesadez se concentró en su bajo vientre.

—Pero sé que todavía tienes una fragancia femenina más embriagadora que ofrecerme, ¿verdad, dulzura? Manteniéndola cautiva, bajó la mano apartándole un poco las caderas de las de él para deslizarla bajo el dobladillo del vestido y frotarle el cheque entre las piernas.

Jane lanzó un grito con los ojos abiertos como platos mientras él deslizaba el papel contra la frágil barrera de sus finas medias y bragas.

El pasado y el presente se fundieron en una confusión de imágenes.

Era Ryan el que le estaba excitando los sentidos, absorbiendo los secretos de su alma, arrancando los tesoros de su corazón celosamente guardados.

—¡Deténte! —gimió sin fuerza de voluntad para apartarse mientras sus prohibidas fantasías se hacían realidad.

Su carcajada triunfal reconoció la debilidad de su protesta.

—Haz que me detenga. Entonces aplastó la boca contra la de ella, abriéndole los labios y forzando la lengua en su húmedo calor, sin dejar de mover la mano entre sus muslos con un seductor ritmo

que le producía una sensación tan exquisita que Jane creyó que se volvería loca.

El ardor explotó en su cuerpo y se colgó de Ryan en un espasmo de placer agarrándose a su cuello, arqueando la espalda y moviendo las caderas de forma incontrolada.

Ryan alzó la cabeza bebiendo sus gemidos.

—Estás preparada para mí, ¿verdad corazón? —murmuró con voz ronca—. Excitada y ansiosa por saber lo que vas a sentir cuanto te haga el amor.

Jane se estremeció incapaz de negar las necesidades de su cuerpo.

Nada en su limitada experiencia sexual la había preparado para una seducción tan violenta de los sentidos, para una gratificación tan desnuda de sus deseos.

—¡Oh sí, nena! Estás lista.

Déjame enseríarte lo mucho que… sus dedos acariciaron el centro de su feminidad.

Jane se mordió el labio y la voz quebrada de él resonó contra su garganta—.

No, no tienes que contener nada, ya no más…

Está bien así…

Gime para mí, Jane.

Déjame saber cómo te hago sentir.

Ella alzó las caderas para ayudarle cuando Ryan hundió los dedos a ambos lados de sus muslos y tiró de las medias con aspereza hacia abajo junto con las braguitas de color esmeralda a juego con el sujetador.

—Quítatelo —jadeó cuando la ropa interior cayó hasta los tobillos.

Ella le obedeció y la apartó con el pie junto con el cheque.

Con un salvaje rugido de satisfacción, Ryan la apretó de nuevo contra la pared, la lengua penetrando su boca de forma salvaje en una imitación gráfica de la intimidad que seguiría.

Apretó las caderas contra las de ella y su excitado sexo los atormentó a ambos con el recuerdo de que ahora ella estaba desnuda bajo la falda.

La fina sombra de su mandíbula raspó como la lija la tierna mejilla de Jane cuando Ryan bajó la cabeza para invadir de nuevo

la húmeda cavidad de su boca deslizando las manos hacia las diminutas mangas para tirar de ellas hasta que la tela elástica le llegó a los codos.

Con un última penetración de la lengua, Ryan se apartó y bajó la vista hacia sus senos, lascivos, estremecidos, casi desbordando la media copa del sujetador esmeralda.

Le aletearon las fosas nasales ante el erótico aroma y la imagen de sus opulentas curvas.

—Solía preguntarme por qué te encorsetabas en aquellos trajes sastre.

¿Creías que ocultaban el hecho de que tenías unos senos generosos? Créeme, lo único que conseguían era provocarme la fantasía de hacer esto.

Enterró los dedos en el borde de encaje del sujetador y lo deslizó mostrando sus pechos como una fruta madura y tersa dejando que los tirantes y ballenas de debajo formaran un marco para su inflamada plenitud.

Sus oscuros pezones inflamados se erizaron hacia él sobresaliendo prominentes contra la cremosa piel.

Ryan los frotó con sus pulgares hasta que se pusieron aún más oscuros y visiblemente hinchados y entonces abarcó sus abundantes pechos en sus palmas rodeándolos con los dedos y masajeándolos con un lánguido movimiento que la volvió loca de deseo.

Jane enterró la mano en su nuca tirándole del pelo para rogarle que siguiera y él respondió al instante a la muda súplica bajando la cabeza y usando su húmeda lengua para lubricar las rígidas crestas antes de tomarlas en su boca, lamiendo y chupando con un ansia hambrienta que le hizo desear a ella darle el mismo placer.

Jane forcejeó para librarse los brazos apresados y él la ayudó, desabrochándola el sujetador y bajándole el vestido hasta la cintura.

En alguna parte lejana de su cerebro que todavía funcionaba, Jane consiguió desabrocharle los botones de la camisa que le quedaban soltando una carcajada cuando él lanzó una maldición.

Nunca se había sentido tan libre.

No sentía la carga de la expectación de fallar ni sentido de la responsabilidad de sus impulsivos actos.

Lo único que él deseaba de ella era pasión y eso se lo podía dar

en gloriosa abundancia.

Ryan se despojó de la camisa mirando con ansia sus pechos inflamados todavía húmedos de su boca cuando se frotaron contra su torso desnudo.

Su magnífico pecho terso estaba resbaladizo del sudor y cuando ella deslizó los dedos por la aterciopelada mata de vello húmedo y rozó los planos pezones, Ryan enterró los dedos en sus caderas, atrayéndola contra su sexo mientras exhalaba un jadeo entrecortado.

—¡Hazlo! Usa tu lengua…

Quiero sentir tu boca sobre mi piel —la apremió.

Ella obedeció descubriendo toda la extensión de su propio poder cuando su fuerte cuerpo se estremeció en sus brazos.

Tenía un sabor salado, exótico y puramente masculino.

Era como una potente droga inyectada directamente en su corazón desbocado.

El deseo la recorrió las venas y él bajó la cabeza para darle otro beso atormentador.

Ryan empezó a deslizar las manos hacia arriba por sus muslos alzándole el vestido sobre su desnudez hasta que pudo tomarle las nalgas, apretando su firme redondez entre los frenéticos movimientos de sus caderas.

La cara tela de sus pantalones contra el ardiente centro de su femineidad era excitante pero increíblemente frustrante y Jane gimió buscando a ciegas su cinturón.

—¡ Espera! —jadeó él contra su oído.

Entonces se arrodilló y ella sintió el calor de su aliento abanicando el suave vértice entre sus muslos.., y después sus labios, su lengua.., el mundo se disolvió en una bruma espesa de éxtasis.

Sólo cuando la había llevado al estremecedor límite del éxtasis, se puso de pie para besarla de nuevo.

Las manos de Jane se deslizaron del bruñido acero de su pecho hasta la suave espalda musculosa, adorando la contenida tensión de sus músculos bajo la ardiente piel.

Con un rápido movimiento, Ryan tiró del arrugado vestido hacia arriba, se lo sacó por la cabeza y le desabrochó el sujetador.

—Ahora… coloca las piernas alrededor de mí —ordenó con la voz carga de intensidad sexual.

Iba a poseerla allí mismo. ¡De pie! La curiosidad la excitó aún más y Jane apretó un muslo contra su poderoso flanco antes de doblar la rodilla sobre su cadera.

Las manos de Ryan se curvaron bajo su trasero y se extendieron por la parte posterior de sus muslos alzándola más arriba contra él mientras ella enroscaba la otra pierna alrededor de su cintura.

Ryan lanzó la cabeza hacia atrás y arqueó la columna para soportar su peso mientras se movía en rápidas sacudidas contra ella.

Su pecho frotó sus inflamados senos y la apretó contra la pared para poder liberar una mano.

Pero en vez de desabrocharse el cinturón, introdujo un dedo en el húmedo calor y acarició el centro femenino.

Le asaltaron estremecimientos de exquisito placer y Jane gritó golpeándole los hombros con impotencia al comprender lo que estaba sucediendo.

—No, por favor.., así no.

No quería llegar sola. Quería que él formara parte de ella, que la llenara con su gloriosa fuerza, no que la dominara con su control superior y la dejara sintiéndose vacía e incompleta.

—Sí, así sí.

Su boca recorría su garganta.

Jane gimió y los bordes de su visión se nublaron mientras avanzaba hacia lo desconocido, hacia una estrella distante que explotó como una supemova consumiéndola con su ardor y brillo y dejándola débil, temblorosa y estremecida después de la violenta explosión.

Sin darle tiempo a recuperarse, Ryan se dio la vuelta, soltándole los brazos y piernas entrelazados y tendiéndola de espaldas en el borde en penumbra de la cama.

Sus brazos entumecidos se estiraron contra la colcha de satén azul y Jane alzó la cabeza para observar con los ojos nublados cómo se despojada del resto de la ropa y sacaba un preservativo del bolsillo, que se puso con una naturalidad que la hubiera hecho sonrojar si no hubiera estado tan fascinada por la fiera urgencia de sus movimientos.

—Estás tan excitada que penetrarte va a ser como deslizarse entre sábanas de satén.., sexys, suaves y deliciosamente resbaladizas.

Ryan se tumbó sobre ella.

Jane sintió su masculinidad contra el estómago y en su violento estado de excitación, aquel roce le provocó otra serie de convulsiones que borraron todo recuerdo de cautela.

Su cuerpo voluptuoso se onduló desvergonzado sobre la cama como una mancha rosada de carne contra la suntuosa colcha azul.

Sus labios se curvaron en un puchero y miró soñadora al hombre que le había causado tanto daño pero que ahora prometía un placer ilimitado.

Y le creyó… sólo por una noche, podía tenerlo todo… todos sus dolores cicatrizados, sus fantasías cumplidas y sus solitarios sueños hechos realidad…

La satisfacción en su seductora sonrisa hizo que Ryan se pusiese rígido y la fiera urgencia de su expresión se endureció.

La salvaje sospecha de estar siendo manipulado aumentó el deseo de su peligroso carácter depredador.

Descendió sobre ella con toda la expresión de un conquistador e invadió un profundo camino dentro de ella con sólo una sacudida de sus potentes caderas.

La incomodidad física fue intensa momentáneamente pero enseguida se vio superada por la increíble satisfacción de sentirse a sí misma estirándose y tensándose alrededor del invasivo agresor absorbiéndolo hasta lo más profundo de su cuerpo con una serie de contracciones intemas que la hicieron suspirar de placer y a él soltar una maldición ardiente.

Ryan enterró la cara en la cálida curva de su cuello y la apretó las fuertes caderas con las manos para clavarle las nalgas contra el colchón en un esfuerzo por inmovilizarla.

El éxtasis sacudió a Ryan casi al instante, una prolongada, desinhibida erupción de pura energía que asombró a Jane por su primitiva violencia.

Se le tensaron y aflojaron los músculos en salvajes sacudidas que esculpían su cuerpo en un frenesí de placer.

Se apoyó en las dos manos para lanzar una última sacudida potente y echó la cabeza hacia atrás con el cuerpo totalmente tenso como la cuerda de un arco hasta que soltó un rugido de triunfo y se desplomó sobre su regazo.

Jane se sentía usada, inflamada y mareada por su esplendor.

Ningún otro hombre le había hecho sentirse tan salvajemente deseada.

Ella no era el tipo de mujer que volvía locos a los hombres. Sólo había tenido otro amante en su vida, James, y había sido más del gusto de su padre que del de ella, más interesado en la fortuna de la heredera que en dar satisfacción a la mujer. Después se había encargado de culpar a Jane por su inutilidad para seguir su eficiente ritmo.

El cuerpo relajado de Ryan se apartó de ella y Jane, de repente avergonzada de su desnudez, rodó de medio lado.

El fuerte brazo de Ryan la asió por la cintura atrayéndola contra su húmedo torso.

—¿A dónde creías que ibas? —preguntó mordisqueándole la suave curva del hombro y abarcándole un seno con la mano—. Todavía no he terminado contigo.

La apretó volviéndola de espaldas y apresándola allí con una de sus musculosas piernas sobre su estómago.

—La habitación está pagada para una noche, mi querida y dulce timadora.

Sólo has empezado a ganar tu dinero…

Capítulo 6

JANE se agachó para recoger un guijarro de la densa arena negra. Sacudió los granos de arena pegados y frotó la piedra redonda y plana entre los dedos antes de mirar la gran extensión de mar que se extendía delante de ella.

Hacía viento y el cambio de marea había provocado un oleaje que rompía en líneas quebradas salpicando de espuma la orilla de la larga y plana playa.

Jane llegó hasta la espuma del borde del agua y se detuvo, calculó y lanzó el guijarro que saltó tres veces sobre la onda de una ola.

No estaba mal considerando lo poco que estaba usando el brazo derecho.

Se apartó del agua y se frotó las salpicaduras de los pantalones de algodón blanco.

Cinco era su máximo.

Cuando recuperara el uso habitual de su mano izquierda en unas cuantas semanas más, esperaba doblarlo.

El viento le enfrió las piernas mojadas y se metió la mano vendada en el bolsillo de la cazadora antes de darse la vuelta para ir a desayunar.

Remontando las suaves dunas, echó un vistazo a su izquierda, donde la inmensa roca de Lyon Rock que separaba las dos playas estaba oscurecida por las nubes bajas y la neblina.

Para media mañana, la niebla se habría levantado y probablemente haría otro soleado día veraniego. El día anterior había estado invadida de los habituales domingueros, pero a principio de la mañana de un día laborable, sólo Iris locales y los surfistas profesionales osaban acercarse a los notorios acantilados

Piha.

Levantó la vista de la fina arena negra y avanzó descalza por los firmes acantilados sobre la playa.

Eran la barrera occidental que protegía la independiente comunidad costera de Piha de las avalanchas de gente de las afueras de Auckland a cuarenta kilómetros al este.

Sólo una carretera muerta llevaba hasta allí y los residentes de la zona les gustaba su inaccesibilidad.

No había desarrollo comercial en el aislado emplazamiento, ni tiendas salvo un mercado y un bar en frente de la playa.

Ni hoteles, bares o restaurantes, sólo residencias privadas y casas de vacaciones, la mayoría propiedad de las mismas familias durante generaciones y un camping público con las instalaciones básicas para tiendas y caravanas.

El núcleo de la población residente era lo bastante pequeño como para que fueran amistosos y los suficiente grande como para mezclarse entre ellos y lo bastante excéntrica como para tolerar distintos estilos de vida.

Era el refugio perfecto. Jane pasó las dunas que cercaban la estrecha carretera que bordeaba toda la playa norte de Piha y apareció su propio refugio.

No era una vista bonita.

Como muchas de las antiguas casas de vacaciones de Piha, era más bien un rectángulo con paneles de fibra pintados y extensiones añadidas a lo largo de lps años para albergar a familias de distintos tamaños.

Esta era particularmente fea, de un feo amarillo descolorido, con un tejado de hierro corrugado rojo bastante desconchado.

Había varias ventanas resquebrajadas y la puerta principal colgaba suelta de las bisagras.

El garaje de madera adosado estaba aún en peores condiciones, las vigas podridas seríal de años de descuido y la valla de cadena que rodeaba el perímetro de la casa completaba el aspecto general de abandono.

Pero al menos era un techo sobre su cabeza, aunque era probable que goteara, pensó Jane deprimida al empujar la puerta oxidada.

Era también gratis y lo que era más importante de todo: ¡estaba

bien alejado de la peligrosa órbita de Ryan Blair! Su enemigo.

Su amante. No sabía cual de las dos cosas temía más.

Todavía no podía creer haber escapado de él.

Después de sus previas peleas, casi había parecido demasiado fácil.

¿O estaría sólo libre porque se Ryan lo había permitido? La cuestión la atormentaba, igual que los vívidos recuerdos de la escandalosa noche como objeto sexual suyo.

Podía bien culpar al alcohol o a las píldoras de su extraño comportamiento, pero tenía la sospecha de que eso era sólo el escudo en el que se había refugiado para desatar sus más bajos instintos y no sentirse culpable después.

¡Pues no había funcionado! Lo primero que había notado cuando se había despertado a la mañana siguiente, había sido la palpitación de su mano izquierda.

El dolor no había sido tan fuerte los días posteriores a la lesión.

¿Se habría dormido sobre ella toda la noche? ¿Por qué no tenía los dedos entablillados? Había entreabierto los pesados párpados y había fruncido el ceño al instante al ver el sol iluminando un techo desconocido.

Tenía la boca seca como el papel de lija, le dolía la cabeza y también…

¡Oh, Dios! Entre el dolor recordó de repente dónde estaba y lo que había estado haciendo allí…

El corazón le dio un vuelco al girar la cabeza, pero estaba sola en la cama desordenada, su larga melena negra derramada sobre la almohada. Sola y desnuda bajo la blanca sábana de algodón con el cuerpo magullado y dolorido en los sitios más increíblemente íntimos.

¡Y no era de extrañar! Se alzó la sábana hasta la garganta y se sonrojó al recordar las imágenes del salvaje y apasionado exceso.

Lo que había comenzado como un primitivo acto de posesión había acabado como una prolongada orgía de mutua indulgencia.

Ryan parecía tener una energía sobrehumana y una capacidad de invención infinita. Pero Jane había respondido sin inhibiciones al irresistible desafío, le había hecho cosas y había hecho con él cosas que nunca hubiera soñado hacer con ningún hombre, y menos con Ryan Blair.

De repente notó las cortinas corridas iluminando el revoltijo de ropa femenina y masculina mezclada en el suelo y el sonido del agua corriente desde la puerta cerrada del baño. Le asaltó una oleada de pánico. Oh, Dios, quizá pudiera escabullirse de la habitación mientras él seguía en el baño. Se incorporó sobre los codos, pero incluso aquel leve movimiento le produjo una punzada de dolor tan aguda que se desplomó sobre los almohadones con un gemido.

Al bajar la vista y ver los dedos hinchados, dejó caer la mano con suavidad sobre la fría sábana desocupada.

El efecto de los analgésicos se había pasado como una venganza y comprendió ahora lo estúpido y peligroso que había sido tomarse una dosis doble.

¡Oh sí! ¡había cometido todo tipo de estupideces!

Jane se llevó la otra mano a la cara para protegerse los ojos de la cruda luz del día. En su estado, tardaría una eternidad en vestirse. Gimió de nuevo, furiosa consigo misma por ser tan débil y patética.

—Si te sientes entumecida, te sugiero que te des una ducha muy caliente —llegó la voz aterciopelada de Ryan desde la puerta del cuarto de baño—. A mí me ha sentado de maravilla.

Jane se puso a la defensiva al instante y sintió una punzada de dolor que no era enteramente física. No quería mirarlo, pero no pudo evitar hacerlo por el rabillo del ojo.

Por suerte, Ryan se había enrollado una toalla alrededor de la cintura, aunque estaba lo bastante baja como para revelar el vello rizado en la base de su duro vientre.

Su piel bronceada estaba brillante de gotas de agua, el pelo mojado estaba revuelto y sin afeitar, su mentón estaba azulado.

Tenía un aspecto bastante duro y poco respetable al avanzar hacia la cama y Jane lanzó otro gemido de dolor y disgusto mientras se tapaba los párpados de nuevo.

La cama se hundió con pesadez a su lado y sintió el calor de su duro muslo contra su cadera cubierta por la sábana.

—Puedes dejar de esconderte, Jane —dijo él con sequedad—. No voy a desaparecer sólo porque te niegues a mirarme.

Ella se mordió el labio y él empezó a juguetear con su pelo derramado por la almohada. ¡Dios! ¡Cuando pensaba en cómo había

reaccionado ante él durante la noche! Después de aquella frenética explosión, Ryan había apagado la luz y había sido demasiado fácil olvidar lo poco que quedaba de sus inhibiciones.

—¿Jane? —le tiró del pelo con impaciencia mientras ella seguía escondida bajo el brazo—. No puedo creer que una mujer que vende sus favores sexuales sea tímida, así que esa pose provocativa quizá sea para tentarme a hacer esto…

Sintió un ligero tirón en el borde de la sábana y cuando bajó el brazo para sujetarla, se encontró expuesta a su penetrante mirada azul.

Sus duros labios se curvaron de satisfacción.

—Buenos días —murmuró con exagerada cortesía.

La melena de Jane era una maraña revuelta y agitanada y del maquillaje sólo quedaban las sombras restantes de la máscara de ojos que le daban un aspecto de adormilada sensualidad mucho más sensual que el brillo artificial de la noche anterior.

El enarcó las cejas cuando ella no respondió y se inclinó para rozarle los labios apoyando los brazos a ambos lados de su cabeza. Estaba casi apoyado en su mano hinchada medio oculta por la almohada y a Jane se le tensó todo el cuerpo de honor ante la idea de más dolor.

La expresión de Ryan se ensombreció al notar la repentina palidez, los labios apretados y el pulso palpitante en la base de su cuello.

—¿Te arrepientes, Jane? —sus ojos se deslizaron por su cuerpo antes de volver a su cara paralizada—. Me temo que es demasiado tarde para eso. Te dije que no había camino de vuelta.

Te has hecho tú misma la cama anoche y ahora estás acostada en ella. Entonces le dio otro insolente beso de posesión.

—Y ya puedes quitarte esa expresión de mártir de la cara porque los dos sabemos que es una condenada mentira. Una mujer no grita y jadea a menos que esté disfrutando.

Al menos puedes dejar de preocuparte de que vaya a reclamarte el dinero.

Has sido una profesional consumada, querida y te has ganado hasta el último centavo.

Se reclinó hacia atrás apartando las manos de la almohada con un movimiento lento que le rozó la mano inflamada.

Los ojos de Jane se dilataron como platos y la sangre pareció desaparecer de su piel dejándola helada, excepto en la mano, que sentía como si se la estuvieran pinchando con agujas al rojo vivo.

No podía distinguir el dolor físico de la angustia mental y dejó escapar un gemido por entre los labios apretados. Pero no las lágrimas. Lucharía por contenerlas hasta que se quedara sin aliento.

—Maldita sea, Jane, no creas que vas a suavizarme por… —Ryan se detuvo frunciendo el ceño al posar la vista en su mano hinchada.

Tragó saliva—. Dios bendito, Jane. ¿Te he hecho yo eso? —susurró devastado—. Parece que tienes el dedo.., dislocado. Rozó con suavidad el meñique y Jane soltó un gemido. Ryan se apartó al instante y alzó la mano lesionada de Jane hasta su pecho contemplándola como si fuera un animal herido.

—Ya sé que fui rudo contigo anoche, pero conozco mis propias fuerzas… No creí que te haría daño —dijo con una mueca de disgusto hacia sí mismo—. ¡Por Dios bendito! ¿Por qué no me lo dijiste? No puedo creer haberte hecho tanto daño sin enterarme…

Considerando la poca piedad que había mostrado para hacerla daño en todas las otras formas posibles, era extraño que reaccionara con tanta repulsión ante la idea de hacerle daño físico, pensó Jane abatida.

Pero no cabía duda de que su horror era genuino.

Su peculiar sentido del honor en el trabajo…

Era tentador, muy, muy tentador, torturarle con una mentira, pero por desgracia, tenía demasiados dolores como para gastar energía en atormentar a nadie más.

—¡No fuiste tú !

—¿Que no? —sus labios se relajaron—. No, por supuesto que no, el moretón está demasiado oscuro como para ser de pocas horas.

Pero debería haberlo notado anoche…

Claro, llevabas los guantes puestos todo el tiempo.

Pensé que era raro, pero tu atuendo era tan extravagante que me despistó.

¿Los escondías por miedo a que viera que estabas herida y eras débil? Había dicho demasiado. Siempre lo hacía.

—No soy débil —murmuró indefensa.

—No, eres demasiado terca para tu propio bien. Ryan alcanzó el

teléfono inalámbrico del lado de la cama.

—¿Qué estás haciendo?

—No sé cómo pasó ni cuándo, pero esa mano necesita atención médica.

—Ya ha tenido atención médica —gritó ella—. No soy una estúpida. Su padre siempre le llamaba eso cuando tenía alguna idea contraria a las de él.

Ryan la ignoró.

—¿Carl? Ryan. Necesito que me ayudes. Se puso de pie y se acercó hasta donde estaba la ropa.

Jane rodó del otro lado rabiosa a pesar del dolor al escuchar la conversación en voz baja.

—¿Qué estás haciendo? Ya te he dicho que no necesito a un doctor —cerró la boca cuando Ryan se despojó con naturalidad de la toalla sujetando el teléfono con el cuello y la cabeza mientras alcanzaba los calzoncillos blancos.

Sus nalgas eran duras y musculosas como el resto de su cuerpo, y cuando las flexionó para doblarse y revelaron una fina sombra de vello que desaparecía en el intrigante pliegue entre sus piernas.

—Ya tengo médico. No pienso ir a ver a otro…

—No tendrás que ir a ningún sitio. El va a venir a visitarte.

—¿El doctor del hotel? Estaba horrorizada.

¿No eran los hoteles grandes el mejor sitio para extender rumores? Si se supiera que había pasado la noche con Ryan Blair, su vida sería más escandalosa de lo que ya era.

Jane puso un pie en el suelo intentando mantener la sábana alrededor del cuerpo.

—No. El mío. El doctor Graham Frey.

Es extremadamente competente.., y discreto.

—¿Has llamado a un médico particular?— su agitación aumentó cuando le vio recoger su ropa y colocarle en la silla detrás de él, fuera del alcance de Jane—.

—¡No pienso verlo! Por lo menos déjame vestirme.

—¡Por Dios bendito! Es un médico. Está acostumbrado a ver mujeres desnudas.

Por alguna razón se sonrojó ante la mención de la desnudez.

—Si viene y me ve así contigo aquí, pensará…

—¿Que hemos pasado una noche de duro y ardiente sexo? Jane

cerró los ojos para no ver su mirada burlona.

Si te ve con ese vestido barato de furcia a las siete de la mañana, va a llegar a la misma conclusión de todas formas.

Hay un albornoz del hotel en el cuarto de baño. ¿Qué te parece si te lo pones? Ella aceptó a regañadientes y tuvo que dejarle que la ayudara a meterse las mangas.

Para su sorpresa no hizo comentarios sarcásticos hasta que estuvo completamente cubierta con el albornoz.

Entonces decidió que necesitaba una ducha con desesperación y en ese momento llamaron a la puerta.

¿No era demasiado pronto para que llegara el médico? Asió a Ryan por el antebrazo y le volvió.

—Si es Dan, no quiero verle.

—¿Estás pidiéndome protección, Jane? Ella le soltó el brazo como si fuera un carbón al rojo y le frunció el ceño.

Para su sorpresa, él esbozó una sonrisa increíblemente juvenil e inocente.

—Es el desayuno. Yo encargué antes. Abrió la puerta y después de un murmullo, entró con la bandeja y la posó en al mesilla. Después de destapar las tapas plateadas, aparecieron cuencos de cereales y fruta fresca, una fuente de pan integral tostado y una cafetera.

—No tengo hambre.

—Pues yo sí —dijo él sentándose frente al escritorio y poniéndose una servilleta en las rodillas—. Tengo un largo día de trabajo por delante.

Y ella no.

¡Tenía que restregárselo en la cara! Jane apretó los labios mientras él comía en silencio. Sintió que de vez en cuando la miraba e intentó poner su habitual máscara de indiferencia, pero no funcionó. Estaba cansada de hacerse la valiente. Estaba cansada de intentar aparentar algo que no era. ¿A quién estaba engañando de todas formas, salvo a sí misma? La llegada del doctor Frey con su elegante traje gris fue tan vergonzosa como Jane había esperado.

Y encima no llegó solo.

Le precedía un hombre conocido de pelo rubio que hizo una rápida inspección de las entradas de la habitación y le pasó a Ryan un pequeño maletín.

Era el mismo hombre de ojos plateados que había estado al lado de Ryan cuando le había dado el puñetazo, el que le había abierto la puerta del restaurante después. Abrió mucho los ojos cuando vio a Jane sentada en el borde de la cama y ella alzó la barbilla cuando Ryan le presentó como su asistente personal.

Lo que no mencionó era la especialidad a la que se dedicaba Carl Trevor y los ojos del empleado se deslizaron pensativos desde su mano hinchada a la sólida barbilla de su jefe

—Señor Trevor —le saludó ella.

—Llámeme Carl —dijo él con naturalidad sin desanimarse por su exceso de formalidad.

Se acercó e hizo un gesto de simpatía hacia su mano hinchada —.

Parece una lesión bastante dolorosa, señorita Sherwood.

No me extraña que Ryan estuviera preocupado —la sonrisa se hizo más personal cuando añadió con un suave murmullo—.

El metacarpiano, ¿verdad? Jane se sonrojó, pero antes de poder responder intervino Ryan dirigiendo un gesto de impaciencia a su subordinado hacia la puerta.

—Gracias, Carl, pero creo que a partir de ahora, el doctor y yo nos las arreglaremos…

—¿Espero fuera?

—Tengo mi coche. Así que no hace falta que merodees por aquí de forma innecesaria.

No sé el tiempo que llevará esto, así que, ¿por qué no vas a la oficina y le dices a Irene que llegaré un poco tarde? Dile que cambie mis primeras citas.

Le dio varias instrucciones más con rapidez y se dio la vuelta para encargarse del doctor, que había acercado una silla la cama y había empezado su delicado examen.

Jane se esforzó por no manifestar el dolor y contestó a sus preguntas acerca del tratamiento médico previo con una desgana justificada sobre todo cuando Ryan explotó:

—¡Roto! ¡Entonces, ¿por qué no llevas una condenada escayola? Maldita sea, Graham, no debería dolerle tanto, ¿verdad? ¿Por qué no haces algo al respecto? El doctor Frey era evidentemente amigo al igual que médico, porque ignoró el arrogante estallido y enfocó su atención en Jane mientras la regañaba por haberse quitado la

inmovilización antes de que el hueso hubiera empezado a soldar.

Era evidente que asumía que la coquetería femenina había sido el motivo y Jane se sintió encantada de su interpretación sí.

—¿Y, cómo ocurrió el accidente? —preguntó con delicadeza después de obtener datos de la fecha de la lesión y la visita a la clínica.

Por su tono, Jane supo que había llegado a la misma conclusión que el doctor de la clínica.

No iba a poder usar la excusa de que se la había pillado con una puerta.

—No fue exactamente un accidente —murmuró con debilidad al ver a Ryan tensarse ante la mención de la fecha de su cumpleaños —. Yo.., golpeé a alguien.

—¿Qué?

—Sí, a mí —anunció Ryan con tensión. Parecía furioso de que se le hiciera parecer culpable—. Infravaloró la dureza de mi cabeza, ¿verdad, Jane? Un gran fallo por tu parte, subestimar a tus enemigos.

—Pero te di de lleno —se defendió ella con furia.

—Sí, pero ¿a qué precio?

—¡Mereció la pena! El doctor se aclaró la garganta y abrió su maletín.

Jane parpadeó con rapidez diciéndose que las lágrimas que afloraron se debían al dolor.

Ryan maldijo entre dientes y se sirvió otra taza de café.

—Volveré a vendarte la mano y quiero que esta vez sigas estrictamente las indicaciones o acabarás necesitando esa operación que te anunció tu doctor —dijo con gravedad el doctor Frey—. Tal y como está, se retrasará la recuperación. Así que desde ahora, señorita Sherwood, por favor, deje que los doctores hagan su trabajo.

A pesar del roce suavísimo del doctor, cuando terminó de vendarla, Jane tenía os ojos empañados en lágrimas y Ryan estaba completamente controlado.

—No te preocupes, Graham.

Me encargaré de que no sea irresponsable de ahora en adelante.

Jane apenas tuvo tiempo de frotarse los ojos con el borde de la sábana antes de que Ryan regresara plantándose en la cama para

acorralarla contra las almohadas con sus fuertes manos.

—No deberías haber sugerido que tenía nada que ver contigo —empezó ella con patetismo—. Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Después de lo de anoche? —dijo Ryan con una mirada que la hizo sonrojar—. ¿Por qué? ¿Por qué te tomaste tantas molestias en ocultármelo? No, no te preocupes en responder. Creo que ya lo sé.

¿Has oído lo que ha dicho Grahamn? Podrías haberte causado una lesión irreversible en los nervios y todo por tu maldito e inflexible orgullo de Sherwood. Tu padre nunca te enseñó a reconocer tus propios límites, ¿verdad, Jane? ¡Preferirías quedarte inválida a admitir alguna debilidad humana!

—Yo… no quería… Pero empezó a intentar hundirse entre las almohadas cuando Ryan bajó el brazo con una mirada que pasó de furiosa a sensual.

Ella tenía la respiración entrecortada y las mejillas sonrosadas, sus espesas cejas negras fruncidas en desafío ante la secreta excitación que sentía. Las palpitaciones de la mano izquierda fueron sustituidas por otras más agradables en otras partes del cuerpo ante el sutil recuerdo de lo que había disfrutado de su posesión.

—Yo también —murmuró él con suavidad inclinándose sobre ella. Y lo hecho hecho está, ¿verdad, Jane? Ya no puedo desposeerte…

La abarcó la barbilla y le frotó la humedad bajo los ojos. —Ni tampoco creo que quisieras tú —añadió con voz ronca.

Aunque había cierta arrogancia masculina en su certeza, no era ofensiva y a Jane se le desbocó el corazón.

—Yo… Ryan deslizó el pulgar por su nariz griega hasta su labio tembloroso.

—¡No! ¡No mientas, Jane! Deja que al menos haya sinceridad entre nosotros acerca de esto… Se inclinó y reemplazó el dedo con los labios. La besó sin voracidad, sino suave, dulce, seductoramente. Casi perdonándola.

Un beso matinal cargado de tan delicada promesa que Jane se sintió hechizada de salvaje anhelo.

Jane sintió su mano deslizarse por debajo de la solapa del albornoz y abarcar su cálido seno explorando con delicadeza la

cresta endurecida. Podría encontrar la fuerza de desafiar su pasión, pero ante su ternura, Jane no tenía defensas. Ningún hombre la había considerado nunca merecedora de ternura.

—Oh, sí, ha sido bueno para los dos, ¿verdad, dulzura? —susurró bebiéndola los labios—. Espectacularmente bueno, así que ¿para qué luchar contra ello? Quizá sea hora de dejar de mirar atrás y empezar a mirar adelante…

—¿A qué? —preguntó ella con la mente nublada de la adictiva suavidad de sus besos.

—A lo que podemos hacer el uno por el otro —susurró con tono sexual—. Después de todo, le prometí al doctor que te cuidaría…

Los años de autosuficiencia impulsaron la reacción de Jane.

—No necesito…

—Por supuesto que sí. Todos necesitamos a alguien en algún momento de nuestra vida —apartó la mano de su seno para llevarla hasta su ceño fruncido—. Y tu estás más necesitada que la mayoría, dulzura.., o no habrías estado tan dispuesta a venderte anoche.

Una ardiente oleada de vergüenza la saltó.

Deseaba decirle que había pagado demasiado para lo que podría haber obtenido gratis.

—No fue así.., estaba enfadada.

—Ya lo sé. Yo también —le dio la razón con una suavidad más seductora aún que sus besos—. Porque mientras nos insultábamos, yo no dejaba de imaginar lo que sentiría si te tuviera en la cama bajo mi cuerpo.

La inmovilizó enterrando los dedos en su melena.

—¿Crees que no me he dado cuenta de que solo aceptaste ese dinero por despecho? Tienes demasiado orgullo como para actuar de prostituta conmigo o con cualquier otro hombre. Te fuiste con Dan porque te presioné demasiado y lo que hubieras deseando era clavarme un puñal en las entrañas. Y las cosas se te escaparon de las manos.., —curvó la boca en una cínica sonrisa—. Pero está bien.

Sé cómo ocurren estas cosas. Conozco íntimamente los sutiles caminos que tiene la venganza de dominar a un ser.

Sus ojos de cobalto parecían destellar con un fuego intemo mientras le levantaba el antebrazo para reposar su mano lesionada sobre la palma de él.

—Tengo un apartamento en la Bahía de la Misión —dijo con

suavidad—. Es pequeño, pero tiene todos las comodidades que se puedan desear, y muy privado… Nadie sabrá que estás ahí si eso es lo que quieres. Si quisieras, podrías trasladarte hoy mismo.

Jane tardó un momento en asimilar lo que estaba diciendo.

—¿Me estás pidiendo que viva contigo?

—Yo no vivo allí. Tengo una casa propia. El apartamento sería tuyo… Mientras dure.

—¿Mientras dure?

—Pero iré a visitarte con frecuencia y pasaré la noche con regularidad, así que yo pagaré los gastos.

Pero Jane seguía anclada en la primera frase.

¿Mientras durara? ¿Estaba hablando de la duración de una aventura? El pulso se le aceleró con violencia.

—¿Quieres que sea tu amante? —jadeó.

El le dirigió una mirada de reprobación entre las espesas pestañas.

—Esa es una palabra muy anticuada. Yo tenía en mente una relación más moderna, una de mutuo placer e independencia.

—Más moderna quizá, pero no más igualitaria —dijo Jane temblorosa. O sea que no quería sólo una tórrida aventura sexual.

Estaba entrando en los parámetros de una relación. Y típico de un hombre dominante, esperaba que funcionara según sus propios términos—.

Yo no sería exactamente tan independiente como tú, ¿verdad? No si vivo en tu apartamento y de tu dinero…

A Ryan le brillaron los ojos. Como negociador experimentado, era un habilidoso intérprete de las palabras y el comportamiento.

Alerta ante la ligera complicidad de ella, notó que el uso del potencial por parte de Jane cambiaba de mero rechazo a una simple objeción.

Tampoco había dejado de notar el ligero aleteo de sus fosas nasales ni su respiración entrecortada.

La dama estaba definitivamente intrigada.

Ryan deslizó los dedos por su mano vendada sin presión.

—Si todavía quieres buscar un trabajo mientras se te cura la mano, eso es cosa tuya. Estoy seguro de que ya no tendrás problemas en encontrarlo, pero quiero que sepas que no tienes que preocuparte por la supervivencia mientras tanto, o temer ninguna

represalia pase lo que pase entre nosotros.

—¿Qué estás diciendo? —susurró ella con miedo a creer el mensaje implícito en sus palabras. Ryan se encogió de hombros con resignación.

—Estoy retirando a los perros, Jane.

En vez de alivio, ella sintió una oleada de puro temor. Creer que podría confiar en él sin reservas…

—¿Por, qué? —se apartó de él y saltó de la cama apresurada.

El no hizo ningún intento de detenerla—. ¿Por qué ahora? Si es otro de tus juegos…

Ryan extendió las, manos con gesto de rendición y se levantó despacio.

—No es ningún juego. La verdad es que somos mejores amantes que enemigos.

Y una noche de ardiente pasión no ha apagado las llamas, ¿verdad, Jane? Hasta que esto no se consuma, ninguno de los dos vamos a tener paz.

Jane podría decirle que ella no tenía intención de consumirlo.

—¿ Y después qué? ¿Seremos enemigos de nuevo? La cara de él estaba sombría.

—No, eso ya se ha acabado. No conseguirás obtener Sherwood de nuevo, pero no te acosaré más con las deudas.

Ryan se acercó a maletín negro que había dejado Carl Trevor y lo abrió sacando una maquinilla eléctrica y una camisa limpia.

Al mirar su amplia espalda, Jane sintió una repentina intuición.

—Nunca adivinaré por qué me has perseguido de la forma en que lo has hecho. Incluso considerando lo que hice, me parece desproporcionado…

No sólo querías arruinarme, sino que querías tirar por tierra mi reputación —se acercó hasta que pudo ver su tenso perfil—. No fue sólo por mí, ¿verdad? Había algo más que tenía que ver con que yo era una Sherwood.

Siempre has pronunciado mi apellido como un insulto. Era mi padre, verdad? —se preguntó cómo no lo habría relacionado antes —. Conocías a mi padre.

—¿Y conocerle era odiarle? —interrumpió él con un frío humor que sólo aumentó sus sospechas.

—¿Le odiabas? ¿Por qué? ¿Qué te hizo? Ryan se acercó hasta el

espejo y enchufó la maquinilla.

—Déjalo, Jane.

—No, no lo dejaré —le siguió y se paralizó la mano antes de que llegara a su barbilla—. Me has pedido sinceridad, Ryan… ¿Es que no vas a devolverla tú? ¿Vas a hacer que lo averigüe por mí misma?

Ryan bajó los párpados y habló con voz ronca.

—¿Sabes que es la primera vez que has usado mi nombre esta mañana? Mientras que anoche no podías dejar de pronunciarlo…

—No cambies de tema.

El apretó los labios.

—Está muerto. Ya no tiene nada que ver con nosotros. Hiciera lo que hiciera, ya ha pasado.

—También estaba muerto ayer, pero entonces seguía importándote. ¿Por qué no me lo dices? ¿Crees que me asustaré? No lo creas.

Sé muy bien el tipo de hombre que era mi padre…

—Era como una hiena en cuanto olía la sangre.

Hincaba sus dientes con saña y no soltaba nunca —Ryan suspiró y apagó la maquinilla—.

Como tú.

La comparación le dolió y Jane alzó la barbilla, pero antes de encontrar una respuesta defensiva, él le rozó la mejilla con gesto de disculpa.

—Supongo que su tenacidad era lo único que admiraba de él —admitió—. De acuerdo, Jane.

Supongo que te lo debo si quieres saberlo, pero después de que te vistas.

Deslizó los dedos bajo su pelo y la atrajo para darle un beso que despejó el escalofrío de soledad de su alma.

Su boca era agresiva pero no contenía nada de la rabia reprimida de la noche anterior, sólo un ansia que no se molestó en ocultar.

—Tengo que irme pronto a la oficina y antes debo hacer algunas llamadas, así que déjame afeitamle y hacerlas y después hablaremos…

Jane se quedó en el porche de la destartalada casa de la playa y contempló a las gaviotas planear con las corrientes de aire sobre Lyon Rock.

Si no hubiera estado tan ansiosa por saber.

quizá todavía estaña en Auckland, viviendo con la esperanza de que la ternura de Ryan se convirtiera en algo más que casual…

Pero eso ya no se podía arreglar.

La herida de veinte años que ella había vuelto a abrir cuando había arruinado la boda de Ryan, ya nunca podría cicatrizar por completo.

Para Ryan, ella siempre sería la hija del hombre que había matado a su padre.

Oh, Mark Sherwood no lo había hecho empuñando ningún arma, pero el impacto de sus actos en su víctima habían sido tan fatales como si le hubiera matado con sus propias manos.

Fiel a su palabra, Jane no se había traumatizado con la historia de un acuerdo para la construcción de unas casas al que se había comprometido su padre veinte años atrás.

Sabía demasiado bien que su padre respetaba poco la ley cuando interfería con sus propios intereses y protegía a «los tontos y a los perdedores», según sus propias palabras.

Para su padre, Charles Blair había sido un perdedor, incluso aunque se hubiera creado una carrera respetable como carpintero y constructor.

Pero el padre de Ryan había sido demasiado honesto como para tomar sus beneficios y salir corriendo cuando el trato se había derrumbado definitivamente.

En vez de eso, había intentado cumplir las promesas que había hecho.

Como resultado, había acabado arruinado y su reputación, así como su carrera, habían quedado destruidos cuando habían empezado a correr rumores acerca de que había utilizado materiales de baja calidad.

Desesperado, se había enfrentado con ingenuidad a Mark Sherwood y el padre de Jane se había reído a su cara amenazando con enseñar documentos que demostraran que el trabajo no se había podido cumplir por culpa de Charles. Charles Blair había muerto poco después, electrocutado en su taller y los rumores de suicidio habían destrozado su escasa reputación. Su viuda embarazada y su hijo de trece años se habían quedado en la calle después de pagar las deudas de las que él se había responsabilizado.

Mientras que Mark Sherwood había levantado un imperio con aquellas ganancias, la viuda de Charles había caído en el circulo de la pobreza apenas consiguiendo dar de comer a sus hijos a costa de hacer dos trabajos para conseguir llegar a fin de mes.

Ahora estaba casada de nuevo, pero durante catorce años había luchado sola, acosada por la herencia de vergüenza de su marido y contemplando a su hijo convertirse de un chico saludable en un hombre furioso que se había prometido que algún día sería tan rico y poderoso como para destruir la empresa que había arruinado el honor de su padre.

Pero para cuando Ryan había amasado la fortuna suficiente y había estado en situación de atacar a Mark Sherwood, éste ya era un moribundo y ya no dirigía la empresa Sherwood.

Así que había abandonado sus planes de venganza… hasta que Jane se había manifestado como una traidora, embaucadora y mentirosa con la misma falta de conciencia que su padre.

Jane se estremeció cuando la brisa azotó el porche y se dio la vuelta dispuesta a entrar en la ruinosa cocina. Ella no había tenido nunca ni la mínima oportunidad.

En cuanto Ryan había estado de nuevo en posición de atacar, lo había hecho sin duda ni piedad. ¿Y quién podía culparle? Desde luego, ella no. Por eso era por lo que no podía creer que Ryan la quisiera en su vida, excepto como coronación a su búsqueda de justicia.

Quizá ni siquiera fuera consciente.

Quizá creyera de verdad que la atracción que había surgido entre ellos merecía enterrar su resentimiento.

Pero Jane no quería engañarse con la idea de que ella fuera tan especial como para apagar la amargura celosamente guardada que había impulsado la ambición de aquel hombre.

No, era más probable que al convertirse en su amante, él estuviera completando su venganza.

No podía hacer sufrir a Mark Sherwood, pero podía escupir en su tumba teniendo a su empresa y a su hija como posesiones personales. Jane había pasado demasiado tiempo de su infancia amando a un hombre incapaz de apreciar lo preciso de aquel regalo. No tenía intención de desperdiciar su vida adulta de la misma manera.

Así que, como la cobarde que era, le había dejado irse del hotel aquella mañana haciéndole creer que estaba de acuerdo con sus planes.

Después, sentada en la cama deshecha del hotel, se había puesto el descarado vestido verde, había descolgado el teléfono y con desgana había llamado a Ava. Y para su sorpresa, había descubierto que su secreto era un secreto a voces.

Capítulo 7

PARA desayunar, Jane se coció uno de los huevos que todos los días ponían las gallinas que se buscaban la vida en el enorme patio trasero mientras ponía el agua a calentar.

Mientras comía en la desgastada mesa de la cocina, inhaló el sabroso aroma de pan cociéndose en el horno.

En dos cortas semanas había llegado a apreciar mucho los simples placeres de la vida, igual que había empezado a disfrutar del reto de poner un poco de orden doméstico en el caos que se había encontrado al llegar.

Ava, que había heredado la destartalada propiedad pocas semanas atrás debido a la muerte de una tía abuela, le había dicho que podía usar la casa tanto tiempo como la necesitara.

Un agente de la propiedad inmobiliaria les había avisado de que no podrían alquilarla o venderla hasta que estuviera limpia y reparada, así que podía estar poco habitable, le había dicho a Jane.

Pero ella se había aferrado a la posibilidad de hacer algo útil en su exilio auto impuesto y se había ofrecido a limpiar y hacer una lista de las reparaciones que no fuera capaz de hacer ella. Y no porque necesitara pagar por la casa, porque Ava había insistido en que su marido y ella ya le debían a Jane mucho más de lo que podrían pagarle nunca.

Se había quedado aturdida ante la llamada de teléfono de Jane rogándole que le buscara un sitio barato para vivir.

Pero Ava no tenía ni idea de que los problemas económicos de Jane fueran tan extremos ni que tuvieran que ver con Ryan Blair. Ava y Conrad Martin se había trasladado a Welling. Tan poco después de su matrimonio y su decisión de establecerse a unos cientos de kilómetros de los padres de Ava le habían permitido a

Jane ocultar el impacto catastrófico que le había ncasionado la vuelta de Ryan a Auckland.

Y ya no tenía sentido disgustar a Ava cuando no había nada que ella pudiera hacer.

Conrad era mecánico y perseguía montar su propio taller y bien por orgullo, bien por inteligencia, se había negado a aceptar la ayuda económica de sus suegros, así que la pareja, con dos niños ya que mantener, no estaban en situación de ayudar a Jane ni física ni económicamente.

Y, de todas formas, Jane se había prometido a sí misma tres años atrás que no dejaría nunca que el pasado se interpusiera en su amistad.

Hacer aquella llamada había sido lo más duro que había hecho en su vida, pero por suerte e inesperadamente, Ava le había solucionado la situación.

Había accedido a instante a la petición de Jane de no hacerle preguntas aunque evidentemente ardía de curiosidad, así que Jane se había evitado tener que contar incómodas mentiras.

Admitir que había caído en las redes vengativas de Ryan era una cosa, pero confesar que también se había acostado con el antiguo prometido de Ava era otra muy distinta. Y aún para más suerte, había resultado que Gertrude, la tía abuela de Ava, había desarrollado una desconfianza hacia la autoridad y hacia el destino de la civilización que la había convertido en una superviviente.

Cada rincón posible de la casa estaba atiborrado de comida tenía un gran huerto que, junto con las gallinas y los frutales, suministraba la mayor parte de las necesidades alimenticias de Jane.

Lo único que le hacia falta para la autosuficiencia era una vaca, pensó Jane con una sonrisa mientras derramaba agua caliente en los platos que tenía en la palangana y el resto en la tetera.

Por supuesto que tenía inconvenientes la vida sencilla, sobre todo para una persona con una mano inutilizada.

Por suerte, Ava había conseguido que un familiar de Conrad la llevara con sus pecas pertenencias en una furgoneta y una vez allí estaba atrapada por la necesidad de estirar su poco dinero para un tiempo indefinido.

Había electricidad, pero para abaratar las facturas, Jane

utilizaba por las noches las lámparas de aceite y las velas que Gertrude había almacenado en abundancia.

También había desconectado el termo de agua caliente y calentaba el agua en la cocina, donde quemaba también la basura que iba saliendo de la limpieza de las atestadas habitaciones.

Y era de agradecer el suave verano que le permitía ducharse con agua fría.

Todos los residentes de Piha se abastecían de agua por medio de tanques, así que ella tenía cuidado de economizarla reciclando el agua usada para el huerto y poniendo un ladrillo en la cistema.

Por lo menos tenía algo de ayuda a mano.

Su actual lectura consistía en viejos libros de Hágalo usted mismo y tomos de cocina que había encontrado en una caja bajo una cama.

De ahí su habilidad para hacer pan.

Jane echó un vistazo al reloj y decidió que ya era hora de ver si había conquistado el problema de las quemaduras de hierro.

Abrió la puerta del horno para sacar la pesada lata de metal que había puesto a hornear antes de ir a dar su paseo matinal.

Posándola con cuidado en la mesa, apretó el dedo en la crujiente corteza sonriendo.

No era perfecto, pero desde qué estaba en Piha, Jane había dejado de intentar vivir bajo ambiciones imposibles.

Incluso había descubierto que el fallo podía ser divertido si uno se reía de sus propios errores en vez de castigarse por ellos.

— Así que esta era tu oferta mejor!

Jane se volvió golpeando la mesa con la cadera y lanzando el pan por el aire.

Instintivamente estiró la mano sana para intentar agarrar la bandeja antes de que cayera al suelo sin dejar de mirar con la boca abierta al hombre que llenaba el estrecho marco de la puerta. Su confusión era tal que tardó varios segundos en responder a los receptores de dolor.

Lanzó un grito y soltó la barra de pan en la mesa bajando la vista hacia la mano enrojecida con macabra fascinación mientras la ampolla empezaba a aumentar.

—¿Qué te has hecho? Al instante Ryan corrió a su lado sujetándole la mano por la muñeca mientras la volvía hacia el

fregadero y abría el agua fría para ponerle la palma debajo del chorro. La obligó a permanecer allí mientras iba a buscar el teléfono móvil al coche y llamaba al doctor Frey.

—Sí. Sí. No, no tiene la piel dañada, sólo ampollas. Sí, bien. Lo haré. Gracias, Graham.

Súmalo a mi cuenta.

Después de volver a meterse el teléfono en el bolsillo de los vaqueros, Jane dijo con debilidad:

—No tenías por qué haberlo hecho.

Hubiera creído que Ryan estaría menos intimidante vestido informal, pero de alguna manera, le hacía parecer más duro.

—Deberías saber a estas alturas que nunca hago las cosas porque tenga que hacerlas.

¿Cómo te sientes? Ella puso una mueca.

—No demasiado mal —era sólo una mentira a medias pues el agua fría le estaba produciendo un efecto anestésico—. ¿Qué ha dicho?

—Que podría haber alguna razón psicológica para que te accidentes siempre que estoy yo por los alrededores.

Jane se dio la vuelta para mirarle salpicándole el polo blanco.

—¡No es verdad! Ha sido culpa tuya. ¡No deberías haberme sorprendido de esa manera!

—Eso está bien. Culpar siempre a alguien de los problemas en los que te metes —le volvió a poner la mano bajo el agua—. Tienes que mantenerla ahí al menos durante diez minutos para quitar el calor de la piel y aliviar del dolor. Voy a buscar el botiquín al coche.

Espera aquí. Apartó una silla de la mesa y la sentó al lado del fregadero antes de salir.

A Jane le empezaron a picar los ojos al contemplar la rojez de la mano. Había aprendido el valor de un buen llanto desde que había llegado a Piha. Ya no tenía necesidad de estirar el labio superior cuando no había nadie alrededor para reírse de sus lágrimas, así que se había permitido sin ninguna vergüenza llorar todo lo que había querido. La sensación de alivio había sido enorme. En dos semanas había llorado por años de emociones reprimidas.

Estaba temblando cuando volvió Ryan, que, sin decir una sola palabra, desapareció en las habitaciones traseras. Le oyó revolver

antes de regresar con una manta que le puso sobre los hombros y las rodillas.

Cuando ya no le dolió sacar la mano del agua, la hizo acercarse a la mesa y se la secó con cuidado antes de ponerle una gasa estéril y vendarla.

—Deberías haber sido médico —bromeó ella para romper el tenso silencio.

Era la segunda vez que la había cuidado estando herida con una delicadeza que contrastaba con su intimidante talla y actitud.

A pesar de su violencia, no era difícil imaginarle como un buen doctor.

—Me hubiera gustado serlo, pero no pude permitírmelo.

—Ah.

Así que se hubiera convenido en un médico de éxito si no hubiera sido por su padre. En eso se parecían los dos.

—Yo queda ser diseñadora de moda.

Al instante se sintió estúpida. No había comparación en una noble profesión como la medicina y otra basada en la frivolidad de la moda. Pero para su sorpresa, él no se mofó.

La miró a la cara limpia y frunció el ceño.

—¿Y por qué no lo hiciste? ¿No tenías valor para oponerte a los deseos de tu padre por si te desheredaba?

Ryan seguía arrodillado y lo bastante cerca como para ver el aleteo de enfado de sus fosas nasales.

—Sí, supongo que fue por eso.

Era la primera vez que no se defendía a sí misma.

—¿O es que te negaba algo que deseabas más? —preguntó él con suavidad para no permitirla que se cerrara en sí misma—. Como el amor… ¿Era Jane Sherwood una pobre niña rica que buscaba con desesperación el amor de papá?

—! Oh, cállate! —explotó ella avergonzada de la imagen patética que estaba pintando de ella—. Fuera por lo que fuera, fui muy buena en la dirección de Sherwood. Y había hecho una buena carrera si no hubieras aparecido tú a aplastarme.

Ryan se levantó.

—Eso está mejor. Me habías parecido un poco pálida y traumatizada por un momento. Será mejor que tomes algo líquido.

Jane le observó moverse por la cocina con la misma naturalidad

que si fuera la suya para servir el té y de repente recordó lo que hubiera preferido olvidar.

—¿Cómo me encontraste?

—Por la llamada desde el hotel. En la factura me pasaron el número, la hora y la duración de la llamada. Desde luego, me informaron mejor que tu pequeña nota agradeciendo mi generosidad y diciendo que habías aceptado una oferta mejor.

Jane se llevó la mano vendada a la boca.

—¡Oh, Dios! Llamaste a ese número…

—Encuentro sorprendente que sigais siendo tan buenas amigas después de humillarla y mentir delante del altar, pero como Ava misma ha dicho, ella prefiere perdonar. Una pena que no mostrara la misma capacidad conmigo. Me dijo que erais como hermanas y que en aquella época tú creías que la estabas protegiendo. Aparte de eso, fue bastante incoherente.

La mano de Jane se había deslizado hasta el cuello con gesto de desmayo. Pobre Ava, debió darle casi un ataque al corazón al escuchar su voz.

—¿Qué le dijiste? —preguntó con voz quebrada.

—Tú no le contaste demasiado cuando la llamaste, ¿verdad, Jane? Bastante irónico.

Primero mientes diciéndole que somos amantes y cuando lo somos no se lo dices.

¿A quién se suponía que protegías esta vez?

—Ava no te hubiera contado donde estaba yo…

Jane se detuvo con una sensación de haber sido traicionada.

—No, al principio no lo hizo. Pero puedo ser irritantemente insistente y muy persuasivo.

Jane tuvo la repentina imagen mental de sus eróticos métodos de persuasión y frunció el ceño.

—Por suerte no tenías teléfono aquí porque creo que te hubiera llamado para advertirte.

—Si la has amenazado o acosado…

—¿Qué? —Ryan posó la taza y apoyó los brazos en la mesa—. ¿Qué harías si lo hubiera hecho? ¿Qué puedes hacer?

—Habría pensado en algo.

—No hace falta que te preocupes. Ava es mucho menos frágil de lo que era entonces.

Al final acabamos teniendo una franca conversación que nos aclaró muchas cosas por ambas partes…

A Jane se le aceleró el corazón.

—¿Cómo de franca? ¿Te contó lo de Conrad? Supo al instante que había cometido un error.

Ryan entrecerró los ojos con gesto de sospecha.

—¿Qué pasa con Conrad?

—Quiero decir… que fue… bueno que fue idea de Conrad el que arreglara esta casa mientras estuviera aquí para que puedan venderla —improvisó con rapidez.

Había sido una tontería pensar que después de tanto tiempo Ava le confesaría que ya estaba enamorada de Conrad cuando estaba prometida a él.

Era por eso por lo que le había suplicado a Jane con tanto fervor que la ayudara.

Ava y Conrad, antiguo chófer de los padres de ella, habían dejado de luchar contra sus sentimientos y habían admitido su mútuo amor. Si Jane no hubiera encontrado la forma de impedir la boda, habría tenido que hacerlo Conrad, un hombre tranquilo, tímido y con miedo de nos ser bastante para la chica a la que amaba. Jane supo que Ava tenía razón cuando entre sollozos le había dicho que entre sus padres y Ryan se lo comerían.

Y también hubiera tenido que ser ella de acero para resistirse a aquellos desafortunados amantes luchando contra el destino.

—¿De verdad? Jane supo que Ryan no le había creído ni una sola palabra.

—¿Por qué has venido? —preguntó de repente.

El enarcó una ceja.

—Quizá para averiguar qué habías hecho con mis diez de los grandes. El cheque no ha sido cobrado.

—Sólo porque no he tenido tiempo de ir al banco —mintió Jane con los ojos tormentosos—. Ya te dije que no te lo iba a devolver. Como tú bien dijiste, me gané hasta el último centavo.

—Cierto. Sólo que pensé que podías haberlo perdido. Iba a firmarte otro si fuera así.

Comprendiendo que la estaba liando, Jane desvió la atención a la taza de té que se le estaba enfriando.

Intentó sujetarla con las dos manos, pero le dolió la palma de la

derecha del calor.

Con la izquierda no podía y al final consiguió levantarla posándola en la mano izquierda y manteniéndola en equilibrio con los dedos de la otra.

—Va a ser difícil, ¿verdad?

—¿El qué?

—Sobrevivir. Supongo que ya era bastante complicado hacer las cosas con sólo una mano, pero Graham dice que pasarán varios días antes de que se te cure.

Mientras tanto, tendrás que cambiarte la venda todos los días y mantenerla seca para evitar infecciones. Apenas puedes mantener la taza recta, así que, ¿cómo vas a cocinar, lavar, limpiar… o hacer nada en la casa?

—Me las arreglaré —exclamó ella enfurecida por su lógica.

—Pero, ¿por qué tienes que hacerlo? —preguntó él con suavidad —. Después de todo, según tú misma señalaste, es culpa mía que te encuentres en este estado y le prometí a Ava que me aseguraría de que te encontraras bien. Se preocupó mucho cuando se enteró de que habías venido sola con una mano rota. Tampoco le contaste eso…

Jane posó la taza con estrépito en el plato.

—Maldito seas. Ella no había visto los periódicos. No quería meterla en todo este…

—Ni tampoco yo, así que no le dije que te habías roto la mano contra mi mandíbula.

¿Es que no me creíste cuando te dije que había guardado a los perros? Cuando vuelvas a Auckland descubrirás que ya he extendido el rumor de que hemos arreglado las diferencias que había entre nosotros.

Jane bajó la vista hacia sus manos al comprender algo que había empezado a forjarse las dos semanas anteriores. No quería volver. El acto de venganza de Ryan le había dado la oportunidad de empezar una vida nueva. Sí, tenía miedo del incierto futuro, pero también estaba excitada ante su nueva libertad. Aislada de las presiones y las expectativas del pasado, podría conformar su propio destino. No quería volver a ser la persona que había sido, obsesionada con el éxito y con mantener el control, sola, ambiciosa y profundamente insatisfecha.

Inspiró con fuerza.

—Mira, no sé por qué te has molestado en seguirme hasta aquí…

—¿No lo sabes? —dio la vuelta a la mesa—. ¿Crees que hubiera aceptado tu insultante nota como última palabra? Si querías darme el beso de despedida, podrías habérmelo dado en persona. Ante la mención del beso, Jane dirigió de forma mecánica la mirada hacia sus labios y la apartó aprisa, pero él había visto su destello de ansia.

La voz de Ryan se hizo más profunda. —O quizá no confiaras en ti misma para decirme que no a la cara. ¿Tenías miedo de que tus deseos se pudieran desatar de nuevo, Jane y de que acabáramos en la cama juntos? ¿Es por eso por lo que te has escondido aquí? Como siempre, ponía su contradictorio comportamiento en evidencia.

Jane se cruzó de brazos y sacudió la cabeza con energía, pero esa vez Ryan se estiró y la asió por la coleta, retorciendo la sedosa mata entre sus dedos y obligándola a detenerse.

Con la otra mano la inmovilizó la barbilla.

—¡Cobarde! Por una vez, ella no picó el anzuelo.

—¿Te resulta tan imposible aceptar que no estoy interesada? —preguntó con calma.

—Imposible no… —deslizó el dedo pulgar por su labio inferior y observó sus ojos dilatarse y sus senos temblar—. Sólo muy improbable. Y antes de poder discutir su arrogancia, él añadió con rapidez:

—Dada nuestra historia, tienes derecho a tener miedo… pero, ¿por qué dejar que el pasado nos niegue la oportunidad de explorar el único placer que nos damos el uno al otro? ¿Por qué no dejar que algo bueno salga de lo malo? La rozó la boca con el pulgar.

—Eres una chica de ciudad. No tienes por qué vivir de esta manera… no perteneces aquí.

Vuelve conmigo y te proporcionaré todo el reto y excitación que quieras.

Los dos sabemos por amarga experiencia que no hay garantías en la vida, pero te puedo prometer una cosa con seguridad: que no haré nada deliberadamente para hacerte daño.

Jane creía en la sinceridad de sus palabras, pero la promesa no era suficiente. Podía no hacerle daño a propósito, pero se lo haría igual. Era tan inevitable como la marea que bañaba las playas de Piha todos los días.

Si se hacían amantes, Jane sería la que más sufriría con la ruptura. Y en todo caso, se sentía menos capaz de vivir una aventura ahora que dos semanas atrás.

Aquel tiempo sola le había arrancado la dura máscara de sofisticación que siempre se había esforzado por mantener.

Convenirse en la amante de Ryan podría satisfacer temporalmente las ansias de su cuerpo, pero sólo intensificaría el vacío de su alma. Era como una adición creciente y el único camino seguro de escapar antes de estar totalmente enganchada era pasar el mono.

—Bien, pues te darás la vuelta y te irás —dijo Jane con dureza —. Porque da la causalidad de que ahora me gusta vivir aquí — agitó la cabeza para soltarse la coleta de sus manos con tal fiereza que los ojos se le llenaron de lágrimas—. No quiero irme de Piha y desde luego, no voy a meterme en una aventura con nadie en este momento. Sólo quiero que me dejen en paz. ¿Te queda claro?

Jane se sintió devastada cuando él ni siquiera intentó discutir. Sólo le dirigió una larga mirada, un asentimiento con la cabeza y salió de la casa.

Ella observó su potente coche arrancar entre un chirrido de llantas mientras daba la vuelta y salía a la carretera y fuera de su vida.

Entonces volvió a sentarse a la mesa y empezó a sollozar. Se dijo a si misma que el que hubiera cedido con tanta facilidad sólo probaba sus dudas acerca de la relación que podían haber mantenido. No podía haberla deseado con tanta desesperación después de todo. Su ego le había obligado a seguirla, pero cuando la había encontrado en aquel entorno sórdido y pobre, más objeto de lástima que de lujuria, había comprendido que ya no era un desafío ni para su intelecto ni para su libido.

Toda la mañana, mientras luchaba contra su nuevo impedimento, se dijo a sí misma que estaba mejor sin él. Sobreviviría como había sobrevivido a otros contratiempos de la vida: sola.

Unas horas más tarde, estaba fuera en el jardín cansada y sudorosa buscando más huevos cuando creyó oír un ruido extraño en la casa. Posó la cesta en el suelo y se movió por un costado de la casa hasta el garaje, frunciendo el ceño al ver una furgoneta blanca

aparcada frente al césped agostado del jardín frontal. En el lateral del vehículo aparecía el logotipo de una compañía telefónica.

Se acercó a la entrada justo a tiempo de ver a un hombre en mono desaparecer por la puerta abierta.

—¡Eh! —gritó Jane corriendo tras él hasta casi tropezar con otra mujer con el mismo uniforme que esperaba en su propio recibidor —. ¿Qué está pasando aquí?

—Le estarnos conectando el teléfono y el fox —dijo la mujer con varios clavos entre los dientes—. La conexión hasta la casa parece en regla, pero hay que cambiar parte del cableado de dentro.

—Debe haberse equivocado. Yo no he pedido nada. iTienen que parar! —cuando la mujer no le hizo ningún caso, Jane apretó los dientes.

Todavía no se había acostumbrado a que la gente no obedeciera al instante sus órdenes—.

¿Quién es el encargado aquí? La mujer alzó la cabeza rubia en dirección al comedor y Jane se apresuró a enfrentarse al culpable.

Estaba instalando un fax último modelo en la esquina de un viejo escritorio que Jane estaba restaurando por las tardes rascando la suciedad de años y cubriéndolo con una fina pátina de aceite y ceras.

Era un hombre joven y no se preocupó en absoluto por sus protestas.

—Mire, es evidente que se ha cometido un error —si Ava hubiera estado muy preocupada, podría haber encargado el teléfono, pero ¿el fax?—. ¿Tiene usted la orden de pedido? Quiero saber quien ha encargado estas cosas.

—Yo. Por segunda vez en el mismo día, Jane sufrió un vuelco en el coraz6n ante la repentina aparición de Ryan, que entró en la habitación con un maletín y un ordenador portátil. Echó un vistazo a la habitación más grande y soleada que era la ocupada por Jane y pasó a la siguiente. Posó sus cosas en la descolorida moqueta al lado de la pesada cama de roble. —Necesito el teléfono y una línea apane para el fax para mantenerme en contacto con mi oficina. Por suerte, en estos tiempos no hay necesidad de dirigir las cosas en persona. Puedo acceder a Spectrum desde mi portátil y tengo delegados muy competentes que podrán encargarse de las reuniones en mi ausencia. Con fax y correo electrónico podré tener sus

informes antes de lo que tardarían en pasarme la copia impresa a mi oficina.

¡Parecía que se estuviera trasladando a vivir allí!

—¿De… de qué estás hablando? Jane le siguió balbuceante mientras Ryan daba instrucciones con calma a la trabajadora del recibidor antes de salir hacia un vehículo aparcado al lado de la furgoneta. No era el elegante Mercedes, sino un todo terreno que parecía bastante usado pero muy bien cuidado, Plantó la bota en la barra protectora trasera y alcanzó otra caja.

De pie tras él, Jane se enfrentó a unos vaqueros blanquecinos apretados contra aquellas nalgas masculinas.

Ryan se dio la vuelta y al sorprenderla mirándole esbozó una sonrisa que le erizó el vello.

—¿Creías que iba a salir corriendo como hiciste tú? —ella se sonrojó y Ryan soltó una carcajada que denotó que se había fijado en su sonrojo—. Te sienta bien. Pero la acción habla más fuerte que la palabra, sobre todo con una mujer tan terca como tú. Te guste o no, ahora mismo necesitas ayuda y si la montaña no va a Mahoma…

Ella seguía discutiendo con él cuando los dos intrigados trabajadores de telefónica probaron el sistema y se fueron con desgana.

—No puedes trasladarte a mi casa de esta manera.

—Ya lo he hecho —dijo Ryan. Después de ordenar sus pertenencias a su gusto, se tendió todo lo largo que era en la cama que había elegido y puso una mueca ante el polvo que flotó en el aire y el crujido de los muelles.

—¿Es la tuya mejor que ésta?

Jane se negó a contestar, así que él se fue a investigar por su cuenta tirándose en su largo sofá cama y botando unas cuantas veces.

—¡Ah, este es mejor! No mucho, pero algo mejor —cruzó los brazos tras la cabeza y miró a Jane que le estaba mirando con furia desde el borde de la cama—. Supongo que no querrías cambiármela, ¿verdad?

—¡No! Él la miró entrecerrando los ojos.

—O compartirla.

Jane apartó los ojos de aquella hipnótica mirada.

—¿Qué pasa, Jane? ¿Te agita tenerme en tu cama? Hum… Giró la cabeza y frotó la mejilla contra la almohada, olisqueando y recordándola vivamente lo erótico que había encontrado aquel aroma cuando habían hecho el amor.

—¡No puedes quedarte aquí! No te dejaré…

—¿Qué vas a hacer, llamar a la policía para que me saquen a patadas? —le brillaron los ojos de curiosidad—. Porque esa es la única forma en que podrías deshacerte de mí.

Jane estaba buscando una respuesta apropiada cuando sonó el teléfono. Ryan lanzó un gemido y se levantó a contestarlo.

Al instante era todo profesionalidad, sentado al escritorio, conectando el portátil y hablando mientras examinaba una serie de archivos.

Jane se fue a la cocina deseando poder romper las cosas para descargar la frustración. Pero tuvo que contentarse con murmurar entre dientes. Por su actitud, parecía implicar que ella hubiera estado esperando que la siguiera cuando no había nada más lejos de la verdad. Jane no iba a cargar con la culpa de sus depredadores instintos sexuales.

—¿Dónde tienes la aspiradora?

Ella dio un respingo.

—¿Qué?

—Voy a aspirar la habitación, con la cama incluida. ¿Dónde guardas la aspiradora?

—No tengo —dijo ella con maliciosa satisfacción—. Sólo hay una escoba para las alfombras —él abrió la boca con sorpresa—. Y no te atrevas a encargar una o la romperé en la puerta.

—¿Te gusta hacer las cosas difíciles sólo por placer, Jane? Ella le miró con la mayor dureza posible dados sus pantalones cortos y su vieja camiseta.

—¿Qué pasa, Ryan? ¿Estás demasiado acostumbrado a la vida cómoda como para dedicar un poco de tiempo a las honestas tareas del hogar? No creo que vaya a necesitar a la policía para deshacerme de ti, las incomodidades lo harán por mí. El se encogió de hombros y ella gritó a sus espaldas:

—Sólo recuerda que se supone que debes ahorrar agua y electricidad. Y te puedes preparar tus propias comidas, también.

¡ No pienso pagar el precio de tu extravagancia! Escuchó un

gruñido desde el pasillo y poco después le oyó barrer la vieja moqueta. Le vio sacar el colchón al patio como ella misma había hecho dos semanas atrás y atacarlo con el palo de una escoba levantando nubes de polvo. Tuvo que contenerse para no soltar una carcajada.

Pero dejó de reírse cuando vio cómo se hacia la cama con eficiencia con sábanas limpias que encontró en un armario y empezó a dar una vuelta por la casa para investigar las deficiencias.

Para evitar su presencia, Jane agarró un libro y una toalla y se fue a la playa, sólo para tener enseguida a Ryan aposentado en la arena a menos de un metro de distancia con un diminuto traje de baño azul que dejaba poco a la imaginación.

Sin siquiera preguntar, abrió una descolorida sombrilla que a ella le sonaba haber visto en el garaje y la acomodó para protegerla del sol por completo. Entonces se echó con pereza y empezó a ponerse crema protectora.

Si hubiera llevado gafas de sol, Jane podría haberle espiado en secreto, pero sólo tenía el viejo sombrero de paja de la tía Gertrude y tuvo que aparentar no fijarse en él. Ya que no podía meterse en el agua, Jane no se había molestado en ponerse el traje de baño, pero ahora sentía una necesidad desesperada de refrescarse, sobre todo cuando una rubia escultural en bikini se acercó para ofrecerse a extenderle la crema a Ryan en la espalda.

El sonrió y la rechazó con discreción.

—Mi novia es muy celosa —dijo dirigiendo una mirada a la cara sonrosada de Jane—. Parece muy inofensiva, pero créeme, es una tigresa cuando defiende su territorio.

Jane estaba todavía ardiendo por el recuerdo cuando esa misma tarde Ryan se negó a dejarla preparar algo de cena apoyando una silla contra la manilla de la puerta e ignorando sus llamadas y patadas contra los sólidos paneles de roble. Por fin la dejó pasar, pero sólo cuando ella aceptó compartir su cena. El hecho de que sus spaguettis con verduras estuvieran más sabrosos que todo lo que se había cocinado ella en dos semanas, sólo aumentó su resentimiento. Sólo le salvó la vista de su pan, cortado en limpios triángulos y untado generosamente de mantequilla.

Ryan había hecho caso a su petición de que ahorrara luz eléctrica y había encendido velas creando un ambiente muy

romántico Por una vez, se comportó como un perfecto caballero contándole que había aprendido a cocinar cuando su madre trabajaba y tenía que cuidar de su hermana Melissa y que después, su madre se había casado con un cocinero y ahora eran socios en uno de sus dos restaurantes.

Jane habló poco concentrándose en sujetar el tenedor entre dos dedos y en cuanto terminaron de cenar anunció que se iba a la cama a leer.

—¿Es eso prudente después de una cena copiosa? —Ryan frunció el ceño—. ¿Por qué no damos un paseo por la playa? La luna todavía no se habrá levantado sobre los acantilados, pero tengo una lintema en el coche.

Una noche cálida, una playa oscura, las olas batiendo, un hombre sexy…

Jane sintió el corazón acelerado ante las posibilidades.

—No. Estoy demasiado cansada.

Ryan la siguió a la habitación y la observó poner una vela en la cómoda que había al lado de su cama.

—¿Cómo piensas bañarte? Después de un día caluroso como el de hoy, debes estar muerta de ganas por sentir la piel limpia y suave bajo las sábanas, pero ahora que tienes las dos manos imposibilitadas…

Sus palabras eran tan evocadoras que Jane sintió al instante cada grano de arena en la piel.

—La mano izquierda está mucho mejor de lo que estaba. Me las arreglaré.

—No creo, por la forma en que manejas el tenedor. No seas tonta, Jane. Tardarás siglos y probablemente te harás daño. ¿Por qué no me dejas que te dé un agradable baño?

Jane se dio la vuelta con la boca abierta. De pie en el umbral de su puerta, el diablo todavía conseguía parecer bienintencionado.

—Te sentirás mucho mejor después.

¡Eso ya podía imaginárselo!

—Creo que pasaré del baño por esta noche! El se acercó al diván sin desanimarse por su vehemente negativa. Bajo la luz de la vela parecía muy grande y sombrío.

—¿Qué hay de tu ropa de dormir? ¿Qué te pones para meterte en la cama? Con la mano lesionada, le resultaba más cómodo

dormir desnuda que ponerse uno de los caros camisones de seda que se les habían pasado por alto a los tasadores.

—No es asunto tuyo.

Él dio otro paso adelante.

—Ya entiendo —dijo con voz ronca y sugerente—.Pero quizá conmigo en la casa te sientas más segura si te pones algo.

¿Necesitas que te ayude a desvestine? Ella sacudió la cabeza y se mordió la lengua.

Ryan se acercó y señaló uno de los botones de su camiseta.

—¿Estás segura? .

Ella asintió aturdida.

—¿Y qué pasa con el sujetador? ¿Se desabrocha por delante o por detrás?

—Por detrás —susurró ella. icómo sabía él que aquel era su punto débil de defensa! Había intentado no ponerse el sujetador desde la lesión, pero su tamaño le hacía sentirse incómoda y le daba vergüenza la forma en que se le movían los senos bajo la ropa como para salir a la calle. Ponerse el sujetador con una sola mano había sido muy difícil, pero no imposible.

Pero ahora…

Jane cerró los ojos rindiéndose a lo inevitable. Pero él no le quitó la camiseta. Sus manos estaban calientes cuando se deslizaron por la cinturilla de la camiseta floja, se separaron para subir por encima de sus costillas y se volvieron a unir a la altura de sus costillas. Su aliento era cálido contra su frente mientras desabrochaba con rapidez el pequeño cierre y sus grandes senos se agitaron, descendiendo por su pecho y rozándole ligeramente…

Se quedaron los dos paralizados durante un largo momento y entonces Jane sintió su suspiro cuando Ryan bajó las manos y dio un paso atrás. Jane abrió los ojos.

La mirada de Ryan era sombría y firme.

—Si necesitas más ayuda, sólo tienes que pedirla.

Jane no podía ni hablar.

A Ryan le aletearon las fosas nasales y pareció tensarse acentuando su amplia espalda, sus mejillas angulosas y la mandíbula cuadrada.

Sin decir una solí palabra, le deslizó hacia arriba la camiseta y con delicadeza le bajó los tirantes del sujetador por los brazos.

Se arrodilló, le desabrochó los pantalones cortos y se los quitó, junto con las braguitas.

Ni una sola vez apartó los ojos de ella. Se levantó entonces para apartarle la ropa de la cama la ayudó a meterse entre las sábanas blancas de algodón arropando su voluptuosa sensualidad hasta el pecho.

Entonces abandonó la habitación volviendo a los pocos minutos con un cuenco de agua jabonosa, una toallita y su cepillo del pelo.

En silencio, extendió la toalla, se sentó al borde de la cama y se lavó lentamente la cara, el cuello, los hombros y la parte superior de los senos que sobresalían por la sábana doblada. Su cara era una máscara de oro fascinante bajo la luz de las velas mientras le secaba la piel y le soltaba el pelo, para peinarlo contra la almohada.

Se inclinó entonces y apagó la vela y en la aterciopelada oscuridad, Jane sintió sus labios brevemente contra su ceño, sus ojos y su boca. Entonces, sin decir una sola palabra, cerró la puerta tras él con un suave chasquido.

Capítulo 8

¡La estaba volviendo loca! Cuatro días más tarde su impuesto invitado seguía firmemente asentado y la paz de Jane había quedado hecha pedazos.

El teléfono estaba sonando constantemente y Ryan era un torbellino perpetuo de actividad.

Cuando no estaba enviando por fax informes o manteniendo conferencias telefónicas, se dedicaba a las tareas domésticas con una eficacia irritante o a hacer trabajos de reparación en la casa con las herramientas que había encontrado en el garaje.

Parecía ajeno a las incomodidades de la atestada casita. De hecho, se lo tomaba como un desafío diario. Si se escapaba a la playa, le imponía también allí su presencia, corriendo, haciendo surfing, hojeando informes o charlando hasta que era imposible ignorarle. Era tan incansable en su misión de ayuda como lo había sido persiguiendo la venganza.

—¿Es que nunca te relajas? —había farfullado Jane la segunda tarde, cuando se había acercado a ella para proponerle jugar al ajedrez en vez de dejarla tranquila leyendo bajo la lámpara de aceite.

No le dejaba mover un sólo dedo y parecía dispuesto a involucrarla en todo lo que hiciera. El pareció genuinamente sorprendido.

—Estoy relajado.

—Si esta es tu forma de estar relajado, odiaría verte excitado —dijo con sequedad arrepintiéndose al instante de sus palabras cuando a él le brillaron los ojos de diversión.

—Ya me has visto —la recordo—. Y desde luego no lo odiaste.

Jane se arrellanó más en el cómodo sillón deseando que no

estuviera tan imposiblemente sexy vestido de negro. Llevaba una camisa arremangada y pantalones vaqueros y sin embargo en él era muy elegantes.

Su guardarropa parecía crecer día a día mientras Jane se veía obligada a ponerse lo que le resultaba más fácil, normalmente los odiosos pantalones conos y la camiseta.

Jane ladeó la cabeza.

No le importaba su aspecto, ya no pensaba vestirse nunca más para impresionar.

—Quiero decir que pareces estar siempre activo cuando estás despieno —dijo al verlo sacar el tablero de un polvoriento rincón—. Sólo descansas cuando estás dormido.

Ella había sido así también, comprendió y hasta que no le habían quitado todo no se había dado cuenta de lo mucho que le había robado el disfrute de la vida.

Ryan se encogió de hombros.

—En mí es natural.

He trabajado duro toda la vida y de hecho, esto es lo más parecido a unas vacaciones que he tenido en años.

Bajó los párpados al recordar las vacaciones que había planeado para su luna de miel.

Jane se agitó incómoda bajo su mirada fija.

—Ava siempre decía que encontrabas los negocios más interesantes que a ella —comentó Jane sin saber que le había leído el pensamiento.

Ryan abandonó las piezas de ajedrez y se acercó a ella. —¿Acudía siempre a ti con todas sus mezquinas quejas acerca de mí?

—No eran mezquinas. No en Ava.

—Evidentemente no. Pero si hubiera acudido a mí en vez de a ti, podríamos haberlas solucionado.

—Lo dudo —dijo Jane de forma involuntaria recordando los suaves ojos castaños de Ava empañados en lágrimas de angustia por su amor por Conrad.

Fuera lo que fuera lo que hubiera sufrido Ryan, al menos no había tenido que enfrentarse a saber que le habían cambiado por un hombre con la décima parte de su carisma. El entrecerró los ojos como hacia siempre que sospechaba de algo.

—¿Es que no la satisfacía en la cama? ¿Fue por eso por lo que

estuvo tan dispuesta a creer que tenía una aventura con otra?

—Si ni siquiera os acostabais —protestó Jane.

Se mordió el labio al instante al comprender la trampa que le había tendido.

El pareció satisfecho de su admisión.

—¿También te contaba eso?

—No era asunto mío —dijo ella apanando al vista. Quizá si no hubiera desanimado a Ava desde el principio de sus confidencias, las cosas no hubieran dado un giro tan brusco.

Pero había sentido una envidia suprema cada vez que Ava hablaba de Ryan y había intentado aparentar un desinterés profundo.

—Supongo que sabrás que todavía era virgen.

Dijo que quería esperar al matrimonio —dijo él con suavidad clavando la mirada en la cara desviada de Jane—. ¿Animaste tú esa idea por casualidad…? A Jane le destellaron los ojos azules y alzó la barbilla con orgullo.

—¡Oh, no! ¡No puedes culparme a mí de eso! Nunca entendí como pudo…

Apretó los labios antes de decir demasiado.

—¿El qué? ¿Rechazarme? —tentó él con su irresistible malicia —. Ya sé que me encuentras sexualmente irresistible, Jane —dijo haciéndola sonrojarse—. Pero estamos hablando de alguien con un fuerte sentido de la moralidad y con una timidez innata.

Jane no pudo evitar lanzar un bufido. No había sido la moralidad lo que había impedido que Ava se acostara con su prometido, había sido el amor por otro hombre.

¡Desde luego que con Conrad no había sido tímida!

—Mientras que tú… —murmuró él especulador—.Creo que si tú estuvieras enamorada de un hombre, no podría echarte de su cama. El sonrojo de Jane se hizo más violento al recordar el descaro con que se había comportado en el hotel.

—Si quieres decir que no tengo sentido de la moralidad…

—De ninguna manera. Lo que estoy diciendo es que en cuanto te comprometes a alguna vía de acción, para ti no hay medias tintas, ni retrocesos… a todo vapor y adelante y malditos sean los torpedos. Mucha gente encontraría esa fuerza intimidante, sobre todo en una mujer.

—¡Eso es su problema! —declaró Jane no muy segura de si sentirse halagada o insultada por aquella descripción.

—Estoy de acuerdo. Por suerte no es mi caso.

A mí no se me intimida con facilidad. Se frotó la barbilla sumido en los recuerdos.

—A mí tampoco —dijo ella mirando con resentimiento su inmensa figura—. Así que ya te puedes olvidar de que juegue al ajedrez contigo.

Estoy relajándome con un libro y cuando acabe este capítulo, voy a meterme en la cama… a dormir —añadió apresurada.

El no se movió.

—No estoy acostumbrado a acostarme tan pronto. Me cuesta dormir. Doy vueltas en la cama durante horas.

—Probablemente sean los muelles del colchón.

—Podría ser —dijo él con una sonrisa maliciosa—. ¿Te importa venir a mi habitación a ayudarme a alisarlo? Con dificultad, Jane mantuvo la vista en la de él consciente de que tenía sus caderas a la altura de los ojos.

—Perdona, pero estoy imposibilitada —dijo con suavidad levantando las manos vendadas.

—No las necesitarás; puedes usar la boca.

Da la casualidad de que sé que tienes una lengua muy versátil —se rió ante su expresión, lo que le produjo una oleada de excitación en el sistema nervioso—. Has acertado en eso, ¿verdad, dulzura? Creo que es más relajante una buena conversación que una competición de ajedrez.

Ryan estiró sus imponentes músculos dejando el tablero para acercarse al sofá donde estaba ella acurrucada.

—Estaremos más a gusto aquí sentados contándonos más cosas nuestras.

Eso era lo último que ella deseaba, ya que conseguía hacerla decir cosas que prefería ocultar.

Así que, por supuesto, acabaron jugando una partida de ajedrez que Jane perdió aunque Ryan no estaba demasiado concentrado.

El problema era que por muy absorto que pareciera estar en sus actividades, siempre parecía saber dónde se encontraba Jane y lo que estaba haciendo.

Ni siquiera podía salir al jardín sin su interferencia. Esa misma

mañana, ella había esperado hasta saber que estaba inmerso en una conversación con su oficina antes de escabullirse al jardín para arrancar malas hierbas. Había conseguido desarrollar una técnica indolora usando un palo de bambú largo cuando una sombra apareció a sus espaldas y le quitaron el palo de las manos.

—¿Tienes que hacer esto ahora? La irritación de Ryan era como música para sus oídos.

—Sí.

El suspiró. —Dime qué tengo que hacer.

—No me tientes —dijo ella con sarcasmo mirando el palo en su mano. Ryan bajó la vista y se arrodilló al borde del parterre.

—Ya sé que estás frustrada por la forzada inactividad, pero no quiero que te manches la venda ahora que las ampollas están cicatrizando.

—¡Tú no quieres que haga nada! —explotó ella con irritación. Aquella calmada voz le ponía los nervios de punta. No quería que fuese amable, queda verlo enfadado y hostil y fácil de odiar.

—Sólo estoy siguiendo las órdenes del médico.

La mayoría de las mujeres estarían encantadas de tener a un hombre a toque de campanilla a todas horas.

—Alrededor puede, pero encima todo el día no creo.

—Sólo estaba intentando ayudar.

—¿De verdad? ¿O es que disfrutas viéndome sufrir? Su amargo comentario fue seguido de un silencio embarazoso.

Ryan se sentó a su lado.

—Siento que creas eso —dijo con gravedad—. Quizá fuera verdad.. en otro tiempo. Pero eso fue antes de conocerte.

Jane soltó un silbido.

—Tú no me conoces.

—Tan bien como cualquiera, sospecho.

El hecho de que tus mejores amigos vivan en Wellington lo dice todo, ¿no crees, Jane? No te gusta que la gente se te acerque mucho.

Prefieres mantenerla a cierta distancia por si descubren que no eres tan dura como aparentas.

Jane se pudo rígida. ¿Era lástima lo que escuchaba en su voz?

—Ahórrame tu barato psicoanálisis.

—No te pongas tan a la defensiva. Estoy haciendo un esfuerzo

porque confíes en mí, Jane. Los dos hemos sido culpables de malicia y prejuicios en el pasado. Tú dijiste que estabas buscando un nuevo comienzo en Piha, así que, ¿por qué no aceptas mi oferta de amistad?

—Porque tú no quieres que seamos amigos —dijo con aspereza.

—Los amantes son amigos, Jane.

Ella dio un respingo.

—No siempre. No había habido nada de amistoso en su encuentro sexual en el hotel.

Y Jane nunca había mezclado el sexo con la amistad tampoco.

Por lo que a él respetaba, hacerle el amor a Jane había sido sólo una estrategia financiera, un intento de cimentar su lealtad.

—¿Has tenido muchos? Ella frunció el ceño.

—¿Amigos?

—Amantes.

—Uno o dos.

—Bueno, está claro que yo no fui el primero, así que me convierte en el número dos —bromeó acertando—. ¿Fui mejor que el otro chico?

Jane se puso de pie señalando las zanahorias con mano temblorosa.

—Hace falta quitar las malas hierbas y cavar entre las hileras. Si no, saldrán raquíticas —dijo repitiendo lo que había leído en una guía de horticultura esa misma mañana.

—¡O sea que acerté! —gritó él a sus espaldas mientras ella entraba en la casa.

Dios, era enervante, pensó mientras se ponía a clasificar una caja de ropa vieja. Y mucho más cuando tenía razón. Si pudiera al menos imaginar sus verdaderos motivos para imponerle su presencia…Si no era por venganza, si sentía auténtico remordimiento por haberla conducido hasta las circunstancias actuales, ¿no estaña encantado de aceptar su ruego y dejarla en paz? Y si había ido allí a seducirla, ¿Por qué no lo intentaba con su habitual eficacia en vez de jugar al gato y al ratón? La primera vez había establecido la rutina.

Ryan tenía la capacidad única de burlarse de ella, irritarla y enfadarla con su actitud de jefe para confundirla al instante con una ternura que casi le hacía empezar a creer que podían existir los

milagros…

Entonces, justo cuando ella estaba al borde de la rendición, muriéndose de ganas de que se aprovechara de su vulnerabilidad, él se retiraba dejándola con un vacío y una frustración física inmensos.

Ryan seguía sopesando las causas de su actuación cuando llamaron a la puerta.

—¿Está Ryan? Jane se quedó mirando a la alta y delgada pelirroja con un vestido ajustado de color verde ácido que golpeaba con impaciencia el suelo con los tacones altos de sus sandalias.

Aparcado cerca del todo terreno, había un deportivo con el motor todavía en marcha.

—¡Oh, sí!

—Bien.

Sin esperar a que la invitaran, la joven casi empujó a Jane para entrar clavando con curiosidad sus ojos verdes a su alrededor y abriéndolos mucho al ver la pintura desconchada y los muebles arañados.

—¿Dónde está… aquí?

Se dirigió hacia el zumbido del fax en el comedor.

Jane sintió que le ardía la sangre. ¿Cómo se atrevía Ryan a invitar a una desconocida allí? Especialmente a una preciosa pelirroja de piernas inmensas que le hizo sentir a Jane como una descuidada ranchera.

—No, está fuera cavando el jardín.

—¿El jardín? ¡ Si Ryan odia la jardinería! Jane sonrió a aquella cara incrédula disfrutando de la sensación de venganza hacia los dos.

—Ya lo sé. ¿No es un encanto? ¡No se cansa de hacer cosas por mí ! —dijo ganándose una mirada incendiaria de aquellos ojos muy pintados. La visitante se apresuró a salir a la puerta trasera. Su caminar revelaba que a pesar del sofisticado maquillaje era mucho más joven de lo que parecía, demasiado joven para un cínico maduro como Ryan.

¡ Asalta cunas!, pensó con furia mientras la chica se acercaba a Ryan agitando sus rizos pelirrojos teñidos.

Ryan alzó los ojos con desmayo al verla y unas cuantas plantas de zanahorias se le cayeron de las manos.

Vaya…, así que no esperaba la visita de su pequeño juguete.

Un momento después, las plantas cayeron de sus manos cuando ella se lanzó a sus brazos para darle un abrazo que hizo que a Jane se le retorcieran las entrañas.

Encajaban juntos con la facilidad de una larga intimidad. Jane se cruzó de brazos mientras la pareja se enfrascaba en una animada conversación, los delgados brazos de la chica gesticulando con exageración mientras que el lenguaje corporal de Ryan era muy defensivo.

¡Dios, esperaba que tuviera grandes problemas para explicarse ! Ryan vio a Jane, todavía de pie en la terraza del porche y pasó el brazo por la estrecha espalda de la chica tirando de ella hacia la casa a pesar de su evidente reticencia.

—Espero que Melissa no haya sido ruda.

A veces tiende a actuar antes de pensar en lo que a la familia respecta.

¿Melissa? Intentó no quedarse con la boca abierta al comparar a aquella criatura con la niña de dieciséis años que había actuado de dama de honor en la boda de Ava. Por eso le habían resultado tan familiares aquellos hostiles ojos verdes. Ryan notó su mirada de aturdimiento.

—Por supuesto… ¿quién creías que era? —preguntó con curiosidad.

Jane se puso rígida.

—No tenía ni idea, ya que no se paró ni a presentarse —dijo con frialdad mientras los seguía a la cocina donde Ryan se dispuso a preparar con calma el té.

—¿Celosa, Jane? —murmuró Ryan a su oído al pasar a su lado para poner el agua al fuego.

—¡Ni lo sueñes! —murmuró ella ignorando su sonrisa de suficiencia y la mirada de resentimiento de Melissa.

—¡oh, sí…a menudo!

Sus suaves palabras fueron acompañadas de un roce en su cadera para apartarla de su camino en busca de las tazas.

—Todavía no os han presentado, ¿verdad? —dijo cuando se sentaron todos a la mesa—. Jane Sherwood, mi hermana Melissa, aspirante a modelo.

Melissa ladeó la cabeza con gesto de desafío.

—iNo soy aspirante! ¡Ya soy modelo!

—De vez en cuando…

—Sólo hasta que mi carrera esté lanzada.

En cuanto consiga más trabajos dejaré mis estudios.

Siempre podré volver después a la universidad.

Debía ser una discusión muy manida.

—Pero no lo harás. Es mucho más difícil volver a estudiar después de años apanado de los estudios. No sé por qué no puedes seguir compaginando los desfiles con tus clases.

—Porque la carrera de modelo no dura mucho.

—Pues mucho más motivo para tener otras cualificaciones en las que apoyarse.

—Pero tienes que agarrarte al tren en marcha.

Si quiero tener éxito, tengo que estar disponible cuando los fotógrafos me necesiten, no al contrario.

—¿Qué piensas tú? —preguntó de forma inesperada Ryan a Jane.

—¿Qué tiene que ver con ella? —saltó Melissa agitando la melena de fuego.

—Absolutamente nada —afirmó Jane—. Es tu vida. Lo que hagas con ella es asunto tuyo por completo —miró hacia Ryan—. No dejes que nadie te convenza de lo contrario.

Pudo notar que Melissa estaba dividida entre el deseo de usar su comentario como apoyo a su teoría y el deseo igualmente fuerte de quitarle la razón a Jane.

—Creando problemas, ¿verdad? —metió una paja en la taza de Jane—. Bébete el té. Jane quería ser diseñadora de moda, pero su padre la obligó a dedicarse a los negocios —le dijo a su hermana.

De nuevo asomó la confusión en los ojos de la joven al ver las vendas en las manos de Jane.

—No sé por qué debería sentir pena por ella —explotó con un puchero en sus labios rojos—. Ni por qué te has trasladado aquí con ella.

No podía creerlo cuando me enteré de donde estabas.

—Eso ya te lo he explicado.

Así que era de eso de lo que habían estado discutiendo con ardor en el jardín.

Jane hubiera dado hasta su último centavo por haber escuchado

aquella conversación.

—Pero… —¡Melissa!

La joven se aplacó un poco.

—Lo que no entiendo es por qué tenía que ser aquí —dirigió una mirada de desdén a la cocina igual que su hermano había hecho unos días antes—. Al menos, arriba en la colina tendrías un montón más de espacio y todas las comodidades.

—¿Arriba en la colina? —preguntó Jane con asombro.

—En nuestra casa. ¿Por qué no has podido subir allí en vez de hacer a mi hermano trasladarse a esta ruina?

—Yo no le he hecho hacer nada —explotó Jane antes de asimilar sus palabras. No le extrañaba que Ryan quisiera que su hermana se callara—. Espera un momento. ¿Vuestra casa? ¿Estás diciendo que tenéis una cabaña aquí en Piha?

Melissa se rió con sarcasmo.

—Yo no le llamaría cabaña a una casa con cinco habitaciones y tres acres de terreno —ahora le tocó a ella fruncir el ceño al ver la expresión de incredulidad de Jane—. ¿No lo sabías? ¡No le dijiste que teníamos una casa aquí? —preguntó a su hermano con tono de desconcierto.

—¡No, no me lo dijo! —explotó Jane sintiéndose tan culpable como infeliz.

Ryan se encogió de hombros con frialdad.

—Como no estabas muy dispuesta a irte de aquí, no me pareció relevante. Además, técnicamente la casa no es mía. La compré como inversión hace un par de años.

—¡No relevante! —repitió ella con frío enfado.

—Bueno, ¿lo era? ¿Hubieras aceptado mi invitación mientras te curabas?

—¡No! Pero yo tampoco te invité a venir aquí y eso no te impidió hacerlo de todas formas.

—Porque eres demasiado terca como para admitir que necesitas ayuda para todo.

No pienso dejarte sola hasta que puedas valerte por ti misma.

—¿Y por qué no le contratas una enfermera? —interrumpió Melissa con truculencia.

—Porque Jane es responsabilidad personal mía —dijo Ryan con un énfasis que le hizo sonrojar—. Y como bien sabes, Mel, siempre

me tomo mis responsabilidades en serio.

La implacabilidad de su afirmación sonaba como una advertencia, aunque Jane no estaba segura de si iba dirigida a su hermana o a ella misma.

Pero Melissa debía poseer buena dosis de la tenacidad de los Blair, porque pareció abandonar el asunto sólo para volver a él bajo diferentes puntos de vista una y otra vez.

—Pero estamos en vacaciones de mitad de trimestre. Sabes que sólo tengo una semana libre. Si ibas a venir aquí, al menos podrías quedarte con nosotros.

Jane podría haberse retirado a su habitación, pero no pensaba dejarse desterrar más por aquella familia.

Si querían discutir sus asuntos privados delante de ella, allá ellos. Así que se quedó en silencio mientras tomaba el té, secretamente fascinada por la relación entre los hermanos.

Ryan estaba revelando otra faceta de sí mismo, suave y contenida, al tratar con el dramatismo juvenil de Melissa. El fuerte lazo de afecto se revelaba en la libertad con que discutían sin restricciones ni amargura, al contrario que los típicos ataques del padre de Jane a sus actos y opiniones.

Era algo que Jane nunca había tenido y que había envidiado de forma horrible, el afecto fácil, la maravillosa seguridad de saber que te quedan dijeras lo que dijeras o hicieras lo que hicieras. Así que sintió casi simpatía cuando Ryan se fue a recibir un fax y Melissa se enfrentó a ella como una arpía.

—¡ En lo que a mi respecta, te mereces todo lo que te ha pasado! Si crees que puedes clavar las garras en mi hermano, ya puedes pensártelo mejor.

—No creo que haya mucho peligro de que lo haga por el momento —dijo Jane con sequedad señalándose las manos vendadas.

—Y yo no me creo esa actuación patética ni por un momento — los ojos verdes le brillaron con fiereza—. ¡Y apuesto a que Ryan tampoco se lo cree! Decía que eras mentirosa y calculadora.

—Entonces no tendrás nada de qué preocuparte, ¿verdad? Ryan había vuelto antes de que Melissa pudiera pensar en una defensa y unos minutos después, se levantó de la mesa.

—Bueno, si no piensas subir a casa, yo tampoco —anunció con

dramatismo a su hermano—. ¡Me quedo aquí contigo! Mientras Jane se quedaba con la boca abierta ante su presunción, Ryan sólo se apoyó contra el fregadero con cara de divertida indulgencia.

—¿Tú en esta ruina? ¿Donde no hay agua caliente, ni televisión y donde tienes que lavarte la ropa a mano? Melissa pareció un poco sorprendida antes de agitar la cabeza con enojo.

—Si tú puedes aguantarlo, yo también. Voy a buscar mis cosas. Volveré lo antes posible.

Después de una mirada triunfal en dirección a Jane, salió volando de la casa.

Cuando Jane recuperó el habla dijo por fin:

—No hablará en serio, ¿verdad? —gritó acercándose a la ventana para ver a la chica meterse en su deportivo amarillo y salir con un chirrido de ruedas innecesario—. ¿Es que cree que tengo un albergue gratis para los Blair? ¡Esto es ridículo! Con un huésped impuesto ya tengo suficiente.

Si vuelve, ya puedes decirle que no se va a quedar aquí.

Ryan se encogió de hombros y metió las tazas en el fregadero.

—En cuanto a Mel se le mete una idea en la cabeza, es muy difícil sacársela. Es muy firme con la unidad familiar. Durante mucho tiempo yo fui la figura paterna de su vida e incluso cuando mi madre se casó de nuevo con Steve, yo seguía siendo al que ella acudía en busca de consejos. Por lo tanto es bastante posesiva conmigo.

Dirigió una mirada tímida de soslayo a Jane.

—En cuanto descubrió que estaba aquí contigo, vino a investigar personalmente.

Por alguna razón debe creer que necesito protección de tus argucias.

—Puede que la razón sea porque tú le has dicho que yo era mentirosa y calculadora —dijo Jane con acidez.

—Ah, bueno —extendió las manos—. Puede que me oyera decir algunas cosas de ti poco halagadoras en el pasado.

—¿Y cómo descubrió dónde estaba yo? ¿Cuánta gente más lo sabe? Jane se sentía como si el mundo se le estuviera escapando de las manos y amenazara con cerrarse en tomo a ella de nuevo.

—Sólo Carl, Irene, mi secretaria, Graham Frey… y mi madre, por supuesto. Les he dicho que estaba tomándome unas vacaciones

de la rutina de trabajo en la casa familiar.

Pero a Jane se le había paralizado el cerebro.

—¿Tu madre? El la miró con gravedad.

—En mi familia no hay secretos, Jane. Siempre hemos sido sinceros entre nosotros. Las madres tienden a preocuparse si no saben donde están sus hijos, incluso aunque sean adultos.

—¡Oh, Dios! ¿Por qué se lo has dicho? ¿Qué es lo que sabe Melissa de mí?

—Todo.

¿Todo? Jane estaba aturdida y se llevó las manos a las mejillas ardientes.Con delicadeza, Ryan le apanó las manos y le bajó los brazos para que no ocultara su expresión de devastación.

—No me refiero a los detalles íntimos. No le cuento a mi hermana mi vida sexual —dijo haciéndola avergonzarse—. Pero desde luego que conoce el resto, lo que tu padre le hizo a mi familia se ha hablado abiertamente en mi casa, y sabía que estaba obsesionado en vengarme de él, y después en vengarme de ti.

Jane no podía mirarle a los ojos.

—O sea que sabe lo mío… en la boda.

—Por supuesto. Mi familia me cree a mí incluso aunque los demás se apresuraron a condenarme… y merecen saber que su fe fue justificada. No estuvieron de acuerdo con mi decisión de proteger a Ava cuando me negué a formar un escándalo con tus mentiras, pero como me querían, lo aceptaron y me apoyaron con su silencio… incluso aunque eso les costó perder algunas amistades.

—¡Oh, Dios…! Jane se estremeció.

No le extrañaba que Melissa la hubiera mirado con aquel odio y desprecio. Ryan deslizó las manos por la parte posterior de sus brazos, notó que tenía la piel de gallina y la atrajo contra la sólida columna de su cuerpo.

Su diferencia de alturas se acentuaba por estar ella descalza y a Jane se le erizaron los pezones de forma traicionera contra el encaje del sujetador cuando su vientre rozó las caderas de Ryan enfundadas en vaqueros.

—Entonces también tenías frío… Tu voz estaba cargada de la frigidez emocional que pones cuando estás asustada —murmuró contra su frente—. Estabas tan condenadamente convincente en tu papel de humillada dignidad que casi lo creí yo mismo.

¿Por qué no hablas de ello conmigo? ¿Es algo que tiene que ver con Ava? ¿Por qué te perdonó tan rápido? Ayúdame a entender.

Jane se había puesto rígida en el círculo de sus brazos y se apartó con pánico apoyando los codos contra su pecho.

¡Ava! Siempre se le suavizaba la voz cuando pronunciaba su nombre. Quizá todavía sintiera cálidos sentimientos hacia ella y la cruel verdad sería aún mas amarga en aquel momento que tres años atrás. ¿Quién querría contarle que había acariciado un recuerdo que en realidad era una penosa mentira? Podría sentirse justificado a empezar otra campaña de venganza. Y de cualquier manera, Jane siempre estaría en el medio.

Ya había revelado demasiado de sí misma aquellos últimos días y sólo le quedaba la defensa de que la interpretara mal.

—Pensé que habías decidido que eran celos de una solterona.

—Puede que seas mayor ahora, pero entonces tenías veintitrés años. Puedo aceptar lo de los celos, pero no lo de la edad.

Tú eres una luchadora, pero al contrario que tu padre, no pareces guardar rencor.

Por derecho, deberías odiarme con pasión, pero en vez de eso… bueno… Se detuvo deslizando la mirada sobre sus senos pujantes contra la camiseta… hasta bajarla a sus delicadas piernas morenas.

—Pues sí, te odio —dijo ella con rapidez. Con demasiada rapidez.

A Ryan le brillaron los ojos y le dio un beso en la boca, un beso casual pero suficiente para volverla loca.

—Al gún día confiarás en mí lo suficiente como para contarme lo que quiero saber…

Y entonces se iría.

—¿Por eso te molestas en cuidarme? ¿Para convencerme de que hable de los viejos tiempos? Ryan no se molestó ni en discutir.

Sólo le dirigió aquella sonrisa confiada de un cazador.

—Para eso y… para volverte a seducir para que acabes en mi cama.

Quizá tuviera sus ventajas tener a una carabina hostil de diecinueve años por los alrededores, pensó Jane.

Pero se equivocó.

Melissa volvió como había amenazado con el pequeño maletero tan atiborrado de bolsas que obligó a Ryan a sacar las cajas de la

tercera habitación para llevarlas al garaje.

Le dedicaba a su hermano toda su atención y sonrisas mientras que a Jane le susurraba descarados insultos cada vez que se quedaban a solas.

Se quejaba de todo, sobre todo de que a Jane le sirvieran en todo mientras ella, Melissa, tenía que compartir el trabajo con su hermano.

A la hora de la comida se cambió de nuevo de ropa para hacerle sentirse a Jane como una criada con la misma camiseta y pantalones y no dejó de entretener a Ryan con historias interminables acerca de gente a la que Jane no conocía y le importaba aún menos.

Por la tarde, se fueron a dar el habitual paseo por los senderos de arbustos, pero Jane no pudo disfrutar de la belleza natural del bosque autóctono por los ruidos de Melissa, jadeando, gimiendo y quejándose constantemente para que Ryan parara, descansara o le ayudar a sacarse un guijarro de las zapatillas.

Cualquier cosa con tal de alejarlo del lado de Jane.

Más tarde, cuando Ryan estaba trabajando en su ordenador y Jane echada en una vieja alfombra en el jardín dibujando algunos bocetos como podía, se acercó Melissa con un minúsculo bikini que hubiera producido un caos en la playa.

Preparada para otra de sus hostilidades, Jane se encontró escuchando una charla acerca de las muchas, muchas mujeres preciosas que rodeaban la existencia de Ryan, el maravilloso hermano que era y cómo nunca haría nada que hiciera daño a su madre, sobre todo después de los sufrimientos que había padecido en el pasado.

Un martillo neumático hubiera sido mucho más sutil.

Jane apretó los dientes durante la cena que Melissa había ayudado a preparar a su hermano y apenas pudo contener una sonrisa cuando Ryan declaró que le estaba poniendo nervioso cuando se pegó a su hombro mientras le cambiaba la venda a Jane.

Le sugirió que pusiera agua a calentar para empezar a fregar y ella empezó a quejarse al instante de las innecesarias restricciones de electricidad.

—¡La hermanita del infierno! —murmuró Ryan mientras le quitaba con cuidado la vieja venda y Melissa tiraba los platos con

estruendo en el fregadero.

—Deberías conocerla. Los dos venís de los mismos origenes —susurró Jane con acidez mientras contemplaba la nueva piel rosada que salía bajo las ampollas reventadas—. ¿Es que no va a parar nunca?

—Está celosa —se rió Ryan. Su suave respuesta acarició sus nervios a flor de piel.

—Pues no sé por qué. Yo no he dicho que tenga nada contigo…

Los ojos de Ryan estaban muy azules cuando la miró.

—Hay cosas que no hace falta decir. Si no se hubiera imaginado ya que somos amantes, pronto habría…

Aquel susurro resonó como un tambor en los oídos de Jane, que se sonrojó mientras miraba con culpabilidad la espalda de Melissa.

—Ex amantes —dijo entre dientes.

Bajó la vista, intentó doblar los dedos y parpadeó.

—¿Todavía te duele? Jane asintió agradecida de cambiar de conversación.

—Pero sólo cuando los estiro o los doblo… el resto del tiempo sólo los siento tensos e incómodos.

—Graham dice que tendrán que pasar unos días más para poderte poner una venda más ligera y después podrás dejarlos al aire…

Para vergüenza de Jane, Ryan le informaba a su amigo todos los días del progreso de su lesión como si una quemadura fuera de importancia vital.

Después de tener vendada de nuevo la mano, Jane dejó a los dos hermanos solos y se fue a la sala a dibujar en una mecedora bajo la ventana.

Estaba empezando a germinar una idea a partir de los bocetos que había hecho y cuando se reunieron con ella, estaba lo bastante concentrada como para rechazar jugar a las cartas.

Cuando Melissa se cansó de perder, decidió con perversidad incordiar a Jane y alcanzó uno de los dibujos que se había deslizado al suelo.

El desdén se borró de su gesto y los ojos se le iluminaron al ver el boceto.

—¡Eh! ¡Diseños de moda! Pensé que eran aburridos apuntes de paisaje.

Me gusta este estilo. De repente recordó que estaba halagando al enemigo e intentó aparentar desinterés mientras Jane le explicaba que a menudo le había hecho los bocetos a su modista en vez de encargarle los trajes de revistas o catálogos de moda.

Ryan se unió a la conversación y pidió ver más de los bocetos ejecutados con tanta dificultad y su hermana frunció el ceño cuando los alabó para orgullo de Jane.

Melissa estropeó el momento al instante comentando el maravilloso diseñador que había hecho el traje de boda de Ava y los de las damas de honor.

—No creo que Ava soportara guardarlo después de lo que pasó…

Ryan no manifestó nada ante su grosero comentario.

—Quizá se lo pusiera en su segunda boda para imbuirlo de recuerdos más felices —dijo con ironía. Jane sabía que lo que escondía tras el cinismo era dolor.

—No, ella y Conrad se casaron en la intimidad de un juzgado.

Se mordió el labio cuando Ryan la miró con atención.

—¿Ah sí? ¿Y dónde estabas tú, Jane? ¿Eras una de las invitadas?

—Sí —admitió ella incómoda. —Y la madrina de su primer hijo según tengo entendido.

Muy curioso —dijo con suavidad.

Antes de seguir con aquel asunto, Melissa le distrajo con la discusión, ahora que se había enterado de que había que usar velas y lámparas de aceite, de que corrían peligro de incendio y de aspirar humos tóxicos o que podían quemar todo el oxigeno de la habitación.

Para la tarde siguiente, Jane estaba a punto de echar de la casa a la segunda invitada.

No había forma de eludir la compañía constante y competitiva de Melissa y como Ryan se negaba a dejar aquella actitud de protección y posesividad hacia Jane, estaba a punto de poner un ultimátum.

La casa no era suficiente grande para los tres.

El estéreo portátil con la música a todo volumen fue la gota que colmó el vaso.

Y como se imaginaba, Ryan ni se inmutó ante su amenaza, sólo sugirió un compromiso, él único que estaba dispuesto a considerar.

Si Jane aceptaba pasar los siguientes días en la casa de la colina de cinco habitaciones, en cuanto su quemadura estuviera curada, podría volver a la casita y la dejaría en paz.

Mientras tanto, podría tener toda la intimidad que deseara con una cocinera encargada de cuidarla en vez de Ryan y con Melissa apartada.

—¿Es eso posible? —preguntó Jane con debilidad.

—En mi casa, obedece mis normas. Y si no le gustan, puede volverse a Auckland.

—Y después… cuando vuelva yo aquí, ¿te irás y me dejarás en paz? —preguntó ella con cautela—. ¿Es eso una promesa?

El la miró con sus atractivas facciones inescrutables, con la cara de un jugador concentrado en ganar la partida leyendo el juego del contrario.

—Sí, si eso es lo que quieres…

Capítulo 9

NO LE extrañaba que Melissa se hubiera puesto tan quisquillosa acerca de las privaciones que su hermano le había hecho sufrir, pensó Jane unas horas después cuando abandonó su habitación para pasearse por la magnífica casa de vacaciones de dos pisos sobre uno de los acantilados de Piha.

Comparada con la casita de campo de Gertrude, aquello era un palacio.

La casa moderna de estilo mediterráneo estaba rodeada de arbustos autóctonos en la parte trasera mientras que la fachada principal daba el sol todo el día.

Las dos alas del edificio se curvaban en forma de u hacia el acantilado como estirándose para abrazar la vista espectacular de todo el pueblo de Piha.

En cuanto ella aceptó la propuesta, Ryan había recogido todo con su habitual eficacia, como para nÓ darle tiempo a arrepentirse.

Jane no tenía motivos para sentirse enfadada porque sólo le hubiera acompañado a una breve visita por la casa desapareciendo con un vago murmullo acerca de dejarla instalarse.

Melissa también se había desvanecido, contenta de haber conseguido su objetivo.

Pero Jane tenía sus dudas. Tenía la sensación de que su hermana sólo formaba parte de su plan preconcebido. Ryan apenas podría escalar su campaña de seducción en la casita sórdida, pero allí, rodeado de lujos e intimidad, Jane era demasiado vulnerable a su seductora insistencia.

Se le secó la boca al pensar en la noche que había hecho el amor con Ryan y decidió acercarse a la cocina tomar algo frío para quitarse el sofoco. Vaciló al llegar a la puerta de la cocina y ver la

figura pequeña de una mujer de mediana edad con el pelo cono plateado moviéndose del fregadero a la encimera central preparando las verduras para la cena.

Debía ser el ama de llaves que había mencionado Ryan.

La estupenda cocinera carraspeó y la mujer alzó la vista de la tabla de cortar con la sorpresa reflejada en sus cálidos ojos grises al ver a Jane en pantalones conos y coleta.

—Hola. Me llamo Jane Sherwood…

Se detuvo sin estar segura de cómo describir de forma educada su relación con Ryan.

—Sí, ya lo sé. La cara de la mujer se iluminó con una sonrisa que le hizo a Jane sentirse como si fuera una vieja amiga—. ¡que racha tan horrible has pasado, querida! Yo soy Peggy Mason. No te ofrezco la mano porque ya sé que no puedes estrecharla.

Ven a sentarte… pareces sofocada.

¿Te apetece una taza de té helado? —posó el cuchillo y se secó las manos en el mandil—. Creo que es lo ideal para el calor. Siéntate mientras te sirvo uno.

Le indicó un taburete en el bar de desayuno que dividía la cocina de la zona abierta del comedor e hizo un gesto de simpatía al verle las vendas.

—Pobrecita. No me extraña que Ryan insistiera en cuidarte. Ahora, ¿te Apetece comer algo con el té? Ya sé que habéis almorzado antes de venir, pero la cena no se sirve hasta bastante tarde… a la familia le gusta comer fuera en la terraza para ver la puesta de sol…

—Oh, no, gracias, señora Mason —dijo Jane desconcertada por su familiaridad pero irresistiblemente atraída por el calor maternal de la mujer.

—Llámame Peggy —le puso la taza helada y retomó a su tabla para seguir cortando verduras—. Espero que no estés a dieta. No es bueno cuando el cuerpo ha sufrido lesiones o estrés.

—La verdad es que he perdido mucho peso últimamente —confesó Jane—. pero no a propósito… y creo que lo estoy volviendo a recuperar —añadió apresurada al ver fruncir el ceño a Peggy.

Pero el enfado del ama de llaves enseguida encontró dirección.

—¡Le pediré cuentas a Ryan! Melissa me contó cómo te habías quemado la mano. Espero que se disculpara por haberte hecho

quemarte.

Jane esbozó una sonrisa.

—Bueno, fue más por estupidez mía.

Las dos veces, añadió para sus adentros.

La mujer enarcó las cejas grises.

—Eres demasiado condescendiente.

Una dosis de culpabilidad es lo que necesita ese chico para abandonar su tendencia a actuar de todopoderoso.

—Bueno, creo que ha intentado compensarlo —le defendió Jane con debilidad comprendiendo de repente que Peggy no se refería sólo a las lesiones físicas.

Por sus modales relajados, era evidente que la mujer estaba acostumbrada a ser tratada como parte de la familia y debía saber lo de la venganza de Ryan.

—¿Ah, sí? ¿De qué forma?

—Bueno, me ha preparado maravillosas comidas…

—Hum… —Peggy le dirigió una mirada analítica—. Tiene buena mano para la cocina.

Eso lo admito.

¡Y para la habitación!, pensó Jane con sonrojo.

—Me gustaría… ser buena cocinera. Quiero decir… que todo lo hago a base de probar y equivocarme. Por desgracia, no me enseñaron lo básico de joven…

—¿Es que ni siquiera te dejaba tu madre ayudarla en la cocina cuando eras pequeña?

—Siempre tuvimos una cocinera y no me dejaba molestar. Mi madre se fue de casa cuando yo tenía seis años.

—¡Oh, lo siento! —dijo Peggy con una compasión que provocó el anhelo de Jane.

—La verdad es que no me acuerdo mucho de ella, excepto que era morena y bonita y que le gustaba reírse y salir mucho —admitió Jane con los ojos sombríos ante el recuerdo—. Después de que se fuera, mi padre quemó todas las fotos y sólo la mencionaba cuando estaba furioso, así que no estoy segura de si lo que recuerdo es real o una imagen infantil creada en mi fantasía.

—¿Quieres decir que nunca la volviste a ver después de que se separara de tu padre? Jane bajó la vista hacia la taza.

—No. Cuando desapareció, mi padre tardó una semana en

contarme que se había escapado a Canadá con su amante. Me dijo que le había dicho que no quería cargar con la responsabilidad de una llorona mimada como yo.

Peggy casi se le cayó el cuchillo.

—¡Que dijo eso a una niña de seis años! A Jane siempre le había costado confiarse a la gente, pero la simpatía de Peggy le hacia abrirse.

—Me decía que la razón por la que nunca me enviaba tarjetas de felicitación en mi cumpleaños era porque se había olvidado de cuando había nacido yo. Siempre conseguía hacerme sentir una fracasada por haber sido incapaz de hacer que me quisiera lo suficiente como para quedarse…

—Eso fue un grave error por su parte —dijo Peggy con fiereza—. El fracaso de un matrimonio nunca es culpa de un niño.

—No fue sólo un grave error, sino que era mentira —confesó Jane—. Mintió acerca del divorcio y mintió diciéndome que a mi madre no le importaba lo que me pasara a mi. Lo descubrí después de su muerte cuando tuve que revisar su caja fuerte. Encontré algunas cartas antiguas y documentos acerca de su acuerdo de separación y los derechos de visita. Mi madre se había ido a Canadá con otro hombre, pero se mató un par de meses después de llegar. Quizá no quisiera llevarme con ella, pero no era verdad que quisiera olvidarme. Había correspondencia de su abogado pidiendo garantías de que se me entregaran las cartas que ella me enviara y le había pedido a mi padre que me hiciera el pasaporte para poder visitarla. Pero entonces se mató y durante años, mi padre siguió diciéndome que se divertía mucho con su nueva vida como para enviarme una tarjeta de cumpleaños.

Escucharon un débil sonido tras ellas y Jane miró a su alrededor.

Casi se le derramó el té al ver a Ryan de pie en el umbral con una mirada que indicaba que llevaba un rato escuchando.

—No me extraña que me creyeras con tanta facilidad cuando te conté lo que tu padre le había hecho al mío —masculló al entrar en la soleada habitación con sus pantalones blancos y camisa amarilla aportando más luminosidad—. Tú sabías lo que el bastardo sin conciencia era capaz de hacer.

—¡Ryan! Los ojos grises de Peggy Mason estaban cargados de reproche.

—Perdona, pero es la verdad y todos lo sabemos —suspiró y se acercó para darle un beso en la mejilla—. Hola, mamá. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Que eres la madre de Ryan? Jane sintió un vuelco en el estómago al mirar a la diminuta mujer por la que había sentido en el acto una oleada de simpatía y al gigante que sobresalía sobre ella buscando en vano algún parecido.

¡Ahora sabia por qué el ama de llaves parecía tan bien informada!

—Pensé que lo sabías cuando me presenté —dijo Peggy con sorpresa—. Perdona. Supuse que conocías mi segundo apellido de casada. ¿Quién creías que era?

—Probablemente otra de mis novias.

Cuando apareció Melissa, Jane creyó que era una ninfa encaprichada que yo guardaba en secreto.

—¡No es verdad! —sonrió a Peggy con gesto de disculpa decidiendo que a la larga la confusión podía haberla hecho un favor al ahorrarle una tensa presentación—. Me temo que supuse que era el ama de llaves…

La sorpresa de Peggy se transformó en diversión.

—Ya entiendo. Y ahora te averguenzas de tu sinceridad. No te averguences. Lo aprecio y estoy segura de que te sentirás mejor después de haber hablado.

—Todavía no me has dicho por qué estás aquí, mamá —interrumpió Ryan—. Pensé que me habías dicho que Steve tenía varios banquetes de boda y que iba a estar muy ocupado.

¿Y por qué estás cocinando en lugar de Teresa?

—La llamaron de la escuela para que recogiera a su hijo. Parece que ha pillado el sarampión y por supuesto le he dicho que nos las arreglaremos sin ella unos cuantos días. Y precisamente porque Steve está tan ocupado, decidí venir sola a disfrutar de este maravilloso tiempo en la playa.

Ryan agarró un trozo de apio y lo chascó con los dientes blanquísimos mientras estudiaba su expresión de inocencia.

—¿Así que estás diciendo que Melissa no te llamó para contarte lo que estábamos haciendo? O sea que esta visita sorpresa no tiene nada que ver con el hecho de que Jane y yo estemos aquí.

—Bueno, eso ha sido una sorpresa agradable, cariño —su madre

le dio una palmada en la mejilla con afecto—. Ya que es tan raro últimamente que disfrute de la compañía de mis dos hijos juntos en vacaciones.

Ryan ya casi nunca viene a Piha —le dijo a Jane, que estaba empezando a pensar que Ryan tenía una buen oponente en su madre—. La última vez que intenté que se quedara más de dos días, estaba dando botes al segundo día.

—Te entiendo —murmuró Jane.

—¿De verdad? —ladeó la cabeza con un gesto de pájaro curioso —. ¿Te ha molestado mucho?

—¿No! ¡Sólo he estado intentando que Jane descansara!. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte? —preguntó sin rodeos a su madre.

—Bueno, no lo sé… unos cuantos días por lo menos. Depende de cómo me sienta. Ya sabes que nunca me pongo calendarios para estas cosas.

Los ojos grises se iluminaron con una sonrisa ante la abierta frustración de su hi jo.

—Steve te echará de menos.

—No vivimos totalmente uno en el bolsillo del otro, Ryan. Y no está muy lejos.

El murmuró algo entre dientes.

—¿Qué has dicho, cariño?

—Nada.

Jane se levantó sintiéndose horrible.

—¡oh, por favor! Creo que yo debería irme.

Sé que no debe quererme en su casa. Y no es como si no tuviera adonde ir…

—¡No, maldita sea!

—Tonterías. Por supuesto que no debes irte —la suave voz de Peggy se elevó por encima de la explosión de su hijo—. Nunca he creído que los hijos fueran responsables de los pecados de los padres. Y por lo que me has contado, tú fuiste tan víctima de él como yo, así que olvidemos el pasado. Y en cuanto a lo de Ava, ya es agua pasada, ¿verdad, Ryan? El ladeó la cabeza con los ojos clavados en la cara avergonzada de Jane.

—Eso ya se lo he dcho, pero no quiere creerme.

—No me sorprende, Ryan. ¡ Sobre todo después de lo que le has hecho! Ryan apretó los dientes.

—He dicho que la cuidaría y lo haré.

—¡Qué mágnánimo por tu parte! Supongo que no esperarás su agradecimiento, ¿verdad? Ryan se sacó una mano del bolsillo y se apartó el pelo de la frente.

—¡Por Dios bendito, mamá! ¿Qué estás intentando hacerme? Su madre sonrió con serenidad.

—Sólo investigando, cariño.

Pensando que madre e hijo podrían querer seguir la discusión en privado, Jane preguntó donde estaba la lavadora. Peggy se lo explicó diciéndole que si necesitaba ayuda se la pidiera.

Jane puso la lavadora y se pasó el resto de la tarde hojeando revistas de moda que ella ya no se podía permitir comprar, hablando con Peggy en la cocina y observando como Melissa intentaba comprender la amabilidad de su madre hacia la enemiga.

Cada vez que Ryan aparecía en la cocina, su madre le encargaba alguna tarea y en la cena, se encontró sentado en el lado opuesto a Jane. Después de que Melissa se fuera a una fiesta, los tres se quedaron viendo una película y en cuanto aparecieron los créditos, Ryan declaró que Jane estaba agotada y que la acompañaba a la habitación.

La había ayudado a levantarse del cómodo sofá cuando llegó una llamada internacional que estropeó sus planes y frunció el ceño con impotencia cuando Peggy se ofreció a acompañarla ella misma para que no tuviera que esperar.

—Siento darle tanto trabajo mientas el ama de llaves está fuera —dijo Jane con nerviosismo después de que su anfitriona le ayudara con tacto a ponerse la enorme camiseta que usaba para dormir.

La madre de Ryan sacó entonces un par de guantes de goma para que Jane se pudiera lavar la cara, una idea que no se le había ocurrido ni a ella ni a Ryan que se suponía que era tan inteligente.

—No te preocupes. Lo disfruto —admitió Peggy mientras observaba cómo Jane intentaba peinarse con torpeza—. Ya es hora de que Ryan recupere el sentido común.

Le advertí que se arrepentiría si su deseo de venganza se le escapaba de las manos, pero por supuesto, declaró que a él nunca le pasaría. Ahora creo que por fin ha comprendido que dos equivocaciones no pueden arreglar nada.

—Eso no es lo que Melissa cree. Jane parpadeó al tropezar con un nudo y el cepillo se le escapó de las manos.

—Espera, yo lo haré —dijo Peggy mientras recogía el cepillo y proseguía donde Jane lo había dejado—. Melissa todavía lo ve todo en blanco y negro. Para ella no hay sombras de gris.

—Y yo soy una sombra muy gris.

—ioh, un verdadero agujero gris! Peggy guiñó los ojos hacia el espejo.

Jane tragó saliva. Tenía que decirlo.

—No sé porqué está siendo tan agradable conmigo. Quiero decir… después de lo que le hice a Ryan… esas horribles mentiras que dije para romper la boda… el escándalo… debe odiarme.

Peggy bajó el cepillo y suspiró.

—El odio es un sentimiento muy destructivo.

Desde luego, me llevé una desagradable sorpresa, pero para decirte la verdad, cuando Ava devolvió el anillo de Ryan me pregunté si no habría sido todo para bien.

—Pero Melissa me dijo que le había roto el corazón el que Ryan no se casara con Ava.

La mujer se sentó en la cama.

—Melissa exagera. Lo que yo quería… y sigo queriendo, es que Ryan sea feliz. No sé cuanto te habrá contado de su vida, pero la venganza fue su obsesión y su razón de vivir durante más de una década. La necesidad de hacer pagar a tu padre por lo que había hecho era lo que conformaba sus ambiciones y absorbía toda su energía emocional.

Cuando descubrió que tu padre se estaba muriendo y decidió olvidar aquella obsesión, yo me sentí muy orgullosa de él. No hay venganza más noble que la que no se toma.

Pero significó que de repente tenía un gran vacío emocional en su vida y creo que instintivamente buscó llenarlo con lo contrario a la fealdad, avaricia y corrupción que le habían obsesionado durante tanto tiempo…

Alguien suave y tranquilo a quien proteger y cuidar… Verás, Ryan tiene un alto sentido protector con las mujeres, un legado de haber sido el hombre de la familia desde muy joven, supongo. Pero también tiene un gran respeto por las mujeres fuertes, debido a mí.

Puedo parecer frágil pero soy una luchadora nata y creo que

Ryan vio en Ava a una mujer como yo, alguien delicado y suave por fuera pero con un corazón de acero en quien uno puede apoyarse en la adversidad. Pero por la forma en que Ava actuó en la boda… Bueno, sospecho que no hubiera tenido la dureza de enfrentarse a él cuando él temperamento le asalta, que es a menudo. O imponerse cuando hace falta bajarle los humos con su arrogancia. ¿Crees que acierto?

Atesorando la información de las complejidades del hombre al que amaba y al que encontraba tan difícil de entender, Jane se encontró con la mirada gris de su madre en el espejo.

—Si me preguntas si creo que no estaban hecho el uno para el otro, sí. Creo que no congeniaban en absoluto.

Peggy asintió.

—Dime, por pura curiosidad, ¿qué hubieras hecho tú en las mismas circunstancias? Si otra mujer hubiera intentado impedir que te casaras con Ryan al pie del altar.

Jane dio la vuelta con ojos cargados de furia y Peggy se levantó con una sonrisa de satisfacción.

—Eso me imaginaba. Pistolas al amanecer antes que un ataque histérico de damita.

Bien, buenas noches, querida. Que duermas bien. Y te sugiero que te cierres si consideras que ya le has dado las buenas noches a mi hijo.

Jane se sonrojó, pero hizo lo que Peggy le había sugerido. Estaba profundamente agradecida del apoyo moral de Peggy porque sabia que podía ser una víctima fácil de sus propios deseos. Agotada por los acontecimientos del día, se metió en la cama y durmió como un tronco, a pesar de las insistentes llamadas de Ryan en su puerta una hora después.

El día siguiente siguió una rutina parecida al anterior, Ryan sugirió un paseo por las dunas, pero su sugerencia cayó en saco roto al decir Peggy que queda ver los bocetos de los que Jane había hablado la noche antes.

Fue entusiasta y la animó mucho y cuando supo que Jane había sido buena costurera en el colegio se ofreció a darle un curso rápido en cuanto tuviera las manos bien.

Subieron las dos al cuarto de costura de Peggy y Jane admiró la máquina de coser y la cortadora electrónica. Con timidez le confesó

entonces su sueño de ganarse algún día la vida cosiendo sus propios diseños para venderlos en los mercados o en algunas de las boutiques de Auckland.

Melissa se unió entonces a ellas y se encontró atraída con reticencia a la discusión acerca de qué diseñadores le gustaban más. Desterrado por la conspiración femenina, Ryan se retiró a la biblioteca de abajo que usaba como oficina.

A la hora de comer estaba sombrío y no preguntó a Jane que pensaba hacer después, una actitud que quedó explicada por la llegada de Carl Trevor con un abultado maletín.

Las mujeres se fueron a la playa y cuando volvieron, como la reunión se prolongó hasta bastante avanzada la tarde, Peggy invitó a Carl a quedarse a dormir.

El aceptó agradecido mientras su jefe le dirigía una mirada de acritud sobre todo cuando sacó una bolsa de noche de su BMW.

Al recordar sus dos anteriores encuentros, Jane se sintió muy avergonzada cuando la sentaron al lado de Carl en la cena, pero él la hizo sentirse cómoda enseguida con sus chistes y bromas y pronto estuvieron riéndose.

La suave autoridad maternal de Peggy se impuso y Ryan y Melissa se fueron a la cocina a fregar los platos mientras Carl se estiraba y se quejaba del tirón muscular que tenía por haberse pasado en el gimnasio por la mañana.

—¿Por qué no te das un baño en el jacuzzi? —sugirió Peggy indicando la piscina redonda de baldosines que se extendía en el nivel inferior de la terraza donde estaban—. Un baño caliente probablemente te desentumezca los músculos.

—Buena idea.

¿Jane? Jane sintió franca envidia.

—Oh, no podría… las manos.

Además, no tengo traje de baño.

—Tengo unos cuantos para los invitados.

Seguro que habrá alguno que te valga.

Y puedes sacar las manos por el borde para mantenerlas secas. Carl estará ahí para sujetarte si te resbalas. Venga, Jane.

Es una maravillosa forma de relajarse ver desde el agua la puesta de sol.

Y lo fue.

Hasta que apareció Ryan para encontrar a su asesor personal enseñando a una sonriente Jane la manera de mantener la paja en la copa de vino.

—¿Te unes a nosotros, Ryan? —sonrió Carl flotando de espaldas en el agua.

Los ojos de Ryan se deslizaron por el cuerpo de Jane, enfundado en lo que ella había creído un modesto traje de baño negro.

Tenía el pelo atado en la coronilla y la cara brillante del vapor. Estaba sonrojada y su habitual expresión de seriedad estaba suavizada por las cejas mojadas y la risa de sus labios. De pie al borde del jacuzzi con la punta de los zapatos casi tocando la toalla donde descansaban las manos de Jane, Ryan parecía un gigante y cuando Jane ladeó la cabeza para mirarle a la cara, le proporcionó sin querer una vista del escote de su traje de baño, donde sus cremosos senos, erizados por el agua, pujaban contra la tensa tela del bañador.

—Quiero hablar contigo. Ryan tenía la cualidad de hacer que una simple afirmación pareciera una amenaza, pero Jane se sintió a salvo con Carl a su espalda.

El, por lo menos, no le producía turbulencias emocionales ni le provocaba pensamientos pecaminosos.

—Pues habla —dijo con un airoso encogimiento de hombros que hizo que sus senos se balancearan con delicadeza sobre la superficie del agua mientras Carl aparecia tras ella para dar un sobo de vino.

A Ryan se le tensó un músculo del mentón.

—Aquí no. Ahora.

—Pero no estoy lista para salir. Carl y yo nos estarnos desentumeciendo los músculos, ¿verdad, Carl? Tu madre nos lo recomendó.

Deberías probarlo Ryan…

—¡Ah! ¡Oh! Apenas tuvo tiempo de registrar la advertencia de Carl cuando Ryan se agachó, la asió por las axilas y la sacó sin apenas esfuerzo.

—¡Ryan! Sin hacer caso de las salpicaduras y las risas de Carl, Ryan la arrastró por los aires hasta los ventanales franceses abiertos hasta el amplio recibidor.

—¡Ryan, estoy empapando toda la moqueta!

—¡No creas que vas a utilizar a Carl para ponerme celoso! —

gruñó Ryan con las manos comprimiendo con firmeza los laterales de sus senos y sus pantalones y camisa azul con la huella mojada del cuerpo de ella.

Su furia era como el azote de un látigo aterciopelado.

—¡Por Dios bendito!

—Lo mismo que le he contratado le puedo despedir. Recuérdalo la próxima vez que sientas ganas de coquetear con él. Podría costarle la carrera.

—¡No despedirías a un empleado por coquetear conmigo y mucho menos a Carl! —rugió Jane con una convicción tan absoluta que provocó un destello de aprecio en los ojos de él.

Ryan bajó las manos pero siguió de pie entre Jane y la puerta.

—No, no lo haría, porque no soy el cruel bastardo que tú quieres creer que soy. Y no he dicho que estuviera coqueteando contigo.

He dicho que tú estabas coqueteando con él.

—Sólo estábamos siendo amistosos.

—¿Medio desnudos y con un par de copas de vino? Un hombre sacaría la conclusión equivocada de una mujer en una situación así.

Jane quería discutir lo de la semi desnudez, pero de repente comprendió que sería un error atraer su atención hacia su cuerpo.

—¿Me estás acusando de estar borracha? —preguntó beligerante.

El sabía muy bien que no había estado en situación de que Carl la interpretara mal, pero seguía furioso.

Sólo había una explicación lógica para su actitud: ¡estaba celoso! La oleada de triunfo de Jane se vio seguida de un profundo resentimiento. ¡Tenía mucho menos derecho que razón para estar celoso! Ryan se había plantado las dos manos en las caderas y mantenía las piernas abiertas.

—No, sólo de ser estúpida si creías que iba a dejarte salirte con la tuya.

Esto es entre tú y yo, Jane.

No dejaré que te escondas tras otro hombre, por muy inocente que sea la situación.

Si quieres coquetear, ¿por qué no lo haces con el hombre al que de verdad deseas? —iEres un arrogante… !

—Eso es, dulzura. Enfádate —interrumpió él deslizando la mirada por su cuerpo para posarla en sus duros pezones visibles

bajo la tela—. Me encanta cuando te pones furiosa y te lanzas contra mí —Jane tembló y una sonrisa de picardía suavizó la expresión de Ryan—. Es difícil borrar los recuerdos ¿verdad, Jane?

Algo dentro de ella explotó.

—¡Tú debeñas saberlo! ¡Eres tú el que no puede olvidar el pasado! El alzó la cabeza como si estuviera aspirando el aroma del viento.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¡Ava! El nombre vibró acusador entre ellos.

—¿Qué pasa con Ava? —preguntó él con fingido desenfado que no la engañó ni por un instante.

—Bueno, sigue siendo tu ideal de mujer, ¿verdad? Jane se cruzó de brazos al empezar a enfriarse con la voz cargada de sarcasmo mientras le asaltaba una oleada de celosa rabia.

Ahora que él había tenido aquel arrebato irracional de celos, ella se sentía con derecho a permitir que aflorara a la superficie aquella antigua y corrosiva envidia que había intentado ocultar a su mejor amiga con tanto esfuerzo.

—Ella sigue siendo la frágil flor de perfección femenina por la que mides a todas las demás; la mujer que amaste y perdiste, tu alma gemela, la que supiste que era para ti desde el instante en que la conociste…

Sólo que, ¿sabes qué? —dijo con voz envenenada—. Da la casualidad de que no lo era. Acabó casándose con otro así que supongo que debes haberte equivocado.

Pero eso no puedes aceptarlo. No puedes dejar descansar en paz el recuerdo y sigues tan colgado de ella que siempre estás haciéndome preguntas acerca de lo que hizo y por qué.

—Eso de siempre está muy lejos de la verdad.

Debe ser tu conciencia culpable la que te hace exagerar, Jane. Y no es su actuación la que me persigue, Jane, sino averiguar por qué te involucraste tú.

Pero Jane ya no podía ser razonable.

Habiendo desatado los celos, ya no podía controlar las palabras que se derramaban por su amarga lengua.

—¿Volviste a recuperar los viejos sentimientos al hablar con ella? ¿Te estás preguntando si tendrás una segunda oponunidad con tu primer amor? Pues si estás esperando que no sea feliz, olvídalo.

Conrad y ella son una pareja feliz.

Ryan soltó una maldición.

—No soy del tipo de los que pierden su vida por una causa perdida y en eso se convirtió Ava desde el momento en que se casó… sólo tres meses después de dejarme.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué te enfadaste porque no le dijera que nos habíamos acostado? ¿Es que esperabas que le contara lo fantástico que eras como amante para que comprendiera lo que se había perdido? ioniza en la retorcida lógica de tu venganza acostarte conmigo haya sido lo más parecido a llevarla a la cama a ella,

Cuando Ryan avanzó hacia ella rabioso, Jane se escabulló por debajo de su brazo y salió corriendo escaleras arriba salpicando de agua las paredes y consciente de sus pasos ganando distancia a cada minuto.

Alcanzó su habitación y con los dedos temblorosos cerró el pestillo un segundo antes de que Ryan se lanzara contra la puerta con todo su peso. Jane se apoyó contra la puerta jadeando y sintiendo la vibración de sus puños al golpearla.

—¡vete! —murmuró con desesperación.

—jJane… abre esta puerta! Dio una patada para dar énfasis a su petición.

¿Para qué? Para poder castigarla con su desdén por sus ridículas acusaciones? ¿O para analizar con aquella agudeza mental suya las causas de su vergonzosa pérdida de control? Jane había creído que el amor debía ser una experiencia enriquecedora, no aquella carrera barata a la euforia seguida del hundimiento en la más terrible desesperación.

—iNo, vete! —gimió llevándose una mano a los ojos.

Seguramente no se atrevería a tirar la puerta.

Pero al menos, si lo hacía, sabía que el ruido atraería a Peggy.

Ryan bajó la voz y Jane sintió un golpe detrás justo de su cabeza.

—¿Jane? ¿Qué pasa? ¿Estás llorando, corazón? Mira, déjame entrar. No quiero hacerte daño.

Sólo quiero hablar.

Jane se secó las lágrimas.

¡corazón! ¿Cómo podía llamarla eso? Tenía el corazón en un

puño y todo era culpa suya.

—Bueno, pues yo no. Vete o gritaré desde la terraza para llamar a tu madre.

Se hizo el silencio al otro lado de la puerta.

Jane esbozó una amarga sonrisa y pegó la oreja a la madera. Entonces oyó un crujido al otro lado de la ventana abierta del balcón y corrió hacia allí justo a tiempo de verle saltar desde el balcón de al lado al menos a dos metros de distancia.

En la oscuridad pareció volar como un ángel vengador antes de aterrizar. Jane lanzó un grito cuando su pie rozó el hierro y resbaló, pero el impulso lo lanzó hacia adelante contra la barandilla frente a ella.

—¿Estás loco? ¡Podrías haberte matado!

—No, una pierna o las dos rotas como mucho —dijo con una irritante prepotencia machista mientras la asía por la muñecas y la atraía contra su ancha cintura.

Jane tenía el corazón desbocado y también él, notó cuando sus senos rozaron el duro muro de su pecho.

—¡Podrías habene matado! —repitió temblorosa casi paralizada por la idea de perderlo.

—¿Y te hubiera imponado? —preguntó deslizando las manos por su temblorosa espalda—. Quizá pensallas que lo había merecido.

Ella se estremeció enterrando la cabeza en su pechera mojada con la voz ahogada de horror.

—¡No digas una cosa tan horrible!

—Ya sé… que los dos nos hemos dicho cosas terribles en esta relación de amor odio nuestra. Por eso es por lo que creo que tienes razón. No deberíamos hablar. Las palabras sólo nos traen problemas y la acción habla más que mil palabras.

Se apartó entonces para poder deslizar las manos sobre sus hombros y meter los dedos entre los tirantes del traje de baño y deslizarlas por sus brazos para liberar sus senos al fresco aire de la noche, la blancura de su cuerpo contrastando con la tela negra.

La única protesta que pudo emitir ella fue un suspiro de anhelo cuando Ryan se inclinó para humedecer sus duras crestas rosadas.

—Ssss.

Ryan ahogó su murmullo con los labios y la levantó para llevarla hasta la suave cama y tenderse de espaldas dejándola a ella encima.

Estiró entonces el brazo y encendió la lamparilla sin romper siquiera el beso y rnientras el sabor adictivo y familiar de él le inundaba los sentidos, Jane se abandonó al primitivo mundo de la pasión, dedicada a la expresión física de un amor que tenía miedo de poner en palabras.

Ayudó con torpeza a Ryan a quitarse la camisa y despojarla a ella del traje de baño.

El la colocó entonces a horcajadas sobre él y abarcó sus nalgas desnudas para moverla contra sus ondulantes caderas de una forma que la hizo retorcerse de placer y suplicar más. Ryan estaba a punto de dárselo cuando una aguda llamada en la puerta los paralizó a los dos.

—Jane, ¿Estás bien? Pensé que había oído un grito. Jane bajó la mirada avergonzada hacia el hombre que yacía bajo su cuerpo.

Las duras facciones de Ryan estaban borradas por la agitada pasión, su boca roja de sus besos febriles, sus ojos despidiendo chispas de un fuego diamantino azul.

—Sí —contestó con pánico—. Sí… pero no era nada. Estoy bien.

Hubo una pausa.

—¿Estás segura?

—Sí, sí, estoy segura. No te preocupes, Peggy.

Gracias.

Sintió una oleada de júbilo ante la fiera expresión de alegría de la boca de Ryan.

Cuando oyeron alejarse los pasos de su madre, él deslizó la mano hasta su nuca y la apretó con lentitud.

—Sabe que estás aquí conmigo —susurró ella cuando sus fiocas estuvieron a pocos milímetros.

El sonrió con malicia.

—Bien, así sabrá que no tiene que molestar hasta por la mañana. Absorbió entonces su labio inferior y sus bocas se pegaron mientras él la apartaba a un lado para quitarse el resto de la ropa. Cuando estuvo gloriosamente desnudo, volvió á colocarla sobre su cuerpo lanzando un gemido gutural cuando el suave triángulo de entre sus piernas le acarició el vientre con un húmedo y cremoso calor.

Siguieron largos minutos de bendito ardor hasta que Ryan por fin capturó sLs manos desesperadas y jadeó:

—No, déjame hacerlo a mí. Te harás daño de esa forma. La

volvió con delicadeza de espaldas extendiéndole los brazos a ambos lados de sus piernas y apoyando las plantas de sus pies contra el colchón al lado de sus rodillas. Entonces situó las caderas y con los ojos fijos en su cara excitada, la penetró despacio hasta que quedó enterrado en ella.

Los dos gimieron cuando se retiró y empezó el proceso de nuevo estableciendo un lento y sensual ritmo de sacudidas que se fueron acelerando progresivamente hasta que los dos estuvieron al borde del explosivo éxtasis, las dos voces mezclándose en roncos gritos de frenético rapto.

Después, mientras los dos yacían en un remolino de extremidades entrelazadas, Ryan le besó las manos con reverencia.

—Si nos sale así de bien ahora, imagínate lo intenso que será el placer cuando puedas utilizarlas de nuevo.

—Supongo que eso quiere decir que tenemos una aventura, después de todo. La sonrisa de Jane estaba cargada de tristeza.

Ryan deslizó un dedo por sus labios con gesto sensual.

—No tiene por qué.

A Jane se le desbocó el corazón.

—No, si regularizamos la situación.

La sangre se le retiró de la cara y susurró con voz apenas audible:

—¿Qué?

—Bueno, si te casas conmigo, podríamos dormir juntos tantas veces como quieras sin ofender tu alma puritana.

Pero estaba riéndose al decirlo. Estaba bromeando. Jane se encogió.

—¡Nunca habías dicho nada de matrimonio! Ni de amor. ¿No viene antes una declaración de amor?

Ryan se apartó unos milímetros de ella sin dejar de sonreír.

—¿Quiere eso decir que tu respuesta sería no? Jane notó el uso del condicional. O sea que todavía no le había hecho la pregunta.

Había sido más bien una evasiva.

Todas las antiguas inseguridades la asaltaron al recordar que Ryan había disfrutado atormentándola durante los dos años anteriores.

—Supongo que si dijera que sí, me encontralla frente al altar contigo.

Esa seria tu última venganza, ¿verdad? Volver las tomas para humillarme como yo te humillé a ti…

En cuanto las palabras salieron de su boca supo que había cometido un error fatal.

La cara de Ryan se volvió de piedra y saltó de la cama como si estuviera contaminada.

—Si eso es de verdad lo que piensas, entonces una relación entre nosotros es absurda.

No vas a confiar nunca en mí por completo, ¿verdad? No importa las veces que te lo demuestre.

Recogió su ropa del suelo y empezó a ponérsela sin nada de la ternura de un minuto antes.

—¡Oh, sí! Te acostarías conmigo y hasta tendrías una aventura que te avergonzaría pero siempre te retraerías porque nunca creerías que yo pudiera comportarme de forma honorable. No soy yo el que está obsesionado con Ava. Eres tú. ¿Quieres ser la mártir del pasado? ¡Bien! Mantén tu confianza y yo mantendré mi honor. Pensé que había encontrado a una mujer con coraje y orgullo, pero creo que me he equivocado. ¡Eres sólo otra causa perdida!

Capítulo 10

CON el largo vestido negro brillando y ondulando alrededor de sus tobillos, Jane avanzó entre la multitud que atestaba el restaurante del hotel ignorando las miradas de curiosidad que seguían a su avance resuelto.

Divisó a Ryan entre un grupo de gente en el centro de la sala. Menos de veinticuatro horas antes, había estado temblando de placer en la intimidad de los brazos de Jane, bromeando con ella acerca de casarse. Ahora estaba codeándose con los ricos y famosos, bebiendo champán y cerrando negocios.

Una causa perdida, ¿verdad? ¡Ella le enseríaría lo que era coraje! No iba a ser fácil; eso lo sabia. Ryan iba a ser salvajemente difícil. Estaba enfadado y dolido y había tenido todo el día para meditar. Ella le habría ofrecido el insulto más grosero a su honor, su orgullo y su masculinidad. Debería haber sabido que Ryan no se tomaría el asunto del matrimonio con ligereza.

Dada su traumática experiencia con Ava, era comprensible que prefiriera acercarse al asunto de forma oblicua, protegiéndose a sí mismo con el humor y con las defensas preparadas para saltar al mínimo síntoma de rechazo.

El nunca había dicho que la amara, pero eso no significaba que no fuera así…

Ella tampoco le había dicho lo que sendia y los hombres eran mucha menos articulados que las mujeres para expresar sus sentimientos.

Peggy no había sido la única sorprendida al despertarse por la mañana con la noticia de que Ryan había salido para Auckland durante la noche. Ryan había dejado una breve nota de despedida para su madre y su hermana y un sobre cerrado para Carl. Ningún

mensaje para Jane, lo que ya era bastante mensaje.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Peggy sin rodeos.

Jane, con los ojos enrojecidos de haber llorado, todavía no podía creerlo.

—Me pidió que me casara con él.

—Y lo rechazaste.

—Sí.

Tenía una expresión tan trágica que Peggy casi sonrió

—¿Y por qué? Jane parpadeó.

Intentó pensar en algunas de las razones que la noche anterior le habían parecido tan obvias.

—No lo sé —comprendió despacio y con horror su propia ceguera—. Me pilló por sorpresa… Supongo que hay una parte de mí que no puede creer que merezca tanta felicidad…

La parte de ella que era todavía la hija de su padre; la pequeña que había aprendido a esperar arrebatos emocionales más que un ánimo afectuoso, la Jane a la que le habían dicho que no merecía el amor de su madre…

Alguien murmuró algo a los oídos de Ryan y éste alzó la vista.

Un intenso brillo de pálida emoción surcó su cara al ver a Jane y cuando vio que se acercaba, puso una expresión impasible.

—Hola Ryan —dijo ella con voz ronca.

Se alegró de que no pudiera notar cómo le temblaban las piernas bajo el vestido largo.

isu uniforme de batalla! Lo amaba.

iPodría hacerlo! Esbozó una embriagadora sonrisa al enfrentarse a su amante, brutalmente atractivo con el esmoquin y la pajarita negra. Las chispas eléctricas saltaron entre ellos mientras se medían con la mirada.

Él inclinó la morena cabeza en la parodia de cortesía que tan bien se le daba.

—Señorita Sherwood. ¿Colándose de nuevo?

—La verdad es que no. Esta vez he consegu ido una de éstas.

Blandió la invitación que Carl le había dado a petición de Peggy. Había sido Carl quien le había traído en coche a Auckland después de informarle que tenían que asistir los dos a una cena de recaudación de fondos.

Así que Peggy había tomado dinero prestado de Peggy, un

dinero que quizá no podría devolverle nunca y le había pedido a Carl que la llevara al hotel donde se celebraría la cena.

Después de reservar una habitación a su nombre, había llamado al doctor Frey de parte de Ryan y había conseguido que le quitara la férula y las vendas, que ya no necesitaría más.

Entonces se había pasado dos horas en el salón de belleza y una hora en la peluquería.

Hasta se había comprado un par de zapatos de tacón alto, pero el vestido negro era su talismán. Ya estaba vestida de nuevo para matar. O para que la mataran…

—¿Has cobrado mi cheque? O quizá hayas conseguido otro protector rico.

La voz cortante de Ryan atrajo la atención de todos los que se encontraban alrededor y que todavía no habían reconocido que allí había un potencial encuentro explosivo.

—Quizá todavía tenga amigos influyentes —replicó ella sin querer meter a Carl en problemas.

—Mientras no me cuentes a mí entre ellos…

Ryan alzó la copa de champán y se la llevó a los labios Ella no parpadeó antes su estudiada indiferencia.

—No —susurró ella con voz quebrada—. Cuento contigo para que seas mi mando.

Un leve temblor le sacudió las manos y el champán le salpicó la pechera de la camisa.

Se lo frotó sin apanar los ojos de la exótica cara maquillada de Jane.

—¿Perdona? Su voz era neutral sin revelar nada de lo que le pasaba por la cabeza.

—Estoy aquí para pedine que te cases conmigo —repitió ella con firmeza.

Ryan enarcó las cejas.

—Perdona, ¿podrías repetir eso? No creo haber entendido lo que has dicho —dijo mirando al círculo de caras fascinadas vueltas hacia ellos.

¡Oh, Dios! Jane alzó la barbilla y levantó la voz clara y firme sobre el murmullo de alrededor.

—He dicho: ¿quieres casarte conmigo, Ryan? Las conversaciones se detuvieron y se volvieron más cabezas mientras Ryan daba un

sorbo a su copa con una lentitud desesperante.

—¿Por qué? ¿Estás embarazada? Un murmullo de escándalo se elevó entre la audiencia.

Jane sintió que se le sonrojaban las mejillas de mortificación. De todas las respuestas en las que había pensado, ésa era la única que no se le había ocurrido.

—íNo, por supuesto que no! —dijo apretando los labios.

Ryan deslizó lentamente la mirada por su cintura y bajó la voz para que le oyera ella sola.

—Pues podrías estarlo, porque anoche no usé nada.

Jane sintió que la furia la invadía al comprender que estaba jugando con ella.

Ella le estaba demostrando que confiaba en él y en que no completaña su venganza y él se dedicaba a jugar.

—Bueno, pero todavía no podría saberlo, ¿verdad? —explotó con fiereza.

Ryan se enderezó actuando para la audiencia de nuevo.

—Entonces dime, Jane. ¿Por qué debería casarme contigo?

—Porque te quiero —dedaró ella con tono de desafío.

Le ofrecería el regalo de su confianza y si después quería tirárselo a la cari, seria él el que lo habría perdido.

Pero ella creía que no lo haría. Creía que él también la amaba. ¡Tenía que hacerlo!

—¿Perdona? —se llevó la mano a la oreja y los ojos azules le brillaron con burla—. ¿Qué es lo que has dicho?

—¡He dicho que te quiero! —Jane extendió los brazos con gesto de impotencia y miró al techo del restaurante—. ¡Te quiero! ¡Te quiero! —le miró con furia—. ¿Estás contento ahora?

—No, pero estoy empezando a estarlo —bromeó él dando otro sorbo de champán con evidente diversión.

A Jane se le nubló la visión de furia. Ya había tenido suficiente. Le quitó la copa de las mano y la tiró al suelo ignorando los murmullos de horror que se elevaron a su alrededor.

—Con un simple sí o no bastará, Ryan y después podremos seguir con nuestras vidas.

Ahora, ¿vas a casarte confriigo o no? El se encogió de hombros poniendo gesto de aburrimiento.

—Bueno, supongo que será mejor que diga que sí entonces, ya

que te amo hasta la locura.

Jane tardó un momento en distinguir sus palabras de su tono y su gesto.

Las rodillas le temblaron.

Ryan empezó a reírse.

El amor y la furia la asaltaron a la vez.

—Tú… Se lanzó con furia contra él, pero Ryan se apartó a un lado levantándola en brazos y volviéndola para darle un apasionado beso.

Entonces, sin dejar de reírse, atravesó el restaurante con tal facilidad que daba la impresión de que su cuerpo voluptuoso era más ligero que una pluma.

Las cámaras dispararon y Jane entrelazó los brazos alrededor del cuello de Ryan resignada a su nueva notoriedad.

—Tengo una habitación aquí en el hotel —le susurró al oído al acercarse a las puertas de cristal que daban al recibidor.

Los ojos le brillaron al ver la expresión de asombro de él—.

El plan B era conseguir engañarte para seducirte en ella si te ponías difícil.

Ryan sonrió iluminándosele la cara con una increíble calidez. Por primera vez Jane notó el parecido con su madre.

—Y lo he sido, ¿verdad? ¡Así que vayamos al plan B! —ivaya pareja que hacemos! Somos tal para cual. ¿sabes? Incluso agradecí tu venganza de una forma truculenta porque eso significaba que no me habías olvidado, que estaba viva en tus pensamientos…

—Desde luego que estabas en mis pensamientos —dijo él besándole en la frente—. Todo el tiempo… Y la idea de haberte podido dejar embarazada… no podría dejarte sol a… no puedo dejarte sola —se corrigió deslizando las manos por las curvas de su espalda—. Así que será mejor que te prepares para una vida entera con este tipo de atenciones.

Jane soltó una carcajada cuando empezó a besarla hasta dejarla sin aliento.

!No se le ocurría un destino más glorioso que ése !



SUSAN NAPIER (nacida un 14 de febrero en Auckland, Nueva Zelanda). es una popular escritora de más de 30 novelas románticas para Mills & Boon desde 1984.

Trabajó como reportera en el periódico «Auckland Star», donde conoció a su marido, Tony Potter, reportero jefe. Tuvieron dos hijos, Simon y Ben.

De sus novelas publicadas algunas se han traducido en más de 20 idiomas. *Romantic Times* ha descrito su trabajo como 'multi-capas' con 'bien definidos personajes y conflicto dominante'. Ha sido dos veces nominada para el premio *Romantic Times Reviwer's Choice Award*, en 1996 por *Una rubia muy especial*, y en 1997 por *La amante del novio*.